

LUISA DE MARILLAC

JEAN CALVET

CEME, 1977

Nota preliminar

Este libro que emprendí hace diez años, a continuación de San Vicente de Paúl, no había sido publicado ni siquiera completamente acabado, por razones ajenas a mi voluntad. Si hoy vuelvo a tomarlo en consideración, no es porque responda ahora a una necesidad, ya que existen muchas biografías de Luisa de Marillac y algunas de ellas son buenas. Pero, aparte de que siempre se tiene derecho a decir lo que se piensa acerca de un tema conocido, era quizá conveniente arrojar alguna luz sobre el misterio del nacimiento de Luisa de Marillac y explicar así, de rechazo, su vocación y su carácter. Por eso, no he escrito una biografía más, entre tantas, sino un retrato.

Algunos sacerdotes de la Misión, como los Padres Chalumeau y Combaluzier, me han comunicado el resultado de sus investigaciones en los archivos nacionales. Se lo agradezco infinito. Las dos Congregaciones, de la Misión y de las Hijas de la Caridad, han puesto a mi disposición todos los documentos que poseen. Pero, una vez que pude comprobar ciertos hechos, no era mi propósito hacer un trabajo de erudición. Era más bien el de emprender una meditación psicológica sobre una mujer de nuestra tierra, que sufrió más que otras y nos dejó una obra de un alcance social y religioso inmenso, cuyos resultados perduran, en todo su auge, hoy en día.

Hubiera podido rellenar mi texto de cifras y llamadas, y los pies de páginas de líneas enteras con referencias y citas. Semejante aparato, necesario cuando se trata de investigaciones científicas, es insoportable e inútil en una obra como ésta. Todas mis citas, muy numerosas puesto que Luisa de Marillac se nos presenta por sí misma o por su director Vicente de Paúl, están tomadas de la edición de las obras de San Vicente por Pedro Coste (14 tomos, Gabalda, 1921-1927) y de la edición privada de las obras de Luisa de Marillac (4 tomos, Société Saint-Augustin); también de algunos textos inéditos, por otra parte expuestos y citados en lugar correspondiente. Lo más importante en la cita de esas cartas, notas o resúmenes, es su fecha. La he indicado siempre que era cierta, y simplemente sugerido cuando era dudosa o desconocida. Si siempre hubiéramos tenido la certeza de la fecha, hubiéramos podido seguir la evolución de una personalidad espiritual de la que intuimos, por una parte, su dificultad o complicación, y por otra, la riqueza de lecciones que nos ha dejado.

Me parece inútil insistir aquí sobre cuál haya sido mi intención. Ante todo, he querido decir la verdad, o más exactamente, mi pensamiento sobre lo que creo ser la verdad, sin enredarme en ninguna otra consideración. La verdad acompaña a la santidad y no se puede admirar a la una separándola de la otra. Por eso, estoy convencido de que no se puede contemplar y estudiar a Luisa de Marillac sin amarla tal y como es, grande por su bondad, por su sufrimiento, por su acción. Debe tanto a Vicente de Paúl, ha tenido tanto empeño en reconocer su deuda de gratitud hacia él y en caminar tras sus huellas, como envuelta en su sombra, que ha llegado a desdibujarse un tanto en el brillo de aquel prestigio sin igual, pareciendo sus mismas palabras como un eco de las de Vicente. Me daría por contento si hubiera logrado destacar su originalidad y poner de relieve su propia grandeza. Luisa es una de las glorias más puras entre las mujeres francesas.

J. C.

PRIMERA PARTE

A TRAVÉS DE LA NIEBLA DE SU JUVENTUD Y ÉPOCA POSTERIOR

I. ERA UNA MARILLAC

Nos cuesta trabajo comprender hoy lo que representaban, a principios del siglo XVII, las grandes familias situadas entre los príncipes y feudales que no se arriesgaban a abdicar en lo político, y los burgueses cuya ascensión al poder se acentuaba. Esa pequeña y media nobleza de capa y espada era la que efectivamente ocupaba el poder. Sus cabezas de familia, dotados de salud y vitalidad exuberantes, ponían en circulación sus catorce o quince hijos, como una oleada a la que no se oponía ningún obstáculo. Ostentaban los principales cargos militares, los obispados, abadías, embajadas, llenaban el Parlamento, los puestos y oficios de la magistratura, los despachos altos y medianos de la administración estatal. Servían al rey con abnegación e independencia, prontos a retirarse si se les hería en su orgullo o intereses. Ambiciosos para ellos mismos y para los suyos, disponían de unos medios seguros para llegar más arriba: el trabajo, la conciencia que hoy llamamos profesional y la ley indiscutida de la solidaridad de la familia y la casta. Las guerras del siglo XVI habían sembrado la confusión en aquellas almas, al mezclar la religión con las rivalidades tradicionales, y las conciencias que permanecían cristianas, se habían sentido quebrantadas en su constancia religiosa. Estas familias eran la fuerza del país, eran el país en acción.

Los Marillac pertenecían a una de aquellas razas y de las más vitales. Procedían de los alrededores de Mauriac, de Cantal, de esa Auvernia que tiene la dureza de la roca sepultada bajo la lava. Ya en el siglo XIII empezaron a destacar. En el siglo XV, Guillermo de Marillac saca decididamente a su familia del anonimato. Tuvo por lo menos diez hijos, de los que dos se hicieron célebres: Carlos, el diplomático, que fue embajador en Constantinopla, en Inglaterra, en los Países Bajos, y después arzobispo de Viena; y Guillermo (Guillermo II como se le llamaba para distinguirlo de su padre), el financiero, que fue maestro de cuentas del rey, general de Intendencia e inspector general en 1569. Se casó dos veces: en 1550 y en 1571. De su primera mujer, Renata Alligret, tuvo ocho hijos, dos de los cuales nos merecen especial interés. Luis, señor de Ferrières, que será el padre de Luisa, y Miguel, Guarda-Sellos y canciller de Francia, es decir, el primer personaje del reino después del rey.

De su segunda mujer, Genoveva de Bois-Lévêque, tuvo otros cuatro; uno de ellos, Luis, conde de Beaumont, llegará a ser Mariscal de Francia, y otra, Valence, se desposará con Donj d'Attichy, futuro superintendente de Finanzas de la Reina María de Médicis.

Miguel y Luis de Beaumont merecen mención aparte por su fama y por sus desgracias. Miguel era, según nos dicen, melancólico y apasionado, impetuoso y místico; a los 22 años era abogado en el Parlamento y maestro de Memoriales. Por sincera convicción religiosa, se lanzó incondicionalmente a la aventura de la Liga, lo que le valió el cargo de Abogado general de un Parlamento depurado de sus elementos hugonotes. Pero cuando el Bearnés se convirtió al catolicismo, Miguel fue lo bastante flexible y práctico como para obedecer a su conciencia y persuadió a sus colegas para que abrieran las puertas de París al rey de Navarra.

Agradó a María de Médicis, agradó a Richelieu y su ascensión, continua y segura, le llevó al primer puesto del Estado: superintendente de Finanzas, canciller en 1626, Guarda-Sellos, en 1630. Fue entonces cuando tuvo la idea generosa y arriesgada de unificar y reformar la justicia. A tal efecto, redactó e hizo imponer por el rey el famoso «Código Michau». Los que se aprovechaban de los abusos no se lo perdonaron. Por otra parte, su devoción total a la reina María de Médicis, su adhesión a su hermano el mariscal y su propia ambición, le arrastraron a un complot contra Richelieu, que estuvo a punto de cuajar, ya que en la Jornada de los Engaños («des Dupes») -16 de noviembre de 1630-, Marillac resultó primer Ministro de Su Majestad, por espacio de cuarenta y ocho horas, en sustitución del Cardenal. Sin embargo, éste recobró el poder y encerró en cárcel segura al efímero ministro. A Marillac le costó resignarse, pero su alma de místico se fortaleció en la prueba. Había contribuido en gran parte a la fundación de las Carmelitas Descalzas en Francia y no había dejado de ser nunca hombre de oración. En su reclusión de Châteaudun, se absorbió en la traducción de los salmos penitenciales y de la Imitación *de* Cristo y vivió de los sentimientos con que dichos textos le alimentaban. Murió en 1632. Era un francés de gran talla, enigmático por su complejidad y contradicciones, que quisiéramos llamar simplemente contrastes, y poderoso por su trabajo y probidad.

Su hermano de padre, Luis, conde de Beaumont, era otra cosa. Hermoso, como todos los Marillac y acaso más que ninguno. En la carrera de las armas, que abrazó, tuvo menos competencia que audacia. Era un osado, y aquel capitán de caballería ligera conoció un gran éxito. Agradó a Catalina de Médicis, hija del duque Cosme de Médicis y tía de la reina María de Médicis, y se desposó con ella en el Louvre, teniendo a Enrique IV como testigo de su boda. Esto constituía para toda la familia Marillac como una puerta abierta a todos los privilegios y a los más altos empleos. Así, pues, entraron resueltamente en la órbita de la reina, junto a aquellos italianos ya célebres y bien provistos de beneficios, tales como Concini, Gondi y tantos otros.

Marillac Beaumont tomó parte en todas las campañas, envidiado a causa de su fortuna creciente, servido por su valor, perjudicado por sus inconsecuencias. Se murmuraba de que estaba en tratos secretos con la reina su sobrina y conspiraba contra el Cardenal a quien ella detestaba. Era cierto. Después de la Jornada de los Engaños, el omnipotente Richelieu le mandó prender en el ejército de Italia en el que ostentaba un mando. Y así empezó su proceso, inspirado por el odio y por la política. Marillac se defendió con acritud. Pero se le condenó por malversación de fondos públicos. Probablemente no tenía las manos completamente limpias, pero

sus faltas eran cosas habituales en el oficio. Bayle, que no quiere a Marillac, le disculpa para poder acusar a Richelieu, y da a conocer los cargos que pesaban sobre él, aunque excusándole. Fue decapitado en la plaza de Gréve. Su muerte fue muy sonada: unas cien mil personas presenciaron su ejecución y se llegó a pagar ocho pistoles * por el alquiler de una ventana desde la que podía verse al mariscal. Después de la muerte de Richelieu, el Parlamento procedió solemnemente a su rehabilitación. Como Miguel, su hermano, fue un gran personaje.

La hermana de ambos, Valence, muy hermosa también, como Marillac que era, poseía, además, dotes de espontaneidad y generosidad que la hacían doblemente atractiva. Se desposó en 1598 con Octavio Doni d'Attichy, muy bien situado en la corte y que llegó a ser superintendente de Finanzas de la reina María de Médicis. Murió joven, dejando cinco hijos: un jesuita, un mínimo, dos carmelitas y la bellísima Ana d'Attichy, condesa de Maure, muy célebre en su época, emparentada con la Señora de Montespan, la Señora de Thiange, el duque de Vivonne, la Señora de Sablé... Detengámonos porque tendríamos que citar a toda la nobleza con los La Fayette, los Rochechouart-Mortemart, los Lamoignon, los Acquaviva de Aragón y encabezándolos a todos, los Médicis.

En medio de todo este fárrago de nombres célebres, queda olvidado Luis, señor de Ferrières y después de Farinvilliers, eclipsado por sus hermanos, aunque él tampoco dejara de ser hermoso e inteligente; fantástico, también, y emprendedor. Siguió la carrera de las armas, siendo capitán de gendarmes de la casa real, pero sin que se cite de él ningún hecho especial. Murió joven, a los cuarenta y ocho años. Si detenemos nuestra atención en él es por ser el padre de Luisa.

Nacida de tal raza, de una familia de grandes ambiciones, favorecida por las más nobles alianzas y por sus propios dones naturales, Luisa estaba llamada a desempeñar un gran papel y a adentrarse por el camino de la felicidad. Pero vamos a verla, en primer lugar, aplastada por el destino.

II. APLASTADA POR EL MISTERIO DE SU NACIMIENTO

Los hechos son estos: Luis de Marillac, co-señor de Ferrières en Brie y después de Farinvilliers, pasó su juventud en el ejército y se vio encomendar misiones que cumplió con habilidad. Se desposó en primeras nupcias, en 1584, con María de la Rozière, oriunda de 1ª familia de la primera mujer de su padre, Guillermo II, la cual murió en 1588 ó 1589, sin haber tenido hijos. Luisa nació el 12 de agosto de 1591. Si dispusiéramos de su partida de bautismo, sabríamos quizá quién fue su madre; pero los libros que comprenden los años de 1590 a 1595, han desaparecido de los archivos. Para colmar esta laguna, los historiadores han imaginado un segundo matrimonio de Luis, en 1590, con una tal Margarita Le Camus. Sin embargo, no se encuentra por ningún sitio rastro de este matrimonio ni de esta Margarita, de quien los especialistas en genealogía, tan meticulosos, no hubieran dejado de hacer mención si hubiere existido.

Por el momento y hasta que no se pruebe lo contrario, Luisa ha nacido de Luis de Marillac y de madre desconocida. Desde su nacimiento, el padre toma la precaución de constituirle una renta de cien libras y le adjudica un campo en el dominio de Ferrières.

En 1595, a 12 de enero, Luis de Marillac contrae un segundo matrimonio con Antonia Le Camus, tía de Juan Pedro Camus, futuro obispo de Belley, amigo de Francisco de Sales. Diez días antes de firmar el contrato de esponsales, Luis toma otra precaución en favor de Luisa.

Ante Maese Santos Gleaume y Maese Claudio Trouvé, notarios del Rey, nuestro señor, en su Palacio de París, el abajo firmante Luis de Marillac, caballero, domiciliado en París, calle de San Antonio, parroquia de San Pablo, se personó, reconoció y confesó y por las presentes confiesa haber donado, por donación irrevocable... a Luisa de Marillac, su hija natural, ausente... ochenta y tres escudos y un tercio de escudo sueldo de renta anual y perpetua... Las cuales dichas donaciones hace por el afecto que siempre ha profesado y profesa a dicha donataria y con el fin de que disponga de medios más seguros para vivir después del fallecimiento del donante y pueda proveer a su matrimonio...

Esta renta de 83 escudos (unas 235 libras) se la constituye pagadera por trimestres, después de su muerte.

Es de notar que Luis de Marillac en este documento de constitución de renta llama a Luisa «su hija natural». Sabía que, según el derecho religioso, que se confundía con el civil, Luisa estaba incapacitada para heredar nada de su padre, aunque éste la hubiera reconocido. El contrato de esponsales que siguió, enumera los títulos y calidad del futuro esposo, pero no alude para nada a Luisa, como si no existiera ante la ley. Por el contrario, estipula que Antonia Le Camus, viuda de Thiboust, tiene cuatro hijos, tres varones y una hembra, a los que nombra, y establece que serán mantenidos a cargo de la comunidad conyugal.

En 1601, a 28 de diciembre, nace de este matrimonio una hija legítima, capacitada para heredar las tierras y bienes de su padre. De nuevo, Luis hace donación a Luisa, su hija natural, de una cantidad de doscientas libras y de un pequeño «mobiliario» (a la sazón se entendía por «mobiliario» objetos o valores muebles, tales como ropa y alhajas). Se trata también de una medida de precaución. Por último, en el contrato de esponsales de Luisa de Marillac con Antonio Le Gras, en 1613, estando ella presente y firmando dicho contrato, se la califica de hija natural del difundo Luis de Marillac, sin mencionar el nombre de su madre.

Es, pues, evidente que, hasta donde alcanzan actualmente nuestros conocimientos acerca de la familia de Marillac, Luisa nació fuera de matrimonio, ilegítima según la ley, reconocida por el padre, y de una madre que, según las costumbres de su casta, Luis de Marillac no puede tomar por esposa ni darla a conocer; probablemente, una criada.

La sociedad establecía una clara diferencia entre el hijo de padre desconocido, sobre todo si la madre lo abandonaba, y el hijo nacido fuera de matrimonio de madre desconocida, pero a quien el padre reconocía y educaba. El primero era un «expósito», un marginado de la sociedad; el segundo «el hijo de su padre», considerado como tal y privado únicamente de los derechos legales de la familia. La misma Iglesia establecía una diferencia entre las dos ilegitimidades para la admisión de candidatos a las Ordenes sagradas.

Cuando, en nuestra época, se trató de introducir la causa de beatificación de Luisa de Marillac, el Superior General de la Misión y de las Hijas de la Caridad preguntó a Roma si el nacimiento de Luisa no constituiría un obstáculo. Se le respondió negativamente.

¿Por qué hemos insistido tanto en este hecho que los biógrafos de Luisa de Marillac, tradicionalmente, han ignorado, o silenciado u ocultado? Porque es de gran importancia para llegar al conocimiento de su alma, de la estructura de su vida y de su acción. Un temperamento como el suyo, del que todo nos hace descubrir la enorme sensibilidad sin protección y la dolorosa capacidad de intuición, debió de quedar quebrantado en lo más hondo el día en que, niña aún -y muy tempranamente-, supo o adivinó su origen. Ella no era como las demás niñas.

No hablemos de rebeldía, porque no es ese su estilo: sería hacer novela de una realidad en la que no hay lugar para ello. Los grandes señores tenían por costumbre el situarse por encima de las preocupaciones sentimentales, por encima de lo convencional y hasta me atrevería a decir, por encima de la moral si no fuera porque el hecho de reconocer la «culpa» lleva consigo cierta referencia a la moral fundamental. Luisa no se subleva; sufre, se inclina, se ve como agobiada bajo el peso de una carga que se ha abatido sobre ella, misteriosamente, desde su cuna.

Nada sabemos de sus primeros años. Su padre que parece haberla querido mucho, tuvo que mimarla, acariciarla, tanto como se lo permitieron sus frecuentes viajes. En su testamento afirma, con un acento de sinceridad que no deja lugar a engaño, que esta hija le ha sido dada para consuelo en sus pruebas.

Cuando Luis de Marillac hubo contraído segundas nupcias, después de 1595, ¿cuál fue la vida de Luisa, bajo la tutela de Antonia Le Camus, entre sus cuatro hijos, tres hembras y un varón, ya crecidos? No inculpemos inútilmente a la madrastra. Acaso se mostrase maternal con Luisa, quien, que nosotros sepamos, jamás habló de ella. Pero es el caso de que acerca de esta Antonia tenemos informes que nos dejan pensativos. Se refieren al año 1602, después del nacimiento de una niña, Inocencia. A su regreso de Lyon, Luis intenta contra ella un juicio por mala conducta, «a la que se había visto arrastrada por necesidad de dinero». Quedan rastros de un doble interrogatorio de la demandada, de un fallo en contra y hasta de un careo entre las partes. ¿Qué alcance podía tener tal juicio en la antigua legislación francesa, en la que no existía el divorcio? Acaso se tratase de poner coto a un despilfarro de los fondos de la comunidad conyugal. Sea como quiera, todo ello revela una atmósfera

bastante tensa y hasta turbia, poco favorable para la educación y felicidad de una niña.

Es cierto que por aquel entonces Luisa no se encontraba en la casa. ¿Cuánto tiempo hacía de ello? No se sabe. Por una medida de prudencia, por el deseo de darle una formación distinguida, su padre la había llevado al convento real de Poissy. De este convento de religiosas dominicas, nada importante tenemos que decir. Bajo la dirección de su priora, una Gondi -siempre y en todas partes nos tropezamos con aquellas grandes familias italianas-, vivía en paz y fervor, aunque no le hubiera alcanzado todavía el beneficio de la reforma que, tras el Concilio de Trento, se hizo general en todas las Ordenes religiosas.

Aquel convento, que estaba de moda, en el que se educaban las hijas de familias nobles, se nos dice, sin probarlo, que impartía la cultura clásica. Lo cierto es que, por lo menos y quizá no fuera una excepción, allí se encontraba una religiosa humanista: Luisa de Marillac, tía abuela de la pequeña Luisa.

En su galería de mujeres ilustres de su tiempo, Hilarion de la Coste la incluye como dotada de prudencia y piedad, amante de las bellas artes, conocedora del latín y del griego, capacitada para verter a un francés elegante o en verso el oficio de la Virgen. Ni que decir tiene que prodigó sus cuidados a la niña, a quien habían llevado allí por estar ella, y que se complació en instruirla, tanto más cuanto que encontró en ella cualidades excepcionales y gustos delicados. No es indiferente que la pequeña Luisa de Marillac estuviera en contacto, en su edad temprana y durante cierto tiempo, con una persona de aquel temple. Tal circunstancia había de servir para preservarla de la mediocridad y para darle el hábito de nutrirse con sólidos alimentos intelectuales. Sus biógrafos nos hablan de la extensión de sus conocimientos en filosofía, que eran el tema de sus conversaciones con su padre. Sin duda debe de haber en esto alguna exageración, a menos de una precocidad asombrosa, puesto que cuando su padre murió no tenía más que trece años (1604). En todo caso, sí sabemos que desarrolló su gusto por la pintura, para la que tenía aptitudes indudables, y que aprendió latín, como entonces se aprendía, para saberlo y para leerlo. Con respeto pero con un asomo de ironía, el Señor Vicente lo pone de relieve cuando en alguna de sus cartas se le escapa una cita en latín: «No traduzco, Vd. entiende bien este latín». La lengua latina forma parte de la arquitectura de su mente. Comunicó a su estilo una exactitud y una precisión robustas, a su espiritualidad, la esencia de la teología y de la liturgia, y tal vez a su corazón la alegría de tomar contacto más directo con la Iglesia, que reza en la lengua de San Jerónimo, y de moldearse en la tradición romana.

Todo nos permite suponer que los años pasados en el convento de Poissy fueron de dicha completa, lejos de las tormentas del hogar familiar, dicha facilitada por la despreocupación y candor propios de la infancia, junto a una tía que sabía tantas cosas y en un ambiente distinguido cuyas costumbres no podían sino halagar el amor propio de una muchacha de familia noble.

III. LA INCÓGNITA DE LA SEÑORITA POBRE

Pronto se sacó a Luisa del convento de Poissy. ¿Cuándo? ¿Quién la sacó? ¿Por qué? Entre los misterios que abundan en esta infancia, acaso sea éste el más opaco. ¿La sacó su padre a los once años, en 1602, cuando el vicio contra Antonia Le Camus ponía en difícil situación sus recursos económicos? ¿Se la sacó en 1604, al morir su padre, porque nadie en la familia se encontraba dispuesto a pagar una pensión forzosamente elevada? Los biógrafos se contentan con repetir que se la sacó del convento para que aprendiera las cosas que una mujer necesita saber, queriendo significar, supongo, costura, cocina, arreglo del hogar. Entonces, ¿es que todo eso no se enseñaba en el convento? ¿Y la preocupación porque la niña aprendiera cosas caseras era tal que pasaba por encima de «sus estudios», haciéndoselos abandonar a los trece años? ¿No es bastante sorprendente en una familia noble en la que el abuelo había sido, bien poco hacía, inspector general de las Finanzas?

¿Quién pudo tomar tal decisión? ¿Quién era el tutor de Luisa? Los biógrafos piensan, como cosa natural, en Miguel de Marillac, el hombre grave e importante de la familia, maestro de memoriales en el parlamento. Pero Miguel, que ciertamente fue tutor de Inocencia, la hermana de Luisa, y actuó como tal, no ejerció nunca, que sepamos, acto alguno de tutela de Luisa.

Todo parece transcurrir como si, una vez muerto el padre, la familia se desentendiese, indiferente, de aquella niña que no tenía rango legal en el árbol genealógico, de aquella niña embarazosa, que lleva el apellido de los Marillac y que por tal motivo, habrá que colocar en algún sitio. Luisa tiene a la sazón trece años; sabe, se da cuenta, comprende... y en ella se abre una herida difícil de cicatrizar. La vocación al sufrimiento se afianza.

No se podía pensar en que volviera al hogar paterno, junto a Antonia Le Camus, que no la reclamaba. Disponía de su pequeña renta, su pequeño «mobiliario», su modesto peculio. Ello le bastaba para vivir con estrecheces en alguna pensión sin pretensiones. Por eso se la llevó a casa de una «señorita pobre», que recibía a otras niñas de la misma edad. Hoy lo llamaríamos una «pensión de familia» o acaso una «escuela-hogar», ya que allí debía aprender Luisa lo que una mujer debe saber y que de ordinario las adolescentes aprenden junto a su madre. La «señorita» debía, pues, de subsistir gracias a ese trabajo, pero se nos dice que a duras penas lo lograba, como si pesara sobre ella la carga de un orfanato. Luisa, que tiene buen corazón y da pruebas ya de ser decidida, dentro de un espíritu práctico, discurre el medio de ayudarla a salir adelante. La convence para que acepte de los mercaderes trabajo a domicilio, que ella se encarga de ejecutar dejándole el beneficio. Llega incluso a conseguir de sus compañeras que la imiten, de tal suerte que la señorita puede verse aliviada con el producto de bordados y encajes de sus pupilas o pensionistas. No debía de faltarles trabajo: bien sabemos la importancia que tenían los bordados y encajes para la moda de aquella época, incluso la masculina.

¿Cómo no admirar a esta niña que, recién salida del convento real, se convierte, en obrera diligente y proporciona con su trabajo un bienestar a una persona que para ella es una extraña? Me inclino ante ella: la santidad que ya ha echado raíces en su

alma, puede aconsejar prodigios. Pero quisiera comprender, y no comprendo, ese terrible silencio, esa indiferencia, de una familia noble ante las circunstancias en que abandona a uno de sus miembros, una niña huérfana. Ni tampoco comprendo a la señorita que consiente en vivir del trabajo de su pensionista. Todo esto debe de tener una explicación. Y nada me impide arriesgar una hipótesis para encontrarla. Luisa, nacida de madre desconocida, tiene de todas formas una madre. Esa madre, de condición popular, puede ser una sirvienta. Según las costumbres de su tiempo y de su casta, Luis de Marillac no puede casarse con ella. Pero Luis es cristiano y un hombre honrado: no puede, por lo tanto, hacerla desaparecer ni abandonarla simplemente, condenándola a la miseria. ¿Por qué no habría de haber tenido la idea de asegurarle un modo de subsistencia: una modesta pensión de familia para niñas que se encontraran solas, para niñas de madres desconocidas? Y una vez que la estableció así, ¿por qué no se le habría de haber ocurrido la idea de confiarle a su propia hija, cuando sus recursos resultaron insuficientes para mantenerla en el convento de Poissy? O, si la decisión no partió de él, ¿por qué sus hermanos, que no ignoraban la situación, no habrían de haber tenido, a su muerte, la ocurrencia de llevar allí a la huérfana, lo que les dispensaba del gesto tan natural que hubiera sido el recogerla en su casa?

Con ello todo quedaba arreglado: la madre socorrida, sin necesidad de ser descubierta, la hija en lugar seguro y ambas con la posibilidad de quererse sin chocar con la opinión pública. La justicia, la moral, la sensibilidad, quedaban satisfechas; podían dormir tranquilos. Así pues, Luisa habría pasado los años de su adolescencia (1604-1613) junto a su madre, una buena mujer, según todas las apariencias, que la formó para los quehaceres domésticos -ya veremos más adelante con cuanta perfección- y la amó tiernamente.

Esta hipótesis, que no descansa sobre ningún documento, me alivia: el silencio persistente de una familia numerosa, potente y afortunada, creaba en torno a la huérfana un desierto lamentable. Ese desierto dejará de serlo: los que se callan saber, que pueden hacerlo, porque la huérfana ya no está sola.

Tengo la impresión de que estuvo bien dirigida en la defensa de sus intereses. Según la ley, su hermana Inocencia había heredado las tierras y bienes del padre. Tenía, pues, que abandonar a Luisa las rentas y pensiones previstas en contrato. Hay motivos para creer que el pago no se hacía con regularidad, puesto que existen dos sentencias del Palacio de Justicia condenando al tutor -el propio Miguel de Marillac- a pagar a Luisa, en nombre de Inocencia, trescientas libras de renta anual. Esto será lo más saneado de su haber, de que hará aportación en su contrato de matrimonio, en 1613.

Tenemos algunos destellos de cual era la formación de su alma entre 1604 y 1613, es decir, de sus trece a sus veinte años. La «señorita pobre» no era, sin duda, la hermana Marillac, de Poissy, pero aseguraba la paz sustancial que permite profundizar y asimilar las lecciones recibidas ayer. Aun sin la ayuda constante de maestros, una inteligencia bien templada, que siente el impulso de sus propios dones, llega a hacer de todo elementos de cultura.

Luisa se dedica a la pintura, su arte preferido, y probablemente de esta época son las acuarelas de tan exquisita ingenuidad que hacen olvidar todo convencionalismo. Su pintura es religiosa, porque tal es la inclinación de su alma, porque ha sido formada en la piedad y porque respira y se mueve en una atmósfera cristiana.

Nos gustaría saber qué libros leyó entre los quince y los veinte años para llegar a adquirir la cultura que revelan sus cartas y sus reflexiones escritas. Ella misma nombra a Granada, el moralista y teólogo español cuya *Guía de Pecadores* tuvo un éxito tan duradero. Vicente de Paúl le estimaba hasta el punto de volver de continuo a él. Es un maestro de la meditación implacable y práctica, que obliga a la conciencia a mirarse de continuo, la acostumbra a hacer exámenes exhaustivos y le impone propósitos severos y prácticos. Predica el amor, pero no lo insinúa. No es como la *Imitación de Cristo* que invita suavemente a amar y hasta enseña el vocabulario del amor.

Luisa lee a Granada y lee la *Imitación*: lo sabemos por ella misma. Es probable que leyera también, aunque no lo diga, *La Perla Evangélica*, de la monja flamenca a la que Dom Beaucousin acababa de traducir y difundía entre la sociedad devota; más adelante y, después de haber obtenido permiso para ello, leerá la Biblia en su texto íntegro. Escucha a los predicadores jesuitas y capuchinos. Reflexiona y medita. Andando el tiempo, había de hacer a Margarita Chétif la confidencia de que, desde su infancia, tuvo inclinación y facilidad para la meditación. Frecuenta los conventos de religiosas que atraían a los fieles por la novedad de su vida y su fervor.

Aquellos comienzos del siglo XVII constituyen para el mundo devoto, que se va reagrupando después de la tormenta, una época de efervescencia religiosa. La prudente administración del rey Enrique IV ofrece el ambiente material adecuado para una renovación, siendo el Concilio de Trento, cuyo espíritu va imponiéndose aun antes de ser aplicado oficialmente, el que proporciona el ambiente espiritual. Una joven piadosa y culta no puede permanecer indiferente a las manifestaciones de ese mundo incipiente, sobre todo si ella tiene razones personales y razones familiares para captarlas.

Los Jesuitas han sido reinstaurados en 1603 y emprenden una predicación ajena a toda política. Las Carmelitas de Teresa de Ávila se instalan en París en 1605; su llegada e instalación son motivo de ceremonias y cortejos por los que desfila el Todo-París de la devoción y la aristocracia. Miguel de Marillac es uno de los que salen a recibir a las monjas en Lonjumeaux y quien les entrega las llaves de la casa en nombre de la reina María de Médicis y de 1ª duquesa de Longueville, tanto que la señora Acarie, que había organizado todo, pero quedando en la sombra, le dice que él será el fundador temporal del Carmelo, en tanto que Bérulle será su fundador espiritual. En 1606, y en cumplimiento de una voluntad de la viuda de Enrique III, la duquesa de Mercoeur lleva a París a las Capuchinas. Las monjas desfilaron por las calles de la ciudad descalzas y precedidas por una procesión que encabezaba el arzobispo de París en persona. Estas capuchinas traen consigo el ejemplo del más alto ascetismo y la irradiación de la piedad franciscana.

Capuchinos ilustres, tales como el P. José, consejero de Richelieu, el P. Benito de Campfeld, el P. Honorato de Champigny, son sus amigos y directores. Este último religioso, deudo de la sra. Acarie y amigo de Miguel de Marillac, es el consejero, si no el director, de Luisa.

En 1608, sale a la luz la *Introducción a la vida devota*, de Francisco de Sales, que acaba de dejar en París, por donde ha pasado, el recuerdo de su dulzura y como un destello de luz; le une estrecha amistad con la sra. Acarie y con Miguel de Marillac. Luisa leyó la *Introducción* y sabemos cuánto gustaba de esta obra. Por aquella época debió de leer también, puesto que era filósofa, la *Santa Filosofía* de Du Vair, y el *Breve Discurso* que, si no es de Berulle, contiene al menos la esencia del berullismo, del que Luisa recibió tan grande impacto. También podemos captar los fundamentos de su constitución espiritual y ver cómo se condensa su fórmula en una mezcla de contemplación y de acción, en la unión del amor y el razonamiento.

Quedan sin clarificar muchos puntos de aquel período de su vida; especialmente uno que no deja de ser inquietante. A la salida de todos los caminos que recorre Luisa, tropezamos siempre con Miguel de Marillac; pero nunca los encontramos juntos a los dos. Más adelante, le escribirá algunas cartas que han llegado hasta nosotros, pero de momento nada prueba que se haya interesado por- ella. Aquel hombre de oración que cada dos días sostenía un coloquio con la sra. Acarie sobre temas de perfección, hubiera podido cumplir una magnífica misión dedicándose a formar un alma adornada de dones excepcionales. Nada muestra, sin embargo, que lo haya intentado. Tal preocupación, los biógrafos se la atribuyen a su padre, que falleció en 1604, cuando Luisa era todavía una niña. Me quedo con la impresión de que la familia Marillac se preocupó muy poco de sacar de la oscuridad a una hija de la que no llegaba a renegar, pero que no debía figurar en el árbol genealógico. La familia parecía como querer justificarse. La niña sufrió con ella. Pero si el mundo la rechazaba, Dios la atraía, y no cuesta trabajo comprender que naciera en ella el deseo de ser religiosa y de encerrarse en el convento de las Capuchinas, para emprender una vida de penitencia y oración. Era la solución para todos los problemas que la rodeaban y para todos aquellos otros que se planteaba su alma. Comunicó estos proyectos al P. Honorato de Champigny quien, sin duda, consultó con su amigo Miguel. Luisa era de constitución débil; su vida era ya por aquel entonces lo que seguiría siendo: una serie ininterrumpida de enfermedades benignas que, de suyo, no ponían sus días en peligro, pero la obligaban a continuos cuidados. La regla de Santa Clara, rígida, inflexible, no convenía para ella. La de la Madre Teresa no era más indicada. El Padre Champigny le declaró en nombre de Dios, que no podía ser religiosa, pero «que creía que el Señor tenía otro designio sobre su persona». ¡Qué decepción! El corte que se le imponía en seco era tanto más grave, cuanto que llegaba demasiado tarde, ya que ella se había adelantado a hacer la promesa de ser religiosa. Se ha dicho, ella lo dijo, que había hecho un voto. No parece que pueda ser cuestión de que existiera un voto, hecho sin pedir consejo ni obtener el consentimiento de un director y creándole una obligación de conciencia. Pero en un momento de turbación creyó haberse comprometido y, con su matrimonio, haber quebrantado el compromiso contraído. Fue éste el drama

que dio lugar a una mayor prueba de su vida. Los dramas de la vida espiritual, que, a veces, no son más que un cúmulo de nubes, pueden provocar mortales tormentas.

Puesto que no podía ser religiosa, no había otro camino que el de casarla. Más adelante, ella dirá que tenía la vocación del claustro y que si se casó fue sólo por obedecer a sus «parientes». Estos parientes se presen tan aquí muy a propósito. ¿Quiénes eran? ¿Miguel? Acababa de mostrarse bastante poco asequible en una liquidación de intereses. ¿Luis? Estaba combatiendo en cualquiera de los frentes. Más probablemente sería Valence, que tenía un corazón generoso y era mujer, por lo que estaba más capacitada para comprender los sentimientos de Luisa. Debía de ser posible, si no fácil, casarla. Era bella, como todos los Marillac. El retrato que nos ha quedado de ella reproduce una pintura hecha de memoria, después de su muerte, por Dechange. Está, por lo tanto, bastante lejos del modelo, aunque la tradición dice que es fiel. Evoca un rostro regular, de óvalo muy puro. El velo que cubre la cabeza y parte de la cara pone sobre sus rasgos una sombra que el artista ha respetado, o acaso ha introducido él arbitrariamente, y que los difumina en un efecto de vulgaridad, cuando posiblemente eran originales y expresivos. La boca es pequeña, los labios delgados, la barbilla acusada y enérgica. Los ojos, bajos como corresponde a una monja, tienen, sin embargo -así se supone al menos- un fuego contenido. Tantas veces habló a sus hijas de los ojos; de la manera, si vale la expresión, de servirse de ellos; de la obligación de amortiguar su brillo, sin llegar a cerrarlos del todo, cuando se va por la calle; de la meditación que deben hacer sobre los ojos de Jesús, de los que el evangelio nos dice que estaban al servicio de su voluntad..., que todo nos hace pensar que ella tenía unos ojos hermosos, luminosos, claros, espejo de un alma apasionada. Digamos, pues, una vez más, que era bella.

Era pobre; su única fortuna consistía en la renta de trescientas libras anuales, de la que la sentencia del Palacio de Justicia le garantizaba el disfrute. El pequeño «mobiliario» que le había dado su padre en 1602, se había quedado, creo adivinar por qué, en casa de la señorita pobre. Como capital era poco, pero para compensar lo módico de la dote, tenía parientes que gozaban de una gran fortuna: el tío y la tía de la reina madre, un maestre de memoriales en el Parlamento, un superintendente de Finanzas de la reina... En una palabra, agradase o no, era una Marillac; un buen partido.

IV. UN MATRIMONIO DE CIRCUNSTANCIAS

Les fue fácil a Valence y a Catalina de Médicis, mujer de Luis de Marillac, encontrar, claro está en los ambientes de la Corte, al joven de porvenir indicado para tal unión. Fijaron su elección en Antonio Le Gras, Secretario de órdenes de la reina María de Médicis: a la sazón, modesto funcionario, pero con un halagüeño porvenir delante de él. Era simple escudero y no gentilhombre, lo que suponía para su mujer no tener derecho al título de señora, sino al de señorita, que usaría siempre, como una burguesa.

La familia de Antonio procedía de Montferrand, en Auvernia, y se llamaba Gras; pero, al establecerse en París, añadieron al patronímico el artículo Le, separado, lo que le daba estilo de gran burguesía, próxima a entrar en la nobleza de capa y espada. Los Gras eran de antigua solera, limpia y honrada, ordenados en sus negocios, buenos y caritativos con los pobres. Es ésta una observación que se hizo más tarde, porque, en realidad, la beneficencia era un rasgo común a todas las familias cristianas. Por lo demás, unían a una administración muy exacta de sus bienes, un cuidado tenaz por adquirir otros.

De Antonio Le Gras en particular no se dice nada, sino que era de salud poco sólida y de carácter irritable. Parece haber tenido una inteligencia vulgar y haberse mostrado más inclinado a acometer, si bien con habilidad, cosas de poca monta, que a concebir grandes cosas.

El contrato de esponsales se hizo y firmó en el palacio de Donj d'Attichy, superintendente de Finanzas de la reina madre. Había sido necesario, para tal circunstancia, atribuir un domicilio honorable a la futura: se dijo, pues, que residía en casa d'Attichy. Firmaron el contrato relevantes personalidades.

“Estuvieron presentes, personalmente, Maese Antonio Le Gras, secretario de la reina madre del rey, hijo del difunto noble señor Maese Antonio Le Gras, consejero, que fue, elegido por el rey en la elección de Clermont, en Auvernia, y de la señorita Margarita Atour, que fue su mujer, ambos su padre y madre, el cual reside actualmente en París, calle de Francbourgeois, Parroquia de San Gervasio, en nombre propio, por una parte; y la señorita Luisa de Marillac, hija natural del difunto Luis de Marillac, caballero que fue y co-señor de Farinvilliers, en pleno uso de sus derechos, domiciliada en casa de los señores d'Attichy, más abajo nombrados, en nombre propio, por otra parte; ambas partes, de buena fe, reconocieron y confesaron que, en razón de su futuro matrimonio que, con el beneplácito de Dios, será en breve contraída y solemnizado ante la faz de la Santa Iglesia, tendrán la presencia, como testigos, y el consejo de: el Señor Don Octaviano Donj d'Attichy, Consejero del Rey en sus Consejos. Intendente de sus Finanzas y de la Casa de la Reina; doña Valence de Marillac, su mujer; el Señor Don Miguel de Marillac, Consejero del Rey en sus Consejos; Luis de Marillac, gentilhombre ordinario de la cámara del Rey; doña Catalina de Médicis, su mujer; la señorita Cor:ielia Donj, viuda del difundo Señor Goriny; doña Genoveva Donj, mujer del Señor Conde de Chateauvillain; el Señor Don Pablo de Myremont, señor de MontiQny; doña Victoria Scolary, su mujer; y la señorita Luisa Hennequin, viuda del Señor de Vernoy, consejero en el Tribunal de Memoriales de Palacio; todos ellos, amigos comunes de dichos futuros contrayentes...

Aun cuando se quiera suponer que Luisa estaba ya avanzada en la práctica de la humildad, era demasiado mujer, demasiado femenina, para no considerar a todo ese concurso de potencias como una compensación a su situación de «pensión pobre».

Es cierto que esa compensación llevaba consigo una mezcla de amargura. Tuvo que oír leer y estampar su firma en un documento que enumeraba los ascendientes, padre y madre, de su futuro, y la calificaba a ella misma de «Luisa de Marillac, hija natural de

Luis de Marillac», sin mencionar para nada el nombre de su madre; y todas las personalidades que habían de firmar a continuación: Miguel y Luis, sus tíos, Valence y Catalina, sus tías se llamaban «amigos» de los contrayentes. La ley de hierro regulaba hasta esos detalles y atenazaba las conciencias al filo de cada uno de esos incidentes.

Después de la ceremonia religiosa de la iglesia de San Gervasio, aquellas sombras quedaron disipadas; nadie tenía ya que investigar el puesto de Luisa en el árbol genealógico de los Marillac, ya que, ante Dios y la sociedad, se había convertido en la Señorita Le Gras, agregada por su matrimonio a la Casa de la Reina Madre. El nuevo hogar se sentía llevado por el favor y la esperanza. Luisa tuvo su hora de euforia: la siempre relegada veía posarse sobre ella las miradas de todos los que esperaban una recomendación, un apoyo ante los poderosos. Estaba dispuesta a desempeñar un papel mundano, puesto que vemos a los Le Gras, en su casa del barrio del Marais, exponer sumas importantes como gastos de acondicionamiento (más de 18.000 libras) y hasta adornar su vivienda con la construcción de una torrecilla. Dicha torrecilla, que no tiene la pretensión de torre, marca una etapa en la carrera hacia la nobleza, en aquel hotel, decorado según la moda de la época, se recibía a una efervescente juventud, deslumbrada por la rápida fortuna de Concini, el Mariscal d'Ancre, y de Leonor Galigai, su mujer. Luisa solía verlos en casa de Miguel de Marillac que, según nos dice, entonces frecuentaba; en la de Luis, siempre ausente, donde reinaba la sonrisa de su esposa, virtuosa y radiante; en casa de los Attichy, donde los niños, sobre todo Ana, la futura condesa de Maure, la querían mucho, y también en la corte, donde su deber, ya que no su gusto, la llevaba.

Este período de felicidad y esplendor, iluminado por el pequeño Miguel, que acababa de nacer, el 19 de octubre de 1613, no fue de larga duración. La primera tormenta que sobrevino echó abajo muchas ilusiones: Concini, Mariscal d'Ancre, es asesinado o ejecutado, la reina cae en desgracia y se la confina en Blois -¿tuvo que seguirla al destierro Le Gras, agregado a la real casa, con su mujer y su hijo?--; la turba de los ambiciosos que se disponían a escalar puestos, queda dispersa y desconcertada. La fortuna es veleidosa y ninguna situación puede considerarse segura.

Bien lo comprendía Luisa, a la vez que se veía asaltada por otras inquietudes más íntimas. El hijo que Dios le había dado y al que amaba con trémula pasión, se desarrollaba muy lentamente, medio aletargado. Este hijo, ya lo veremos, habrá de constituir su continua preocupación y ser su cruz hasta el fin de sus días. Por el momento, la madre se aflige, tratando, sin gran resultado, de liberar aquella alma de niño de los entorpecimientos de un cuerpo poco afortunado.

Donj d'Attichy moría en plena juventud en 1615; Valence le, seguía en 1619¹. Dejaban siete hijos y una fortuna maltrecha. Miguel de Marillac, tutor de los huérfanos, agobiado por mil tareas, descargó los asuntos de aquéllos en los Le Gras. Antonio, que había conocido a Luisa a través de los Attichy y que no había olvidado sus delicadezas, tomó muy a pecho los intereses de los menores y con su paciencia y habilidad logró impedir que se fueran a pique; pero, menos prudente que generoso, descuidó los suyos propios, comprometiendo y «consumiendo» su peculio. Tales son los términos en que la misma Luisa se quejó suavemente de una conducta de la que, por otra parte,

ella se hacía eco. El afecto es una tiranía y la gratitud se presenta como un castigo impuesto. Así ocurrió con los hijos de Attichy, que se sintieron ofendidos por la solicitud hacia ellos de Antonio Le Gras e hicieron comprender a Luisa que recordaban los tiempos en que ella misma había necesitado ser socorrida. La herida causada a su sensibilidad debió de ser profunda porque Miguel de Marillac, cuya discreción nunca le hacía excederse, tuvo que intervenir para llamar al orden a sus sobrinos y predicar a Luisa la indulgencia.

Tales son los caminos por los que llegan a su alma los sufrimientos que van a forjarla, después de que su infancia y juventud la han atenazado, dejándola sin defensa y desconcertada frente a una fatalidad que parece haberla perseguido desde su cuna.

V. A TRAVÉS DE UNA CRISIS DE NEURASTENIA

No fue de inmediato como llegó a ese desconcierto. Empezó por dudar, por servirse de la prueba para afianzarse en la humildad y en el pensamiento de su nada y para buscar en la lectura y en la meditación un alimento sólido. Se habla de sus libros, de los que tenía una buena provisión, pero no sabemos con certeza cuáles eran. Pide para ella y para su marido permiso para leer la Biblia en francés, en su texto íntegro -entonces era un privilegio-. Y tiene el gozo de leer el *Tratado del amor de Dios*, de Francisco de Sales (1616), en la lozanía de su novedad. Sus biógrafos afirman, sin aportar pruebas, que conoció al autor y que recibió una visita suya en una de sus enfermedades. Es verosímil, dadas las relaciones que existían entre Miguel de Marillac y el obispo de Ginebra. Prescindiendo de que lo haya visto o no, tenía por él una gran admiración y una confianza de tipo espiritual y casi sagrado como en un santo que ella canonizaba para su uso particular.

¿Cuál era el curso habitual de sus pensamientos? Podemos entreverlo a través de las cartas que han llegado hasta nosotros de las que le escribía por aquel entonces Miguel de Marillac: cartas, por lo demás, bastante frías y generales, en las que uno queda sorprendido de no encontrar nunca la palabra de afecto ni el consejo que penetra directamente en la necesidad particular, respondiendo a una llamada. Sin embargo, hacen alusión a cartas que Luisa le ha escrito y, al parecer, también a conversaciones de ambos. Miguel de Marillac predica a Luisa el desasimiento berullano y la humildad en términos un tanto medidos, pero fuertes.

París, 6 de marzo de 1620. Señorita,

...Por lo demás, buena es experimentar que Dios no está vinculado a nuestros designios y propósitos, y los que le encuentran son los que le buscan de la forma en que él quiere comunicarse y no de la que ellos se imaginan serles útil y provechosa, porque con frecuencia esa utilidad que nuestra mente se figura no es otra cosa que la satisfacción de nuestro sentimiento. Pero el alma pobre, que se reconoce y acepta como tal sin perder la paz, espera de Dios lo que él disponga, sin pretender sea de esta o de la otra forma. Se contenta con someterse a Dios y no intenta dictarle la manera cómo ha de conducirla. Recibe lo que le viene, usa de todo con humildad, gratitud y deseo de aprovechar, y permanece pobre en sí, haciendo todo lo mejor que puede, no afligiéndose por lo que le falta y que no

está en su mano tener; pues para juzgar lo que podemos o no, vale más atenerse a la experiencia de varias veces, y no a la que nos sugiere nuestra imaginación. Pido a Dios, le conceda la gracia de adelantar y crecer todos los días en su santo temor y amor.

Su muy humilde y afectísimo servidor
De Marillac

Respondiendo probablemente a escrúpulos e inquietudes de que Luisa se veía asaltada, Marillac entra en los repliegues de su conciencia y excita el sentimiento de pecado, sentimiento que no era en ella sino demasiado frecuente. Lo que necesitaba no era que se la rebajase, sino que se le dieran ánimos.

París, 12 de agosto de 1621. Señorita,

El mismo principio que por tanto tiempo le ha ocupado en la reflexión acerca de usted misma, causa, según mi parecer, esos pensamientos habituales que tiene de su propia abyección, por ocuparse en la contemplación de su yo, pensando que desde el propio conocimiento llegará a la humildad. No es que yo condene esos pensamientos, buenos y útiles, pero no siempre son oportunos. El ocuparse tanto en formarse uno mismo viene a dar en no poder soportar esas privaciones y faltas del alma, por no poder -dice usted- saber cómo llegar a la propia abyección, si no es siguiendo ese camino. Pero querer operar en usted esa disposición por sus propios medios es un acto de poder y de suficiencia, ya que el alma no cree ser pobre si trata de hacerlo: nadie, en efecto, se esfuerza en hacer lo que manifiestamente no puede lograr, y esforzarse en hacer algo presupone la creencia de poder lograrlo.

Es, pues, más útil al alma reconocerse pobre hasta en la facultad de poder llegar a conocerse y estimarse tal cual es; no afligirse por ello, sino, simplemente, reconociéndose pobre, pedir a Dios esa facultad y entre tanto cooperar con fidelidad e interés a los medios que él nos da como, pongamos por ejemplo, cuando se incurre en alguna falta, darse cuenta de cuáles han sido las disposiciones del alma que la han producido, o cuando vemos algún bien en nosotros, reconocer que no llegamos adonde debíamos. En una palabra, el alma fiel a Dios encuentra en todo momento motivos para humillarse si se la mantiene en ese estado de sencillez y pobreza, sabiendo y reconociendo que no tiene nada suyo, ni siquiera el conocimiento de su propia pobreza. Y así, como pobre, permanece en actitud de mendigo delante de Dios, que sólo lo puede todo. El es quien llama a su conciencia, la despierta al bien que puede hacer, o al mal que debe evitar, y cuanto más se despoje ese alma de su actividad y cuidado, más claro verá lo que debe hacer u omitir. Sea, pues, su ejercicio, estar con Dios. Busque y ame a Jesucristo. Unase a él. Honre su vida, trabajos y padecimientos. Para todo lo demás, su sola fidelidad y adhesión a Dios, que no falta a nadie, le proporcionará sobrada ocasión.

Me encomiendo a sus fervorosas oraciones y me reitero, Señorita, Su muy humilde y afectísimo servidor
De Marillac

El obispo de Belley, Pedro Camus, amigo y discípulo de Francisco de Sales, se muestra más comprensivo con ella; como sobrino que era de Antonia, la segunda mujer de su padre, había tenido ocasión de verla y la trataba afectuosa y familiarmente, llamándola hermana o hija. En tanto que Marillac no era sino un consejero, él era un verdadero director espiritual. También a él le había confiado Luisa aquellos sentimientos que la dominaban, aquella obsesión de su nada, de su pecado, así como sus deseos de renovar su confesión general. Camus le predica confianza y alegría (¿en 1622?):

Señorita, mi querida hermana,

La suya del 1.^o de diciembre no ha llegado a mis manos hasta el 15 de enero, y contesto hoy, 20, porque no me ha sido posible hacerlo antes. Compadezco y me hago cargo de la ansiedad de espíritu en que se encuentra a causa de la enfermedad de su marido. Esta es su cruz, y ¿por qué había de espantarme al verla sobre los hombros de una hija de la Cruz? Para llevarla bien no le falta ni habilidad, ni consejos, ni libros, ni espíritu. Quiera Dios que tampoco le falte valor.

Veo que sigue metida en sus confesiones generales, porque se acerca un jubileo. Cuántas veces no le había dicho: ¡déjese de confesiones generales, no torture con ellas su corazón! Por supuesto que el jubileo no se nos con cede para eso, sino para que nos regocijemos en Dios, nuestra salvación, y podamos decir: *jubilemus Deo, salutari nostro*. Que el Señor bendiga el corazón paternal del Sr. de Saint-Sauveur, salúdele de mi parte, querida hermana, así como a su querido marido y a su pequeño, porque soy de los tres indivisiblemente humilde servidor.

(firmado) J. P., obispo de Belley 20 de enero, en Belley

Salude también a la Sra. Menard, madre de una buena hija e hija de una buena madre: ya sé que evita el aparecer como dama de la alta sociedad.

Pero Camus, espíritu delicado, tanto como buen obispo, no tenía quizá autoridad suficiente para detener a aquella mujer en la peligrosa pendiente por la que corría el riesgo de rodar a fuerza de interrogarse, de analizarse y vilipendiarse.

La crisis era inminente, y fue la enfermedad de Antonio Le Gras la que la desencadenó; una enfermedad cuya naturaleza no sabemos, aunque sí su larga duración: unos cuatro o cinco años, y cuyo primer efecto fue tornarle irritable, difícil para la convivencia. Era una pesada cruz para Luisa. Lentamente, iba insinuándose en ella el pensamiento de que aquella cruz era un castigo, que se veía castigada por Dios por haber quebrantado su voto de hacerse capuchina y que, por consiguiente -la lógica de la tentación es a veces absurda- debía separarse, dejar a su marido, padre de su hijo, para así entrar en el espíritu de su voto. Este pensamiento la torturaba y buscaba ayuda también en las hermanas de la Visitación, a las que apreciaba a causa de Francisco de Sales. La superiora, Madre Catalina de Beaumont, sabedora de su angustia, le escribía la siguiente carta para consolarla y animarla a aceptar el dolor, como venido de la mano de Dios.

¡Viva Jesús!

Comparto y compadezco su dolor, querida hija, pero, sin embargo, no me causa temor, ya que espero que la misma mano que le ha abierto la herida cuidará de sanarla. ¡Por Dios! Sea usted valiente y a la vez resignada para soportar con paciencia lo que se le envía con tanto amor. ¿Piensa que Dios puede hacerla sufrir por otro motivo que el de verla merecer? Dejémonos de preguntarnos el por qué, que no nos corresponde saber, para hacernos verdaderamente sumisas al divino querer. Séalo así, querida hija, y no se detenga tanto en lo que siente y sufre; más bien una su voluntad a la del Padre celestial, dispuesta a hacer y sufrir cuanta le plazca; después, haga todo lo que esté en su mano por la salud de su marido, dejando el resultado a la voluntad de Dios.

No, no tengo ninguna noticia del señor Vicente. Pido al Señor que le fortalezca y le ayude con sus gracias. Pida usted también por mí, que quizá tenga que hacer un pequeño viaje de tres semanas. Adiós, querida hija, que El sea la alegría y el reposo de su corazón. En El permanezco invariablemente suya. Amén.

Nuestra comunidad ruega especialmente por usted y por todos. Hoy, sábado, a mediodía, sin olvidarme de desearle buenas tardes.

Lo que hubiera sido necesario ponerle ante los ojos y hacerle comprender era lo absurdo de su dolor. Discutir con su obsesión era hundirla más en ella. Los directores, realmente, no le servían para nada. Y como una aberración trae consigo otra, se le ocurrió que estaba demasiado apegada a su director y que también a él debía dejarle para dirigirse sola. Mal momento escogía para privarse de todo apoyo. Para contemporizar con su voto, imaginó un medio singular: el de hacer voto de viudez perpetua si su marido llegase a morir. ¡Otro voto! ¿Fue Camus quien se lo aconsejó? ¿Lo permitió cansado de luchar con ella? Confieso que no puedo llegar a admirarla. Sin duda, se ve en Luisa un gran amor por la vida religiosa y un gran desprendimiento de todo. Pero una cristiana que ha calado en su cristianismo, si está casada y tiene a su marido enfermo en la habitación inmediata, no piensa en hacer voto de viudez, sino en entrar en la habitación y ponerse a cuidar a su marido vivo, con ánimo de conservarle la vida. Hacer planes a partir de su muerte es, verdaderamente, de mal gusto.

Claro, un remedio absurdo no puede curar una enfermedad crónica, una enfermedad que ha nacido a consecuencia de una serie de deducciones sin base. Luisa revoloteaba, giraba como un pájaro enloquecido por la tormenta y cayó, precipitándose en la noche oscura. Ella misma ha contado en términos breves y angustiados aquella lucha tenebrosa. Cito, a partir del manuscrito, el texto íntegro del que los biógrafos no reproducen más que fragmentos.

En este día de santa Mónica de 1623, Dios me concedió la gracia de hacer voto de viudez si él llamaba a mi marido. El día de la Ascensión siguiente entré en un gran abatimiento de espíritu que me duró hasta Pentecostés, a causa de la duda que tenía de si debía separarme de mi marido, como deseaba hacerlo, para reparar mi primer voto y cobrar mayor libertad para servir a Dios y al prójimo. Dudaba también de si el apego que tenía hacia mi confesor, no sería un impedimento para dirigirme a otro, sintiéndome como obligada a dejarle, y tenía también grande aflicción al dudar acerca de la inmortalidad del alma.

Esas tres incertidumbres arrojaron mi alma en un mar de penas profundas que apenas parecen imaginables.

Abandonada de Dios, llegaba hasta a dudar de sí misma, de la inmortalidad del alma y por ende de la existencia de Dios. En este estado pasó diez días, los que van de la Ascensión a Pentecostés del año 1623: era una especie de ateísmo opaco y desesperado. Todas las pruebas sufridas en su infancia y juventud se concentraban en aquel crisol fatal al fondo del cual no encontraba más que la desesperación.

No nos extrañemos de la dureza de semejante situación. Es frecuente encontrarla en la vida de los santos o de los grandes místicos en la primera etapa de su ascensión hacia la perfección. Más o menos en aquella misma época, Vicente de Paúl experimentaba un tormento análogo en el que había desembocado por caridad; también él llegaba a dudar de la existencia de Dios y a verse atado en su acción apostólica. Francisco de Sales pasó por la misma turbación en los años de su juventud. Poco después otro amigo de Vicente, el Sr. Olier, iba a atravesar una larga prueba de la misma naturaleza, durante la cual quedó como atontado. Fénélon ha contado la verdadera depresión mental que padeció en el momento en que iba a adentrarse en la vida mística en pos de la Sra. Guyon. Se diría que Dios se complace en poner a prueba a los que pretenden servirle segregándose de la multitud, y que los somete a una experiencia psicológica dolorosa y áspera, que habrá de ser una de las fuentes de la eficacia de su acción.

Desde aquel abismo de desesperación, Luisa clamaba a Dios, en el que se imaginaba no creer ya, y solicitaba la intercesión de Francisco de Sales, muerto hacía poco (1622), ya que en un día en que sufría físicamente, él había sabido consolarla. En un instante, como ocurre con las pesadillas, todo cambió de aspecto: se estableció en ella una gran paz, la luz entró en su alma a raudales y le devolvió la fe en Dios y en Jesucristo.

El día de Pentecostés, encontrándome en San Nicolás de los Campos durante la santa misa, en un sola instante, mi espíritu se vio iluminado en sus dudas, y se me dio a conocer que debía permanecer junto a mi marido, que llegaría un tiempo en que estaría en condiciones de hacer voto de pobreza, castidad y obediencia, hallándome con personas de las que algunas harían lo mismo.

Entendí que sería un lugar para socorrer al prójimo, pero no podía comprender cómo, ya que habría movimiento de entradas y salidas.

También se me aseguró que debía quedarme en paz con relación a mi director, que ya cuidaría Dios de darme uno, que me hizo ver entonces, a lo que me parece, y sentí repugnancia en aceptarlo; no obstante, asentí, pareciéndome que no debía hacerse todavía aquel cambio.

Mi tercera aflicción desapareció con la seguridad que sentí en mi espíritu de que era Dios quien me mostraba lo que acabo de decir, y que, desde el momento en que existía un Dios, yo no debía dudar de nada más. En aquella época la duda que tenía acerca de la inmortalidad del alma, me llevaba a dudar también de la existencia de Dios.

Siempre he tenido para mí haber recibido esta gracia por mediación del Bienaventurado Obispo de Ginebra, porque, antes de su muerte, había tenido yo gran deseo de comunicarle estas penas y haber sentido, desde entonces, hacia él una gran devoción, siendo muchos los favores que he recibido por su medio, y, además, tuve entonces algún motivo para creerlo, que ahora no recuerdo. Esto ocurrió el día de Pentecostés de 1623, en la iglesia de San Nicolás de los Campos, durante la misa.

Era la venida del Espíritu Santo. Luisa de Marillac quedó penetrada de ella y guardó un recuerdo que formaba parte de su yo profundo, así como una gran devoción a esa semana que va de la Ascensión a Pentecostés, junto con un culto atento y fervoroso al Espíritu Divino. Entre los Santos, Luisa se nos presenta como la que permanece recogida en la capilla del Espíritu Santo.

Prácticamente, dejó de pensar en sus votos y se dedicó a cuidar a su marido, aquejado de grandes sufrimientos. Tuvo el consuelo de verle tornarse más sereno, más resignado y de haber contribuido a ello. No cabe duda que la caridad que se practica con los enfermos lleva consigo una gracia especial para ellos. Antonio murió el 21 de diciembre de 1625 y su muerte causó a Luisa un dolor sincero, expresado en unos términos que no dejan lugar a duda en su carta al P. Hilarión Rebours.

Muy Reverendo Padre: Puesto que desea usted saber las gracias que nuestro buen Dios concedió a mi difunto marido, después de hacer la salvedad de que no es posible dárselas a conocer todas, le diré que hacía mucho tiempo que, por la misericordia de Dios, no tenía ningún afecto a aquellas cosas que pueden llevar al pecado mortal y sí un gran deseo de vivir devotamente. Seis semanas antes de su muerte, padeció una *fiebre caliente* que puso sus facultades en gran peligro; pero el Señor, haciendo valer su poder en contra de la naturaleza, lo llenó de serenidad y cordura. En reconocimiento a esta gracia, se resolvió a servir a Dios por completo durante toda su vida. Casi no dormía por las noches, pero lo llevaba con tanta paciencia, que las personas que se encontraban junto a él no se sentían incomodadas en lo más mínimo. Crea que en esta última enfermedad Dios ha querido hacerle partícipe de las penas de su Hijo; porque ha sufrido en todo su cuerpo, ha perdido toda su sangre y su pensamiento ha estado casi todo el tiempo ocupado en la meditación de la Pasión. Por siete veces tuvo vómitos de sangre, y el último le arrebató la vida. Estaba yo sola con él para asistirle en paso tan importante, y manifestó tanta devoción que se pudo deducir que su espíritu estuvo unido a Dios hasta su último suspiro. No me pudo decir otra cosa que: Ruega a Dios por mí, no puedo más; palabras que quedarán grabadas por siempre en mi corazón. Le ruego, Padre, que se acuerde de él cuando rece usted Completas: tenía tanta devoción a este rezo, que no dejaba de hacerlo ningún día.

Camus, que la dirigía a distancia, le escribió primero la carta de consuelo que todo corazón cristiano espera; después, como la respuesta recibida de ella manifestaba que no había hallado la paz en su viudez, le escribió otra carta bastante singular, puesto que se reduce, en resumen, a esto: ha querido usted ser viuda; ya lo es, ¿qué más quiere?

Querida hija, querida hermana,

La que he recibido de usted por manos del Sr. Chappe hace alusión a dos (de las que no he recibida más que una) que dice usted haberme escrito después de la desgracia de su viudez; ahora bien, querida hermana, no veo por qué ha de turbarse su espíritu y creer hallarse en tinieblas y desamparo. ¿Por qué, digo? Ya no está usted dividida ni compartida; ya pertenece por completo al Esposo celestial, una vez que ha perdido al de la tierra. Se determinó usted, mucho ha, a no querer ni desear más que a él, y ahora que ve rotas sus cadenas y es el momento de ofrecer una hostia de alabanza, se turba. ¡Mujer de poca fe! ¿Qué teme? Es el caso de decirle lo que Nuestra Señor (dijo) a María a propósito de la resurrección de Lázaro. Si tuviera más firmeza en su fe, vería la gloria de Dios. Bien lo sabemos. Lo que no percibimos con claridad, tenemos, sin embargo que creerlo sin vacilación.

Soy, Señorita, su muy humilde servidor. 26 de marzo (1626).

Lo que más deseaba Luisa, y Camus no comprendía, era salir de aquel universo en que se ahogaba, era curarse de su neurastenia.

VI. UNA LENTA CURACIÓN

Pero me he adelantado a los acontecimientos. En el momento en que Camus escribía la carta que acabamos de leer, carta, digamos, de consuelo, ya no era el verdadero director de Luisa de Marillac: el que la providencia le había hecho entrever en la visión de San Nicolás de los Campos, había entrado en escena. Se trataba de Vicente de Paúl, probablemente presentado por el mismo Camus a su penitente. ALL verse obligado a residir en su diócesis de Belley -aquel triste destierro, como él decía- y privado de sus dos cátedras de París, con las que tanto había gozado, comprendió, sin duda, que debía renunciar a la dirección espiritual, y escogió para reemplazarle cerca de Luisa al Señor Vicente, a quien su amigo Francisco de Sales tenía por un verdadero hombre de Dios. No discutamos la exactitud de esta versión; lo verdaderamente importante es ese encuentro de Vicente de Paúl con Luisa de Marillac. Tiene una repercusión incalculable, ya que determinó una revolución en el ejercicio de la caridad a cargo de las mujeres, y asoció para siempre la vida de perfección del claustro con la vida activa al aire libre y a todo viento; comprometió para siempre a la opinión pública, primero en Francia y después en el mundo entero, a prestar atención a los desgraciados, dando nacimiento a las instituciones sociales modernas. Hay un hecho incuestionable. El mundo de hoy, tan cruel en sus comportamientos, no se atreve a desdeñar al pobre, y hace profesión abierta de honrar la dignidad humana en los más desgraciados y débiles. Es sencillamente, la doctrina de Cristo en acción y, en nuestra época, la consecuencia de las obras vicencianas, que son lo que son porque Luisa de Marillac intervino en ellas.

Al principio no fue todo tan fácil. El Señor Vicente no se decidía a encargarse de la dirección espiritual que le apartaba de su camino: las misiones populares y, además, sabía por experiencia lo complicada que puede ser, a veces, la conciencia de una mujer del mundo. La Sra. de Gondi había hecho todo lo imaginable para

persuadirle de que tenía que vivir a su lado para ayudarla en el trance de la muerte, que podía presentarse en cualquier momento, y que él sería responsable de su condenación eterna si llegaba a morir sola sin estar él presente. Por eso Vicente temía atarse las manos. Por su parte Luisa no se sentía atraída por aquel sacerdote frío y tosco, en apariencia, tan lejos de la distinción aristocrática y de la bondad comunicativa de Camus y de Francisco de Sales. Pero ambos se dieron cuenta de cómo se necesitaban el uno al otro para llevar a cabo una acción que todavía se presentaba confusa y que iría concretándose año tras año.

Por parte del Señor Vicente, la dedicación fue total, incansable, de todos los instantes, entrando en todos los detalles, por espacio de treinta y seis años. Por parte de Luisa, la confianza fue absoluta, sin una sombra de duda, y la sumisión sin restricciones. Y en el corazón de ambos surgió un afecto puro, ingenuo en su intensidad, el ideal de una amistad franca y leal entre dos personas cuando Dios está de por medio.

Luisa pasará primero por un período de incertidumbre, de tanteos, de miradas echadas hacia atrás, para cuidar, o hurgar en ellas, las heridas de su alma vueltas a abrir. Ha de empezar por liquidar los asuntos materiales. La enfermedad y la mala administración de su marido han arruinado casi al matrimonio. El Sr. Gachier les debe una suma considerable, pero ¿cómo hacer para cobrarla? Se ve de nuevo reducida a poco más que sus rentas, lo que es escaso. Abandona, pues, el palacete del barrio de Marais, que tratará de conservar para su hijo, y se retira a una modesta vivienda del barrio de San Víctor, lo que la sitúa muy cerca del Colegio de los «Buenos Hijos» en el que Vicente de Paúl acaba de instalar la «Misión», y de las casas de educación de la «montaña de las escuelas», donde su hijo, siempre indolente y abúlico, podrá cursar sus estudios.

Podemos hacernos una idea de lo que podríamos llamar sus años de viudez (1625-1629) por algunas cartas que se han conservado de su correspondencia con Vicente y de las que algunas -no todas- han sido publicadas.

Está impaciente y querría emprender algo, no sabe qué. Su director la retiene, la modera, la calma. Es su estilo: el de transportar al plano sobrenatural el *wait and see*, «espera y mira». Que empiece por trabajar sobre sí misma, que refrene sus impacencias, que se dé cuenta de sus errores y de las causas que los producen; que viva su vida de viuda con sencillez, puesto que inmediatamente después de la muerte de su marido renovó su voto de viudez.

Ya la tenemos en su pequeño alojamiento, ayudada por una sola criada, que ha escogido callada y piadosa. Deseó la soledad, pero tuvo que sentir todo su peso y la oscuridad que la rodea y que tantos peligros oculta. Se refugia en su director y se aferra a él como a una tabla de salvación. Puede verle con frecuencia, puesto que vive en la vecindad; pero está empeñado en misionar las aldeas; y se le ve salir a menudo para ir a evangelizar alguna de las tierras de los Gondi; a veces su ausencia se prolonga. Luisa se desespera y pierde serenidad. Al obispo de Belley, que sigue siendo un amigo, aunque alejado, y un confidente, comunica sus angustias, lo que le

proporciona la oportunidad de recibir una carta que es toda una lección, si bien un poco alambicada:

“Perdóneme, querida hermana, si le digo que se apega usted demasiado a los que la dirigen y se apoya demasiado en ellos. Porque el Señor Vicente se ha eclipsado, tenemos a la Señorita Le Gras fuera de sí y desconcertada. Es cierto que tenemos que ver a Dios en nuestros guías y directores y a ellos mirarlos en Dios, pero a veces hay que mirar a Dios solo, que sin hombre y sin piscina puede curarnos de nuestras parálisis. En cuanto a sus ejercicios, siga el consejo de algún buen padre espiritual, como el P. Ménard, del Oratorio, o de la Rvda. M. Magdalena, o de la Madre Superiora de la Visitación, y vaya adelante con confianza. No es que me incomode, alma querida, dirigirla y aconsejarla; no, no es eso, porque espero que con esta dirección sea usted la que me dirija hacia el cielo, estimulándome con sus ejemplos más de lo que puedo hacerlo yo a usted con mis consejos. Pero es que en el espíritu de esta Señorita Le Gras, a la que tanto estimo, que me parece tan claro y fuerte, no me gusta ver esas pequeñas debilidades, esas pequeñas nubes...”

Camus está dispuesto a dar él también ejemplo de desprendimiento y, preciso, hará los cargos al mismo Vicente:

“Hija mía, no es por amor a usted por lo que voy a Montmartre, ni tampoco por ver a la buena hija de la Señorita Chaundlin por lo que he escogido el día de mañana, sino tan sólo por tener la oportunidad de hablar con el Señor Vicente, de camino hacia su casa. Y si supiera que no le iba a encontrar o que usted no iba a consentir en dejarnos a los dos solos ir a pie a San Lázaro, no iría. Dígame, Señorita lo que piensa. El me cree unido a usted más de lo que estoy, y lo estaría demasiado si no perteneciera por completo a Nuestro Señor, señora e hija mía. Hoy, día de la Santa Cruz”.

Con su nuevo director, Luisa se muestra más reservada, aunque no deja de quejarse de que la abandona y se siente infeliz por verse abandonada.

Hoy, 5 de junio de 1627.

Señor,

Espero que me perdone usted la libertad que me tomo de manifestarle la impaciencia de mi alma, tanto por la larga estancia suya fuera de aquí, como por mis temores de no saber nunca, en adelante, el lugar adonde va usted, una vez que se ausenta de donde está. Es cierto, Padre, que el pensamiento del motivo que le tiene alejado alivia un tanto mi pena, pero no llega a impedir que, al no poder hacer nada, los días se me hagan a veces como meses. Quiero, sin embargo, esperar con tranquilidad la hora de Dios y reconocer que es mi indignidad la que la retrasa...

Vicente no quiere tratarla con dureza, reñirla con demasiada severidad, y se excusa de haberse marchado sin avisarla, aunque lo hizo así por evitarle el disgusto de verle marchar tan inopinadamente. Sin embargo, está claro que se trata de una estratagema para irla acostumbrando a dirigir por sí misma su propia vida y a ponerse en manos de la providencia.

Ha llegado el momento, con miras a futuras tareas que podían ser duras, de forjarse un alma fuerte, desembarazada de las ternezas propias de una mujerzuela. ¿Por qué esas continuas zozobras por su hijo? «Si es usted una mujer hecha y derecha, tendrá que deshacerse de esos mimos y divertimientos maternos. Nunca vi a una madre tan madre como usted. ¡No se muestra usted en su condición de mujer casi en otra cosa!». Mimos, divertimientos: la palabra es fuerte, casi dura. Vicente procurará suavizar la amargura que pueda dejar, con las atenciones de que él mismo rodeará al apático e inestable Miguel.

Las ocupaciones de la viuda son las de una señora de buena sociedad que se retrae del mundo para vivir vida devota. Se ocupa de su casa, recibe y hace algunas visitas, ora y medita, y «se distrae», según sus gustos y aptitudes, en pintar acuarelas de tema piadoso o bien, ahora que tiene tiempo para ello, cuadros más importantes. Probablemente es de esta época de la que datan sus cuadros, el más conocido de los cuales es *El Señor de la Caridad*. Debió de pintarlo por entonces, entre 1625 y 1628. Representa a Cristo, el Señor de la Caridad, el que ama a los hombres y les manda que se amen y socorran la miseria. Su factura es sólida, aunque un poco torpe, y su expresión, de una dulzura que se impone. Un detalle de este cuadro ha dado lugar a una controversia que no ha llegado a esclarecerse: en el lugar del corazón de carne aparece un corazón luminoso, dejando en la túnica una como huella de fuego. ¿Quiere esto decir que santa Luisa tuvo la intuición de la devoción al Corazón de Jesús, como san Juan Eudes, antes que santa Margarita María? No parece probable, puesto que ni en sus palabras, ni en sus escritos se encuentra rastro alguno de esta devoción. Sin embargo, no deja de admirar e1 que, por una piadosa intuición, haya tenido la idea de representar el amor de Cristo hacia los hombres mediante esa transparencia luminosa de su corazón adorable.

Cose y teje para los pobres, y Vicente de Paúl utiliza sus buenos servicios, como los de la Señorita du Fay: «Mande tres camisas a la Señorita de Lamoignon; cinco o seis para Palaiseau...». Trabaja también en la confección de ornamentos para el culto, en hacer frontales de altar para la capilla de San Lázaro. Vicente saca de su repertorio, para agradecerse, palabras exquisitas que debieron llegarle al corazón. Sin duda había comprendida la necesidad de ternura que un día experimentara Luisa:

“¡La gracia de Nuestro Señor esté con usted para siempre jamás! Esta nota tiene tres fines: primero saludarla y agradecerle la tan precioso frontal que su caridad nos ha enviado, y que ayer me llenó el corazón de alegría, cuando entré en la capilla sin saberlo, al ver el suyo puesto en él; alegría que me duró todo el día y continúa hoy, con una ternura inexplicable que me sugiere varios pensamientos. Si Dios quiere, ya se los comunicaré de palabras; por hoy, me contento con decirle que pido al Señor se digne embellecerle el alma con su perfecto y divino amor, así coma usted cuida de embellecer la casa de El con tan lindos adornos...”

No es éste el estilo habitual de Vicente, que suele mostrarse afectuoso, sí, pero reservado y grave hasta en sus sonrisas. Una tachadura en una de sus cartas nos descubre, junto a la delicadeza de su corazón, los aciertos de su pedagogía. Había escrito: «En el amor de Nuestro Señor soy, con toda la ternura de mi afecto, su

humilde... ». Y tacha «con toda la ternura de mi afecto», palabras que, aun desapareciendo bajo el tachón, pueden leerse; eso consuela, y la tachadura restablece el tono religioso.

En aquella vida, lo esencial es el trabajo espiritual. Siempre impaciente y todavía un poco complicada, Luisa se encierra en un reglamento de vida con una multiplicidad de prácticas que no dejan el más mínimo espacio para la libertad ni la espontaneidad espiritual, cosas, sin embargo, tan saludables. El reglamento es un modelo de mecánica sabiamente dispuesta. Desde las cinco de la mañana -que pronto habrían de convertirse en las cuatro- hasta las ocho de la tarde, cada hora, cada cuarto de hora son como un casillero en el que se encierra una oración, una meditación, una práctica, gestos o actitudes distintos, según el día de la semana. En esa cuadrícula ha habido que insertar -no sin dificultad- los ejercicios privativos de cada una de las nueve o diez cofradías en las que se ha inscrito, como aquellos treinta y tres actos de piedad imaginados para honrar los treinta y tres años de la vida de Nuestro Señor. La finalidad de una regla es la de sostener o respaldar la voluntad, pero nunca la de encerrarla en un cepo. Y como esta mujer no se ve protegida por la clausura de un convento y es inevitable que infrinja su reglamento, de ahí que lleguen los escrúpulos a sumar su peso al de los preceptos. Los biógrafos de Luisa admiran su heroísmo. Yo no puedo admirarlo porque no conduce a la alegría del amor.

Vicente de Paúl no va a contradecirla de frente: va a contentarse con bromear, suavemente, acerca de aquella avidez espiritual, y con pedirle que no se enrede con tantas reglas y prácticas, ni se haga escrúpulo de faltar a ellas. También modera sus austeridades, disciplinas y ayunos, que hubieran acabado por arruinar una salud ya delicada de suyo. Es preciso que se conserve para poder estar disponible. «Vaya despacio, buenamente. Esté alegre».

Esto es lo que más le falta. No conoce la alegría. Desde su infancia, nada la ha abierto a ella, ni su matrimonio, ni su maternidad; tampoco la piedad la expansiona. Está triste, siempre. Vive en tensión heroicamente, pero triste: es la forma insidiosa que en ella ha adoptado la neurastenia.

Quisiera salir de ese callejón sin salida, hacer algo. Pero ¿qué? ¿Entrar religiosa? Vicente no la impulsa por ese camino. Espera a que se presenten las circunstancias, que son los signos de la voluntad de Dios. Y las circunstancias llegan. Luisa de Marillac observa el giro que va tomando la misión organizada por Vicente, encauzada siempre al alivio de los pobres en las «Caridades». A ese servicio de los pobres quiere dedicar su vida. Así lo resuelve y así se lo dice a su director. El lanza una exclamación de alegría: era lo que durante tanto tiempo había buscado.

Sí, por fin, querida señorita, lo acepto de buen grado, y por qué no, si es Nuestro Señor quien le ha inspirado este sentimiento. Comulgue usted, pues, mañana y prepárese a la saludable revisión que se propone hacer. Después de ello empezará los santos ejercicios, como me insinúa. No le podría expresar cuánto desea mi corazón comunicarse con el suyo, para saber cómo surgió todo en él, pero prefiero mortificarme, por amor de Dios, a fin de que pueda usted estar ocupada sólo en El.

VII. DE VIAJE

La nueva vida va a empezar con unos ejercicios. El director dicta el esquema y los temas de oración. La novicia no tiene más que ponerse en marcha y darle cuenta cada día de lo que en su alma ocurre. Porque él quiere saber si Dios habla, y quiere también que ella sepa si Dios ha hablado. Estos ejercicios, como todos aquéllos de los que Vicente traza el esquema, llevan a la ejercitante a ponerse frente a lo esencial del cristiano: la imitación de la vida de Cristo, la sumisión a la voluntad de Dios, la lucha práctica contra el amor propio, y a que todo ello cristalice en propósitos breves y posibles de cumplir. La ejercitante escribe dócilmente todo lo que piensa y todo lo que «le es dado». Lo hará así toda su vida en las tandas de ejercicios de Adviento y de Pentecostés. Las Hijas de la Caridad conservan en sus preciosos cuadernos esas notas íntimas que, desgraciadamente, no están fechadas, o no lo están sino accidentalmente. Es un tesoro espiritual a cuyo estudio me dedicaré más adelante. No se le puede considerar solo en relación con los años 1628 ó 1629. Es cierto que la efusión de gracia no fue total desde el primer momento, pero fue suficiente para que Luisa se sintiese equipada y provista para su nueva vida. Lo primero fue salir de su soledad. Iba a emprender, y conocer por lo tanto, la acción personal y las responsabilidades; iba a encontrar en ellas lo que buscaba: curarse de aquella enfermedad fatal que iba arrastrando desde su niñez; iba por fin, a conseguir la realización de sus sueños y su expansión.

Hemos dicho que Vicente culminaba todas sus misiones en las aldeas con la implantación de la «Caridad»; es decir, que, después de haber predicado el Evangelio, lo llevaba a la práctica. Invitaba a las señoras de la aristocracia, si las encontraba en la parroquia, a las de la burguesía y a las del pueblo con medios económicos, a que se agruparan en asociación para ir con regularidad a visitar a los enfermos y para socorrer a los pobres. Toda miseria debía ser aliviada en su propio ambiente por aquella conjunción de clases sociales en una comunidad cristiana. Ya en 1617, en Châtillon-lesDombes, redactará el reglamento de la primera «Caridad», monumento de ternura y de sentido práctico, donde todo está previsto y donde todo queda abierto a futuros progresos. En él, la organización más técnica se reviste de un giro y un tono llenos de ternura maternal.

“...La que esté de turno, dice el reglamento..., se encargará de preparar la comida, la llevará a los enfermos y, al dirigirse a ellos, los saludará afable y caritativamente; acomodará la mesita en la cama, pondrá encima una servilleta, una góndola (léase tazón), una cuchara y el pan. Lavará las manos a los enfermos y rezará la bendición de la mesa. Echará la sopa en una escudilla y pondrá la carne en un plato, colocándolo todo en la mesita. Después invitará caritativamente al enferma a que coma por amor de Jesús y de su santa Madre; todo ello dicho y hecho con amor, como si se tratara de su hijo, o mejor aún de Dios, que tiene como hecho a él mismo lo que se hace a los pobres. Le dirá, penetrada de ese sentimiento, algunas sencillas palabras de Nuestra Señora, y tratará de alegrarle si se encuentra muy solo y abatido. A veces tendrá que partirle la carne, le servirá de beber; y habiéndole puesto así en condiciones de comer,

si tiene a alguien con él, le dejará para ir junto a otra, a quien tratará de la misma suerte, teniendo cuidado de empezar siempre por los que tengan compañía, para terminar por los que estén solos, con el fin de poderse quedar más tiempo con ellos”.

Las «Caridades» habían proliferado, bajo los pasos de Vicente, en las aldeas y en los alrededores de París. Al principio, el entusiasmo de la acogida fue grande. Después, fue decayendo en algunos sitios. Cada «Caridad» quería tener sus propios métodos, y la excesiva diversidad amenazaba con arruinar el espíritu de la fundación. Se imponía visitar las «Caridades», proceder a una encuesta concreta, reformar, corregir. Las «Caridades» existían, pero era preciso organizar la caridad.

«Vaya usted, pues en Nombre de Dios». Tal fue el mandato conferido a Luisa de Marillac. Empezó su primer viaje en mayo de 1629.

Era una extraña aventura para una mujer del mundo. Acompañada por una amiga, o por su criada, partía, a sus expensas, en la diligencia pública, dispuesta a afrontar las incertidumbres y accidentes del camino, se alojaba en las posadas, como los demás viajeros; pero ella se dirigía más allá que la mayoría de éstos, puesto que iba a las aldeas a las que no llegaban los caminos principales. Si la diligencia no seguía, por no permitírsele el mal terreno, Luisa continuaba a caballo. Su equipaje personal es modesto, pero su cabás va repleto de ropa blanca, de trajes, de remedios y golosinas. Quiere poder «refrigerar» a los enfermos con una camisa limpia, y proporcionarles la alegría que supone, para quien no tiene nada, una sorpresa, un pequeño capricho. Llegada a las aldeas, se instala en la hostelería, pregunta por los miembros de la «Caridad», las reúne en casa de una de las señoras y se entera por ellas de cómo marchan las cosas. En este campo es en donde podía ejercitar ampliamente sus aptitudes naturales, perfeccionadas por su estancia en casa «de la señorita pobre» y por sus posteriores obligaciones. Se han conservado las actas de aquellas visitas: son objetivas y concretas. Tal Caridad no posee sino tres escudos como fondos; aquella otra, tiene deudas; en ésta, hay seis ovejas y ocho corderos; en la de más allá, no se hace con regularidad la visita de los enfermos; en tal otra, se falta con frecuencia a las obligaciones de piedad; en ésta, las rivalidades de las señoras de la junta lo echan todo a perder. Una vez terminada la encuesta, deja sus orientaciones. Después, si ello es posible, reúne a las muchachas y mujeres para exhortarlas a la piedad y a la caridad. Se preocupa por averiguar si existe en el lugar una persona capaz de enseñar a leer a los niños, y si no hay, procura que alguien se ponga en condiciones de hacerlo. La educación, a través de la instrucción elemental, forma parte, a sus ojos, de la caridad.

De esta forma es como visita, en el espacio de cuatro años, llegado el buen tiempo, y a veces también durante el invierno, las Caridades de los alrededores de París, como Montmirail, Asnières, Saint-Cloud, Villepreux, Saint Germain, Verneuil; después, se dirige a Beauvais, a la región de Champaña, a la de Borgoña. Endereza lo que va mal, apacigua, comunica nuevo entusiasmo. Los informes que recoge son de utilidad para el Señor Vicente, que con frecuencia ignora lo ocurrido después de su marcha, y le sirven a ella también de experiencia para su obra futura. Llega hasta el fondo de la miseria y también al de los resortes del espíritu de caridad, ambas

cosas las más necesarias para quien quiere amar de manera práctica y eficaz a los hombres.

Para adquirir esta ciencia, no se puede evitar el tropezar con las espinas. Luisa de Marillac fue aprendiendo que el bien era mal visto. En tal lugar, un agente oficial - hoy diríamos un comisario de policía- la denunciaba como agitadora de masas o sembradora de ideas subversivas; en varios otros, el propio cura juzgaba que aquella mujer que se permitía explicar el catecismo, se estaba entrometiendo en las funciones que le eran propias; en Chálons era el mismo obispo quien veía con malos ojos a aquella parisina, enviada por una autoridad para él desconocida y que parecía llevar como misión una inspección en el terreno de lo espiritual. Vicente de Paúl le aconsejaba que se explicara con franqueza y, si no se aceptaban sus explicaciones, que se retirara en silencio, regresando a su casa. Por lo demás, la experiencia no era inútil, y antes de emprender otra campaña, se tomaban precauciones que pusieran a cubierto de comisarios, obispos y curas.

Son éstas pruebas inevitables. El misionero que lleva un mensaje, la novedad del evangelio, suscita recelos o bien levanta entusiasmos. A Luisa de Marillac le ocurrió ser aclamada y acompañada, al marchar, como una bienhechora insigne, una enviada de Dios. Ya se puede imaginar que su alma, todavía inexperta, no era insensible a aquellos altibajos de la opinión, del mismo modo que su cuerpo frágil soportaba mal los saltos de temperatura, tan frecuentes en la región parisense. Las mordeduras del cierzo, en su cara, le costaban una enfermedad, y tuvo que decidirse a llevar el rostro tapado, con un velillo, como por coquetería hacían las grandes damas de la época. Aquel velillo, aquel velo que le resultará, decididamente, indispensable, será el principio, la explicación, la excusa, si se quiere, del tocado de las Hijas de la Caridad, que había de sustituir a la cofia primitiva de las aldeanas.

Entregada a su nueva función de viajera, no podía, sin embargo, desentenderse por completo del mundo en que los Marillac continuaban su brillante carrera. En 1626, Miguel de Marillac llegaba a ser Guardasellos y después Canciller de Francia, y emprendía 1ª reforma judicial de que ya hemos hablado. Luis de Marillac recibía el bastón de mariscal de Francia y el mando de los ejércitos que a través de los Alpes se dirigían a Italia. Por unos momentos llegaron a derrocar a Richelieu y a ocupar su puesto cerca del rey. Pero bruscamente, el 16 de noviembre de 1630, el cardenal recobraba el poder, encarcelaba a Miguel, ministro de un día, hacía detener al mariscal que marchaba a la cabeza de sus tropas e instituía un Tribunal especial para juzgarle. A partir de aquel día, Luisa vivió la tragedia con la mariscala, su amiga, quien murió poco después de desesperación. El 10 de mayo de 1632, el mariscal era decapitado. Aquella cabeza ilustre causó gran conmoción al caer y debió de hacer especial y doloroso impacto en el corazón de Luisa, que, al mismo tiempo, sufría por Miguel, preso en Châteaudun, a quien tanto hubiera deseado salvar.

Conocemos sus sentimientos a través de las cartas de Vicente, como en un eco, ya que las suyas se han perdido. Podemos, pues, pensar que se esforzaba por asimilar lo que le sugería su director y que se resume en aceptar, con sumisión de corazón, la voluntad de Dios.

Lo que me dice usted del Sr. Mariscal de Marillac me parece digno de gran compasión. Honremos, en esto, el divino agrado y pensemos en la felicidad de los que honran con el suyo el suplicio del Hijo de Dios. No nos debe importar en qué forma van los nuestros hacia Dios, con tal de que vayan a El. Ahora bien, el buen uso de ese género de muerte es uno de los más seguros para ponernos en posesión de la vida eterna. No nos lamentemos, pues, sino, más bien, aceptemos la voluntad de Dios.

Tan trágicos acontecimientos no la desviaban sin embargo de su tarea, que era la visita y organización de las «Caridades», durante el buen tiempo, y durante el invierno, el establecimiento de las mismas en las parroquias de París, que pronto tuvieron cada una la suya.

En estos cuatro años se ha operado en ella una gran transformación. Ha salido, se ha aireado, por decirlo así; a veces el cansancio ha acabado con sus fuerzas. Pero ahora sabe hasta dónde puede llegar y lo que puede dar de sí una salud endeble. Su espíritu se ha iluminado y simplificado: ahora ve las cosas con objetividad y no a través del prisma deformante de su imaginación. Siempre guiada por su director, ha tomado la costumbre, al encontrarse sola y lejos de él, de decidir por sí misma. Ha sentido el poder de su palabra. Las mujeres se entusiasman escuchándola, y los hombres se escondían para tener ellos también el gusto de oírla. Ha sabido encontrar el punto de inserción de la religión en los cerebros toscos de las gentes del campo y en las necesidades, ya que no en las aspiraciones, de sus corazones. Las relaciones de su alma con Dios no se ven ya entorpecidas por los escrúpulos y el miedo. Por necesidad, y con alegría, han fundamentado su piedad en la libertad que es el amor.

En una palabra, esos cuatro años la han curado por medio de la acción. Es cierto que habrá que contar con retornos ofensivos de su neurastenia. Pero la enfermedad ha sido desplazada y la luz se ha abierto paso. Es una gracia de Dios. Es la obra de Vicente de Paúl, no en el sentido de que hubiera formado en Luisa un nuevo carácter, sino en el de haberla ayudado a encontrarse a sí misma. Su aportación ha sido más que una doctrina, un método.

Liberada del peso que habían acumulado sobre ella su infancia y juventud, habiendo como lanzado un exorcismo contra aquella maldición que, en un momento dado, ella creyó se había cernido sobre su cuna, recuperaba, con una luz nueva, la del amor sin trabas de Dios, todos sus derechos ante la sociedad. Era una Marillac, de la raza de aquellos que estaban siempre a la altura de la gloria, de la derrota y de la muerte. ¿Fue con plena conciencia, con un propósito deliberado, o bien instintivamente, como por entonces dejó de usar definitivamente el nombre Le Gras -que le pertenecía- para volver a adoptar el de Marillac. A partir de esta época, todas sus cartas llevan como firma: Luisa de Marillac y es de advertir que la Iglesia la ha canonizado no bajo el nombre que le correspondía por su matrimonio, sino bajo el que su padre le había dado.

Ahora que, a los cuarenta años, la vemos salir de una pesadilla y ser verdaderamente ella misma, vamos a ver también lo que es capaz de hacer.

SEGUNDA PARTE

LA GRAN REALIZACIÓN

I. SUS ORÍGENES

A través de sus expediciones en diligencia, a caballo, a pie, por las aldeas y por las calles de la ciudad, Luisa de Marillac desembarazada de su pasado, había podido estudiar el presente: las Caridades, y había ido adquiriendo la certeza de que éstas no podían subsistir si no tenían a su cuidado personas del todo entregadas a tal quehacer por vocación.

Las buenas voluntades acaban cansándose; las mujeres casadas se veían impedidas por sus obligaciones, las grandes damas no podían someterse a «llevar el puchero;> en plena calle y encargaban tal menester a sus criadas; no se visitaba regularmente a los enfermos, y se tendía a adoptar las soluciones más fáciles: dar una limosna en vez de darse una misma. Se pensaba en servidores que lo hicieran, que tuvieran una verdadera dedicación. Vicente pensaba en ello: ¿ya antes que Luisa? ¿cambiando impresiones con ella? ¿o recibiendo de ella la sugerencia? Poco importa. Lo cierto es que Dios lo quería también, y las siervas de los pobres fueron presentándose espontáneamente. Cuando Luisa encontraba a una buena joven, dispuesta a servir a los enfermos y a los pobres, la ponía a trabajar en la obra y, de lejos, la seguía y guiaba. Tal fue el caso de Margarita Naseau, una vaquera que llegó a ser Hija de la Caridad antes de que existieran las Hijas de la Caridad; que tuvo la intuición de la caridad, aprendió a leer ella sola o recibiendo lecciones de los transeúntes, y se entregó a las tareas más ingratas, muriendo contagiada por una enferma de peste a la que cuidó.

En la entrega y la abnegación hay una lógica. Las Caridades tenían necesidad de sirvientas, pero éstas no podían servir sin antes haber recibido una preparación, una preparación técnica, moral y espiritual, y sin ser dirigidas y sostenidas.

Se trataba, pues, de fundar una congregación. La palabra es fuerte, la cosa grave. Luisa de Marillac tiene prisa; Vicente de Paúl la retiene. En esto parecía compartir la opinión de Miguel de Marillac: no hay que pretender obligar a Dios a que nos otorgue más gracias de las que él quiere. Por fin permite que se intente una prueba.

Se reúne en casa de Luisa a las cuatro o cinco voluntarias que se han presentado, y ella las instala en su propia vivienda. Estamos a 29 de noviembre de 1633. El 25 de marzo de 1634, la pequeña comunidad ha tomado la suficiente consistencia como para que Luisa, siempre impulsada por el celo de hacer, se comprometa mediante un voto a dedicarse totalmente a esta obra.

En estos comienzos se registran cosas grandes hechas ingenuamente, sencillamente, según Dios, con lozanía, la lozanía de la infancia. El Señor Vicente, que vive muy cerca, va muy a menudo, y familiar y grave a la vez, habla a esas muchachas del campo como si fueran duquesas. Luisa les da todos los tesoros acumulados, y hasta ahora no empleados de su corazón. Esto no significa que las cosas marchen sobre ruedas en aquella vivienda demasiado estrecha. Aquellas muchachas del campo no tienen educación, ni siquiera elemental. La mayoría no saben leer. ¿Cómo acostumbrarlas a la tolerancia mutua, a la cortesía de la caridad, a la oración, a la mortificación? Algunas se cansan y se marchan. Otras las sustituyen. Se presencian escenas de riñas, de lágrimas y de carcajadas... Poco a poco el orden y la serenidad se van estableciendo. No es cuestión de darles unas reglas como a monjas; bastará con un reglamento, ese sucedáneo de la regla. Luisa lo redacta y Vicente lo encuentra excelente. Es él quien va a leérselo, en julio de 1634, a las "hermanas", que son ahora doce. Lo hace con tal acento, que crea un clima nuevo. Todas y cada una entran en el nuevo estado con una fe total, caen de rodillas y prometen, también, observar la ley de la comunidad. Vicente y Luisa, de rodillas también, dan gracias al Espíritu que ha bajado. Verdaderamente es ese día cuando la Compañía de las Hijas de la Caridad queda fundada.

Se agranda el local de la calle de San Víctor para recibir a los nuevos miembros que llegan de las aldeas. La fundadora y su director no se animaban a reclutar vocaciones en ambiente urbano, y menos en ambiente burgués, ya que no es fácil plegarse a prestar los servicios humildes que exige a veces el estado de algunos enfermos. Más bien apreciaban el espíritu de las muchachas del pueblo, espíritu que Vicente describió con una complacencia que delata el perfume de los recuerdos de su infancia.

...Las verdaderas aldeanas son sumamente sencillas: no usan de astucias, ni de palabras de doble sentido; no son obstinadas en sus opiniones., ni aferradas a su manera de pensar, sino que creen sencillamente lo que se les dice. En esta es en lo que debéis imitarlas, porque seréis verdaderas Hijas de la Caridad si sois sencillas, si no sois obstinadas en vuestras opiniones y os sometéis gustosas a las de las demás, si sois cándidas en vuestras palabras y no decís con vuestros labios lo que no pensáis. Quiero creer eso de vosotras. ¡Dios sea bendito, hijas mías!

En las verdaderas aldeanas se advierte una gran humildad: no se glorían de lo que tienen, no hablan de sus parientes, ni piensan que tienen inteligencia; van con toda sencillez, y aunque algunas tengan más que las otras, no por ello se sienten superiores, sino que viven igualmente con todas. Ordinariamente, no sucede esto con las jóvenes de las ciudades, que siempre hablan de su casa, de su parentela, de sus comodidades y hasta llegan a presumir de la que no tienen. Hijas mías, las Hijas de la Caridad deben estar muy lejos de ese espíritu de las jóvenes de las ciudades; y me parece que, por la gracia de Dios, estáis muy alejadas de él.

A aquellas jóvenes aldeanas había que formarlas. La mayoría de ellas aprendía a leer para podérselo enseñar luego a los niños, y también a escribir, para poder dar cuenta

de su vida a la Señorita. Las más despiertas aprendían a sangrar y se hacían aptas para que se les confiara una lanceta. Todas debían conocer los remedios usuales y el empleo corriente que de los mismos se hacía. El carácter elemental de esta formación técnica suscita hoy una sonrisa; sin embargo, era superior a la que poseían las enfermeras benévolas de la época, que se atenían a unas recetas tradicionales, pero de carácter dudoso.

La formación religiosa era más profunda. Luisa se empeñaba ante todo en hacer buenas cristianas, que debían saberse el catecismo y ponerlo en práctica. Después, por medio de la meditación, se llegaba a introducirlas en una vida espiritual más amplia. Las virtudes humanas, especialmente las más necesarias a la vocación de caridad, se apoyaban en la fe y en el amor de Dios: la práctica de la tolerancia mutua, indispensable a la solidez de una comunidad, y a la inteligencia del pobre y del enfermo para los que estaban hechas. El pobre tiene la primacía en la Iglesia; es príncipe y amo, puesto que es una suerte de encarnación de Cristo pobre; menester será, pues, servirle con respeto, cualquiera que sea su carácter o sus taras, y menester será amarle. El enfermo es un miembro doliente de Cristo, al que no se puede tocar sino con reverencia; es un niño, a veces por fisiología, y siempre por su psicología, y por lo tanto frágil y sensible, al que el menor gesto brusco deja maltrecho y la menor sonrisa da confianza.

Así equipada, vestida con un vestido nuevo de sarga gris (se las llamó Hermanas grises), cofia con el tocado blanco de las aldeanas, calzados los pies con zuecos, la Hija de la Caridad estará pronta a ir donde se la llame -y se la reclama ya de muchas partes- y adonde se la envíe. Su función está muy determinada: es la sierva, la sirvienta. Es sirvienta de las señoras que asisten a los pobres y, por ellas, a sus órdenes, es sirvienta de los pobres. Este fue el principio, y quedó siempre como un principio, pero su puesta en práctica le hizo tomar pronto un giro nuevo. Las señoras, sobre todo en las «Caridades» de las ciudades, se acostumbraron en seguida a descargar en las jóvenes la mayor parte del ejercicio de la caridad del que ellas seguían ostentando la dirección y el honor, y también, fuerza es decirlo, la carga económica. Después, poco a poco, aquella dirección fue sólo nominal: las señoras se limitaban a proporcionar los fondos y presidir las juntas. De esta forma, las jóvenes, que habían empezado por ser las «sirvientas» de las «Caridades», pasaron a ser efectivamente «siervas de los pobres». Entre unas y otras -damas y jóvenes- hubo fricciones y algunos conflictos. Tal es la marcha habitual del mundo. Pero, sin embargo, esas miserias no son las que constituyen propiamente su trama viva. Lo cierto es que las señoras, con su generosidad perseverante, y las jóvenes con su abnegación heroica, han escrito la historia de aquel tiempo, de tal suerte que hoy llega uno a preguntarse qué hubiese ocurrido sin ellas.

Las «Caridades» establecidas en las parroquias de París pedían se les enviasen jóvenes que garantizaran la regularidad de su funcionamiento: «Os llaman de todas partes». ¡Hay que darse cuenta! Sirvientas benévolas que exigen muy poco para su alojamiento y alimentación... todo el mundo las quiere. Así decía Vicente, no sin una pizca de bondadosa ironía. También las llamaba del hospital o «Hôtel-Dieu».

En aquel hospital, el más antiguo y espacioso de París, se había constituido una «Caridad» de índole especial. No arrojemos la piedra a los administradores, los canónigos de Notre Dame, ni a las enfermeras, las religiosas agustinas. Pero unos y otras, acaso tranquilizados por la rutina de su tiempo, se veían, además, desbordados por el número creciente de enfermos que atestaban unos locales a todas luces insuficientes y amueblados con un material anticuado. Reducidos a lo estrictamente necesario, los hospitalizados carecían de todo y se irritaban por ello. Algunas señoras del gran mundo, conmovidas por su situación, tuvieron la idea de acudir en su alivio, visitándoles con regularidad y llevándoles, con sus buenas palabras, algún suplemento a su ración y golosinas. Entre ellas estaba la presidenta Goussault, la presidenta de Herse, la señora Fouquet, la señora de Traversay, Carlota de Montmorency, la duquesa de Aiguillon, María de Gonzaga, la duquesa de Ventadour... y la Srta. Le Gras.

Se habló de este proyecto al Señor Vicente, que primero dudó, temiendo herir a las hermanas agustinas y a los canónigos de Notre Dame y que, cuando hubo disipado tales inquietudes, aceptó, reunió a las señoras, constituyó con ellas una cofradía y les dio un reglamento. Fue un entusiasmo desbordante. Todas las señoras de la alta sociedad querían formar parte de tal cofradía, y era maravilloso verlas, por turno, revestidas con una bata blanca de enfermeras, recorrer las salas, seguidas de las hijas de Srta. LeGras, que llevaban la cesta, distribuir dulces y mermeladas a los enfermos, a la vez que les exhortaban a hacer una buena confesión y sanar.

No hago aquí la historia de las Damas de la Caridad -que con frecuencia se interfiere en la de las Hijas de la Caridad-; pero no quiero dejar de señalar que la visita de los enfermos del hospital, especie de moda en un principio, llegó a ser fuente de grandes cosas. Las damas de la aristocracia se pusieron en contacto con la miseria, se acostumbraron al deber de aliviar a los demás y, tras esa educación social, llegaron a constituir el estado mayor de la Caridad en el que Luisa de Marillac y Vicente de Paúl se apoyaron para salvar a Francia del hambre en la hora trágica de la guerra de las fronteras, complicada con la guerra civil.

Es una página de horror, pero también de grandeza. Acaso nunca en nuestra historia fue más trágico el sufrimiento, y acaso nunca tampoco, hizo la caridad tantos milagros. Si la miseria no degenera en rebelión, es porque en un momento dado, un momento límite, se ha visto contenida por la bondad, desbordada también a su vez.

Me he adelantado a los acontecimientos. Vuelvo a la calle de San Víctor, donde la vivienda primitiva no puede ya albergar a las jóvenes. Hay que marchar de allí. Por otra parte, Vicente de Paúl ha trocado el colegio de los «Buenos Hijos» por el priorato de San Lázaro, al otro extremo de París, y tanto la naciente comunidad como la joven fundadora tienen necesidad de él. Es menester acercarse, aunque no demasiado, según su parecer. Una vivienda se encuentra desocupada no lejos de San Lázaro, en el arrabal de La Chapelle, cerca de San Dionisio. La Señorita se instala allí con sus quince hijas en mayo de 1636. Han desaparecido las incertidumbres de los comienzos. La vida empieza...

II. SU EXPANSIÓN

La casa de La Chapelle estaba en lugar sano y aireado, pero era estrecha e incómoda, y estaba muy alejada del centro de París. No llegó a tres años lo que en ella permaneció la comunidad. Ya en 1641, se establecía con más amplitud en el barrio de San Lorenzo, enfrente del priorato de San Lázaro. La casa fue adquirida por la Misión y vendida después a las Hijas de la Caridad, cuando éstas tuvieron existencia legal. Por de pronto, ya se podían tomar medidas para la instalación de los diferentes servicios y prever, como se prevé cuando se está en casa de uno y se sabe que uno está en su casa.

La Congregación se extendía con una rapidez vigilada y controlada. No se respondía a las peticiones de fundación sino en la medida de las esperanzas que permitían abrigar las vocaciones que se iban presentando. Con frecuencia eran las señoras las que se encargaban de reclutar éstas y lo hacían con tanto más celo, cuanto más útiles les eran las jóvenes que trabajaban en sus «Caridades». Pero la Señorita no necesitaba de las recomendaciones de Vicente para seleccionar las peticiones de admisión. Por temperamento y por experiencia, también ella era cautelosa. Empezaba descartando, por principio, a las «melancólicas»; es menester que una Hija de la Caridad sea robusta de espíritu y alegre, para poder dominar la tristeza que, desde el fondo de la miseria con que se codea, se alza día tras día. Desconfiaba de las aldeanas descontentas de la suerte que les había cabido y cuya vocación no era otra que el deseo de salir de ella y cambiar de situación; desconfiaba asimismo de las superficiales que, bajo capa de devoción, andaban buscando la ocasión de viajar y sobre todo de conocer París. Exigía un verdadero fondo de vocación, el deseo de servir a Dios y a los pobres enfermos. No debían ponerse en camino sin el consentimiento de sus padres y el informe favorable de su párroco; llegar con ropa nueva y provistas de una cantidad de dinero suficiente para costearse el viaje de ida y vuelta -se preveía la vuelta para el caso de que, después de haber probado la nueva vida, la joven prefiriera marcharse, o bien la propia comunidad la invitase a marchar-. Medidas todas ellas de exquisita prudencia.

Cuando la postulante quedaba admitida, empezaba lo que podríamos llamar el noviciado. Sus leyes y normas no se determinaron en un principio: no era cosa fácil compaginar una vida religiosa de perfección con una vida de enfermera que en todo momento depende de los demás. Pero el equilibrio llegó a encontrarse, como ya veremos. Por el momento, se iba a lo esencial y apenas se consideraron formadas las primeras, empezó la expansión.

Luisa de Marillac había visto con claridad. Las «Caridades» requerían personas dedicadas a su servicio, sin otra función que la de su entrega y la de organizar las buenas voluntades de todos. Era, pues, preciso establecerse con solidez para conseguir una acción duradera; era preciso establecerse en comunidad, porque una vida de servicio aislada no es humanamente posible. Se trataba, por lo tanto - ¿quién lo hubiera pensado?- de verdaderas fundaciones.

En las parroquias de París, la cosa fue fácil. Primero, se llevó a cabo mediante una especie de compromiso entre la cofradía caritativa y el nuevo establecimiento a su servicio. Después, según este modelo, pronto superado, pues el compromiso se contrajo directamente con la propia fundación, le llegó el turno a la periferia. La primera fundación se estableció en San Germán en-Laye, empezándose bajo la forma modesta de un servicio al hospital, en 1638. La segunda fue la de Richelieu, en 1639. Richelieu era un minúsculo lugar, pero pertenecía a la sobrina del cardenal, Srta de Combalet, futura duquesa de Aiguillon, personalidad relevante que era muy adicta a la Misión y a todas las obras de Vicente de Paúl. Por eso se puso esmerado empeño en la fundación de Richelieu, enviando a ella sujetos capaces de dar satisfacción a una protectora de tan alto rango.

La ciudad de Le Mans, en la que ya estaban establecidos los sacerdotes de la Misión, deseaba tener hermanas. Pero Luisa de Marillac y Vicente de Paúl habían fijado desde los comienzos las condiciones básicas de toda fundación, encaminadas a garantizar su autonomía espiritual y su funcionamiento lógico. No fue posible entenderse con los «Padres de los pobres» de aquella ciudad, y las hermanas, que habían entrado ya en funciones, regresaron a París. En seguida encontraron ocupación en Angers, fundación que era la gran idea de la presidenta Goussault. Era una etapa nueva la que se iba a franquear. En Angers, ya no se trataba sólo de prestar un servicio a la «Caridad». Los Magistrados y los «Padres de los pobres» pedían a las hijas de Luisa de Marillac que se encargaran por completo, y ellas solas, del hospital, que era muy grande, puesto que se mencionan doscientas camas siempre ocupadas. Para tratar este asunto, Luisa se pone en camino con su equipo y llega a Angers después de un viaje de catorce días en la diligencia de agua y en la diligencia de tierra. Allí suscribió un contrato con los Magistrados, texto minucioso en detalles como propio de un ama de casa y con aquella previsión que la caracterizaba y le hacía insertar en los reglamentos la solución de las posibles dificultades futuras.

Iba a encontrar en el mismo Angers una ayuda providencial en la persona del vicario general de aquella diócesis, Sr. Abad de Vaux, que hubo de manifestarse siempre como protector decidido de la comunidad y consejero afectuoso: magnánimo por su corazón, por sus dotes de inteligencia y por un no sé qué de aristocrática distinción envuelta en el olvido de sí. Comprendió a Luisa de Marillac y sintió que, a su vez, era comprendido por ella: este acuerdo total y tácito entre ambos fue el marco en que se desarrolló la acción eficaz del Abad de Vaux y el que sirvió para conservar a la comunidad de Angers en el fervor de los primeros días. La fundación de Angers no tuvo «complicaciones» y sirvió de modelo a otras casas.

Rodeada de honores, festejada en Angers, ocupada en todos los detalles de la fundación, la Señorita sintió que sus fuerzas desfallecían y cayó enferma. La noticia llegó a París exagerada por la distancia y sembró enorme preocupación. Hasta el mismo Vicente de Paúl, de ordinario tan sereno, escribía carta tras carta, suplicaba a Luisa que volviese en litera o en una carroza y que cuidara de su salud, tan necesaria para el servicio de Dios.

A partir de aquel año, 1641, hasta el de su muerte, 1560, puede decirse que Luisa no dejó pasar una semana sin escribir a las hermanas de Angers; por las cartas que de ellas recibía, vivía su propia vida, y por las suyas les hacía vivir la de la casa madre y, en cierto sentido, su propia vida personal, tan grande es, en su sencillez, 1a fuerza de contagio de su corazón. Merece la pena escuchar esa voz firme y tierna, reprensiva y dulce, que, a distancia, sabe hacerse presente. En 1643, escribe a la comunidad de Angers, porque aun en ella tan fervorosa, la cizaña de la coquetería -¿sería posible? - podía deslizarse y causar estragos. Luisa de Marillac lo presiente y se expresa con viveza:

“...¿Sería posible que cualquier apego a las criaturas nos pusiera en peligro de perder el querido tesoro de nuestra vocación? Tengan gran cuidado, mis queridas hermanas, porque tal peligro es tanto más grave, cuanto menos se echan de ver las vanidades que pueden ocultarse bajo unos pobres vestidos y unas cofias despreciables; si no se está alerta, con pretexto de orden y limpieza, se pueden cometer muchas faltas en este sentido. No quiero creer que ninguna de ustedes, mis queridas hermanas, dé entrada en sí a ningún pensamiento contrario a su santa vocación., ni se atreva a ponerse a conversar con personas que pudieran empañar la pureza del amor que debe a Dios. El está celoso de las almas que llama a su santo servicio. Si alguna sintiera el menor ataque de esta pasión, ¡ah!, mis queridas hermanas, no dejen que esta víbora se agazape en su seno, descubran los pensamientos de su corazón a la persona que Dios les ha dado como director y que es el indicado por el Sr. Abad de Vaux. Entonces, Dios no las dejará sin ayuda ni consuelo en tal circunstancia...”

La fama que fue adquiriendo el hospital de Angers picó la curiosidad de los «Padres de los pobres» de Nantes, cuyo hospital grande, complicado, sucio, les preocupaba mucho. Fueron a ver, se informaron y manifestaron el deseo de tener ellos también Hijas de la Caridad. Antes de complacerles, la Señorita terminó de dar los últimos toques al hospital de San Dionisio, petición de sus queridas amigas la Srta. de Lamoignon y la Srta. de Nesmond. Cuando el proyecto de Nantes hubo tomado consistencia, decidió ir en persona a establecer la fundación. Era una verdadera expedición. Todo fue minuciosamente preparado de antemano. Los cargos de la casa, durante la ausencia de la Señorita, se repartieron con un detalle y precisión que hoy harían sonreír a las hermanas que marchasen a Extremo Oriente o a América. Luisa ha narrado personalmente este viaje, que fue duro, pero pintoresco y, por alguno de sus incidentes, se asemeja a una excursión llena de aventuras. Su clima fue, como puede apreciarse, de alegría dentro de la piedad, un clima juvenil con una gran confianza. Ya llegarían las amarguras, pero se empezaba por las dulzuras del triunfo. Sería necesario citar por entero este documento, escrito con humor, en un estilo firme y directo. Los aficionados a la historia se enterarían de cómo se viajaba en 1646 de París a Orléans y de Orléans a Nantes por el río Loira. Los amantes de la psicología buscarían en él la solución a un problema que es el de la influencia de los viajes en el estado de ánimo. Por mucho tiempo, Luisa fue melancólica; hasta en un momento dado, he creído poder calificar su melancolía de neurastenia. No hacía mucho que se había curado, y aún le ocurría tener algún brote de tristeza y de inquietud. Pero en esta ocasión, desde la

partida, ella misma nos dice que estuvo muy alegre y que soportó con buen humor los incidentes del camino:

“El jueves, día veintiséis de julio, Dios nos hizo la merced de partir de París para ir a acompañar a nuestras queridas hermanas Isabel, Claudia, Margarita Noret, Catalina Bagard, Petra de Sedan, Antonia de Montreuil; a Sor Turgis, para dejarla en Richelieu y las otras seis para ir a servir a los pobres enfermos del hospital de Nantes, Bretaña. Después de que los señores Padres administradores y algunos otros señores de los principales de esta ciudad, sabedores del servicio que prestan nuestras hermanas en el hospital de Angers, pidieron al Señor Vicente, nuestro Muy Honorable Padre, hermanas para dicho menester, han pedido también se les comuniquen los artículos del convenio suscrito con aquel hospital y el acta de establecimiento de nuestras hermanas, asegurando estaban dispuestos a pactar las mismas cosas”.

Nuestro Muy Honorable Padre nos hizo la caridad de darnos una conferencia sobre este tema el lunes anterior, y al finalizar la misma nombró a dichas hermanas; el miércoles siguiente fui a recibir sus órdenes para el viaje y tuve la dicha de recibir también su santa bendición; y al exponerle mi fundado temor de cometer muchas faltas en este viaje, su caridad me ordenó escribir nuestra manera de comportarnos y las circunstancias que se presentaran durante el mencionado viaje. Recordando sus santas instrucciones y prácticas, no me he propuesto otra mira ni intención que la de cumplir la santa voluntad de Dios y la observancia de nuestras reglas.

Éramos nueve las que tomamos la diligencia de Orleans, es decir, las seis de Nantes, la de Richelieu y Sor Francisca Noret y yo para acompañarlas. Estuvimos muy alegres sin que, por la gracia de Dios, faltásemos a ninguna de nuestras observancias, a no ser que durante las horas de oración y de silencio nos dejáramos vencer por el sueño, cosa que, algunas veces, achacábamos al calor.

Al divisar las aldeas y ciudades, alguna de nosotras recordaba a las demás que saludásemos a los ángeles custodios, encareciéndoles la guarda de las almas de aquellos lugares, para ayudarles a glorificar a Dios eternamente; al pasar delante de las iglesias, hacíamos un acto de adoración al Santísimo Sacramento y saludábamos a los santos patronos.

Cuando llegábamos al lugar de parada para las comidas o para pasar la noche, un grupo de nosotras iba a la iglesia a dar gracias a Dios por su asistencia y a pedirle nos la continuara con su santa bendición para poder cumplir su voluntad. Si había en el lugar un hospital, esas mismas hermanas iban a visitarlo, o si no, lo hacían a algún otro enfermo, en nombre de toda la Compañía, para continuar el ofrecimiento de nuestros servicios y deberes para con Dios, en la persona de los pobres. Si podíamos hacerlo, íbamos a la iglesia por la mañana, antes de reanudar la marcha, para renovar los mismos, actos. Cuando había ocasión para ello, decíamos algunas palabras, ya sobre los principales puntos de la fe, necesarios para salvarse, ya alguna advertencia acerca de las buenas costumbres; pero todo ello brevemente.

Desde Orleans, vinimos a pasar la noche a Mehun, y como quiera que el río no llevaba suficiente agua, estuvimos cerca de cinco días por los caminos próximos a Mehun. Pasamos la noche en Cour-sur-Loire, y al día siguiente en Monouy, y nos detuvimos en el puerto de Ablevoie, donde nuestra querida hermana se quedó para desde allí, ir a Richelieu... ...Continuamos nuestro viaje con toda felicidad, gracias a Dios y tuvimos el honor, en Pont-de-Cé, de que se nos echara de la posada, adonde habíamos llegado muy tarde porque nos opusimos a que mataran unos pollos para no exponernos a tenerlos que comer el viernes; pero al salir de aquella casa nos encontramos con la mujer de un cirujano, de posición acomodada, que nos acogió muy amablemente.

La expedición se detuvo en Angers para ver el hospital y a las hermanas que en él estaban. Allí se ve festejada por las autoridades y por las señoras protectoras de la «Caridad». En Nantes se les estaba esperando con impaciencia y se había encargado a un hombre que estuviera al acecho a orillas del río, para no exponerse a que llegaran sin esperarlas. El desembarco triunfal se hizo ante un gran concurso de gente.

...Todas las señoras de la ciudad, que son muchas y de alta condición, se molestaron en venir a visitarnos, y aun las que se encontraban en el campo, cerca de Nantes, vinieron ex professo, tanto era el deseo que tenían de ver nuestro establecimiento.

Muchos superiores de religiosos reformados vinieron también; y varios conventos de religiosas, que no podían desplazarse y salir, obligaron a las señoras a llevarnos a visitarlas, lo que hicieron llevando también a alguna de nuestras hermanas, unas tras otras, ya que querían verlas y el hábito que llevaban.

Una vez firmada el acta de establecimiento, Luisa de Marillac se despidió de aquellos señores, del vicario general y de sus queridas hermanas y emprendió el regreso, acompañada hasta el barco por la misma escolta de honor que la había recibido. Se detuvo en Angers y continuó el viaje en carroza, porque el agua y viento contrarios hacían peligrosa la navegación.

Fuera de este relato, que podríamos llamar oficial, Luisa insiste en sus cartas sobre los pormenores del viaje y estancia. Se sorprende ingenuamente de que la tomen por una gran señora. Lo era y lo parecía; además, bastante habían dado que hablar los Marillac para que no se fijara la gente en sus apellidos y en los rasgos de su fisonomía. También observa, no sin cierta extrañeza y con mucha alegría, que, a pesar de las fatigas del viaje, se encuentra muy bien de salud.

“...Me encuentro tan bien, que este viaje me da ganas de no hacer otra cosa que recorrer el país, con tal de que hubiera algo que hacer”.

El tono es nuevo y denota la alegría de un perfecto dominio de sí y de una buena salud que, en parte, es consecuencia de aquél. Luisa de Marillac es ella misma, plenamente; tiene en su mano todas sus potencias y es dueña de ellas para organizar. Anotemos esta fecha: 1645; es una cumbre en su existencia.

El hospital de Nantes fue una obra maestra de organización. Pero hasta los mecanismos más perfectos llegan a estropearse, y éste se deterioró varias veces. No tengo aquí el propósito de escribir la historia de las fundaciones de las Hijas de la Caridad; Nantes requeriría un volumen entero. Las hermanas lo hicieron muy bien, tan bien que excitaron envidias; lo hicieron tan bien que llegaron a engrairse. Les ocurrió charlar demasiado con la gente de fuera y con ello dieron lugar a partidismos. El buen entendimiento entre ellas no fue siempre perfecto. El obispo dio oídos a las habladurías que exageraban o deformaban la realidad y se formó acerca de ellas un juicio desfavorable y definitivo. Los «Padres de los pobres», celosos de su autoridad y de sus dineros, creyeron que las hermanas explotaban la caja de los pobres. Desde París, la Señorita soportaba el peso de todos estos contratiempos y escribía por todos los correos para aconsejar y enderezar. De acuerdo con Vicente, decidió que se haría una visita oficial. De ella se encargó el P. Lambert. El mismo Vicente pasó algunos días en Nantes y si bien logró restablecer en el hospital el orden y la paz, no consiguió, sin embargo, reducir la oposición del obispo, teniendo que enfrentarse con firmeza para salir por los fueros de la verdad. Luisa de Marillac, siempre pacificadora, se mostró inflexible sólo en un punto: se había acusado a sus hijas, con falsedad y odiosamente, de saquear la caja de los pobres y de sustraer los recursos del hospital. Ante esta calumnia pensó en llevarse a las hermanas y hasta llegó a decir con orgullo que, cuando hubieran sacudido el polvo de su calzado, podrían asegurar con toda verdad que no se llevaban nada del hospital. Cuando se piensa en lo que les había costado sacar a luz aquel caserón tan sucio, se comprende la altiva ironía de tales palabras.

Las cosas se arreglaron y volvieron a desarreglarse en Nantes y, como todas las instituciones humanas, aquélla conoció días de tranquila prosperidad y días de crisis, a través de todo lo cual Dios y los pobres enfermos fueron servidos por corazones generosos.

He citado San Germán, San Dionisio, Angers, Richelieu y Nantes. A estas fundaciones siguieron otras, a un ritmo cada vez más acelerado. Por todas partes donde los misioneros implantaban la Misión, donde quiera que las señoras del Hospital General de París poseían tierras o intereses, se pedía que fueran las hermanas. Las vocaciones que llegaban con regularidad no bastaban para responder a tantas llamadas.

Una Dama de la Caridad, convertida en reina de Polonia, quiso tener hermanas cerca de ella, y así los fundadores se atrevieron a abrir una casa en Varsovia, cuyas dificultades serían otras tantas espinas para el corazón de la Señorita. La reina Ana de Austria expresó el deseo de tener hermanas que se encargaran del cuidado de los soldados heridos, con lo que aquellas aldeanas, destinadas en principio a llevar el puchero de comida a los enfermos, llegaron a ser enfermeras militares. La Congregación estaba abierta a todas las tareas, tan variadas en sus actividades como múltiples son los rostros que presenta la miseria. A lo largo de tres siglos de existencia, no ha dejado de diversificarse para extenderse más y más. Hoy puede decirse que ninguna forma del sufrimiento humano, en ningún país del mundo, escapa a las manos de aquellas que eran sólo cinco cuando los comienzos de la calle

de San Víctor, y que ahora alcanza la cifra de cincuenta mil. Es lo que parecía presentir aquella euforia que experimentaba Luisa de Marillac en los días triunfales de Nantes.

III. SONRISAS Y ESPINAS

La vida de la casa madre, ahora establecida en el barrio de San Lorenzo, frente al priorato de San Lázaro, y la vida de las fundaciones que de ella dimanaban, no transcurría sin algunos incidentes, pintorescos unos, dolorosos o conmovedores otros; cosas insignificantes en sí, pero que ahí quedan y llegan a convertirse como en las piedras miliares de la calzada, rompiendo su monotonía.

La Señorita era muy discreta con relación a los acontecimientos de su vida personal; sólo de pasada podemos recoger algunos de ellos. Probablemente en alguno de sus recorridos a caballo por la región parisina, se cruzó con un jinete que la saludó cortésmente; saludo al que ella contestó como correspondía a una Marillac. El jinete aquel que se las daba de caballero gentilhomme, pero que no tenía los sentimientos propios de tal, aprovechó el incidente para propalar que la Señorita le había prometido matrimonio. Incidente trivial y sin importancia, pero que hirió a Luisa y la dejó desconcertada, tanto, que Vicente hubo de consolarla. De ello sacó una lección: cuando enviaba de viaje a sus hijas, les recomendaba que no entablaran conversación con los hombres que encontraran en su camino.

La calumnia puede ser fuente de agudo dolor. En Liancourt, unos jóvenes insensatos hicieron correr el rumor de que las Hijas de la Caridad eran unas ligeras y habían tomado parte con ellos en ciertas diversiones más o menos sospechosas. La calumnia corrió de boca en boca y llegó a tomar consistencia, aunque la actitud de Sor Maturina Guérin bastase para disipar toda duda. El Superior de los Nicolaítas, en funciones de párroco, cuyas convicciones jansenistas le inclinaban a la severidad y rigor, interrogó a los jóvenes, que mantuvieron sus acusaciones; y sin más pruebas o informes, negó la absolución a las Hermanas y las excluyó de la comunión. Las Hermanas soportaron la excomunión con humildad y en silencio. Su sufrimiento era grande y entre el pueblo el escándalo crecía pasando la mentira por verdad. Por fin, aquellos jóvenes confesaron su calumnia y las Hermanas quedaron rehabilitadas. No perdieron nada, ya que la prueba fue para ellas fuente de progreso espiritual.

En Char, no tuvo el mismo carácter dramático; fue más bien una lucha agotadora entre el cura, jansenista, y la Hija de la Caridad, que, sin llegar a comprender de qué se trata, tiene que sufrir día tras día. Luisa de Marillac tiene gran cuidado en este terreno y protege a sus hijas del contagio jansenista, lo mismo que lo hace Vicente con sus misioneros. Tiene en apoyo sus razones teológicas, puesto que no desconoce la teología; pero tiene sobre todo sus razones prácticas: si sus hijas se llenan la cabeza de doctrinas que no comprenden, no podrán tener el corazón entregado a sus humildes tareas; están hechas para cuidar a los enfermos y no para disertar sutilezas teológicas.

Luisa las ha sacado de la ignorancia y les ha enseñado a leer y escribir para que puedan darle cuenta de su vida. Pero héte ahí que muy ufana por saber escribir y deseosa de darlo a conocer, una de ellas se cartea secreta mente con un antiguo compañero del pueblo. La cosa podría resultar mal si no llegara a poner remedio a tiempo, y en este sentido, hay que reconocer que la ignorancia tenía sus ventajas. Ahí tenemos a otra a la que se le han subido a la cabeza sus funciones de enfermera; por su cuenta, ha aprendido a sangrar, y ha conseguido de su madre el regalo de una lanceta, lo que le permite hacer la operación cuando a ella se le antoja. Cuando la Hermana Sirvienta quiere confiscarle la lanceta prohibida, se niega a deshacerse de ella y asegura que la ha tirado a la basura para huir de la tentación. ¿Qué hacer? ¿Despedir a las obstinadas? Vicente aconseja que se tenga paciencia con ellas: el diablo llegará a cansarse de tentar, las cabezas se sentarán y la gracia no dejará de correr abundantemente... Por supuesto, si las cosas no se arreglan, habrá que separarse; ha habido un error de enfoque y la joven que se había equivocado vuelve al «siglo». A veces en estos éxodos no falta lo pintoresco. Una joven acaba de dejar la comunidad y se va con su hato al brazo. A la Señorita no le faltan sospechas de que intente venderlo para sacar dinero limpia. Hay otro caso peor: una se marchó, diríamos, con la caja. Había sido designada para ir a Cahors a encargarse de un orfanato, a petición de Alain de Solminhac, el amigo de Vicente de Paúl. Había marchado bien provista de dinero para el camino, más alguna pequeña cantidad. Pues bien, desapareció sin decir nada de su paradero, con lo que el Obispo de Cahors se quedó esperando, y tuvo que esperar dos años a que llegara otra. Lo más grave es que, según creo, era él quien había adelantado el dinero, de modo que se quedó doblemente frustrado.

Son éstos incidentes mínimos en una comunidad que acaba de nacer; debe concretar su espíritu y alcanzar su equilibrio. Las mayores pruebas son las muertes, frecuentes, porque estas generosas enfermeras, en su entusiasmo, no miden sus fuerzas y se agotan. El corazón de la Señorita está dolorido; se cree responsable de la muerte de sus hijas por no haber velado bastante por ellas y Dios la castiga por sus pecados hiriéndola en lo que tiene de más querido.

Se halla, puede decirse, en continuo sobresalto. Teme por sus hijas, sobre todo en los lugares donde la peste hace estragos y donde nada les impedirá que se expongan al contagio. Por eso se preocupa de mandar a Sor Juana Lepeintre, en Angers, una caja de cierta droga procedente de Orvieto y de la que se decía tenía la virtud contra la peste. A todas sus hijas lleva en el corazón; sufre si nota que están agriadas o irritadas. Las Hermanas de Ussel se creen castigadas y olvidadas en su montaña, se quejan de «la maldad de Luisa», y llegan a «rebuznar» (se decía entonces esta palabra * por «llorar» a «lloriquear»). A la Señorita no le gusta que se lloriquee; una Hija de la Caridad debe estar alegre y reír en vez de lloriquear.

En la casa madre la alegría es de rigor. Aunque siempre hay personas de carácter difícil que no dejan de enfadarse cuando se presenta la ocasión... sobre todo cuando hay que ir a la «faena» del agua. No había pozo en la casa y eran demasiado pobres para comprarla al aguador. Era, pues, necesario ir a la fuente pública, esperar a que

abrieran y guardar en la cola a que tocara el turno, en medio de las buenas comadres, con sus conversaciones picantes y sus bromas dirigidas a las pobres hijas de Dios. Un día, una de ellas que estaba de faena y no quería ir a la fuente, hizo la cabezonada de coger los cubos y llevarlos a la puerta de San Lázaro, donde había pozo y Hermanos para sacar el agua. Por una casualidad providencial, Vicente, que estaba en todas partes, pasó por allí, cogió los cubos, los llenó y llevó él mismo, no sin cierta ironía, hasta la puerta de la casa de la Señorita. En vista de lo cual, Luisa decidió que tendrían un pozo y así fue.

En aquellas almas rudas había tesoros de delicadeza que una ocasión inesperada revelaba, llenando de emoción a Luisa. Escribía:

He tenido un gran consuelo al saber que un pobre había golpeado a una de nuestras Hermanas y que ésta, por la gracia de Dios, no se defendió. Era un amo un poca dura. Pero tenemos que saber sufrir tales correcciones puesto que somos siervas.

Se adivina la sonrisa que acompaña a la anécdota. Una Hermana acepta ser golpeada por el pobre a quien sirve; otras se niegan a servir a los ricos. La Duquesa de Aiguillon, María de Gonzaga, reina de Polonia, la misma reina de Austria, impresionadas por el porte de las Hijas de la Caridad, desearon tener una o dos cerca de ellas. Era difícil dar una negativa a personas de tal importancia, amigas y protectoras de la Compañía. Vicente quedó maravillado de la respuesta de las jóvenes.

Ayer, instado por la Señora de Combalet a que le enviara una joven y que la quería para ella, hablé del caso a María Dionisia, porque me parecía la más apropiada; pero me dio una respuesta digna de una joven que tiene vocación de Dios para la Caridad... Me dijo que había dejado a su padre y a su madre para entregarse al servicio de los pobres por amor de Dios y que me rogaba la excusara si no podía cambiar de propósito yendo a servir a aquella gran señora. Después, hablé a Bárbara, la mayor, y sin decirle por qué ni para qué, la envié a que me esperara en casa de dicha Señora de Combalet. Una vez allí, le dije que esta buena señora la emplearía unas veces en su servicio y otras en el de los pobres de la parroquia. Entonces, se puso a llorar, aunque, al fin cedió, y se la entregué a una de las damas de dicha señora. Pero quedé sorprendido cuando, inmediatamente, se me presentó en casa del abad de Loyac, con el que estaba yo hablando, y me dijo que estaba asustada de ver aquella corte, que ella no podría vivir allí. Me rogó que la sacara y, ya que Nuestro Señor la había dado a 105 pobres, me suplicaba que la devolviera a ellos. El abad quedó maravillado ante tal desprecio de las grandezas del mundo y me hizo decir a la joven que se volviera a casa de la señora y que si, al cabo de cuatro o cinco días, no se encontraba a gusto, volvería a San Nicolás.

¿Qué le parece, Señorita? ¿No queda Vd. extasiada al ver la fuerza del Espíritu de Dios en estas dos jóvenes y el desprecio por las grandezas del mundo que les inspira?

Lo mismo ocurrió cuando la reina de Polonia y la de Francia pidieron jóvenes para su servicio. Decididamente, el espíritu de la Compañía estaba bien establecido: nada había para ella por encima de los pobres.

La víspera de Pentecostés -fecha capital para Luisa de Marillac-, la víspera de Pentecostés de 1644, se produjo en la casa madre un gran acontecimiento que hubiera podido degenerar en catástrofe. La misma Luisa lo refiere brevemente en una carta a Sor Claudia, de Angers.

Mis queridas Hermanas, den ustedes todas gracias a Dios en nuestro nombre por la merced que nos ha hecho de preservarnos, la víspera de Pentecostés, cuando el piso de nuestra habitación se derrumbó, dándonos justamente tiempo de retirarnos a unos cuantos pasos más allá.

En el día aniversario de este suceso, en 1645, Vicente daba, en una conferencia a las Hermanas, más detalles.

¿Pensáis que este piso que se derrumbó hace ahora aproximadamente un año, no sea una prueba fehaciente de ello? Lo es, indudablemente. Que se parta una viga en un lugar como éste, sin que se encontrase nadie de bajo, ni tampoco encima, es sencillamente maravilloso. La Señorita Le Gras se encontraba aquí. Una Hermana oyendo crujir la viga le dijo que no parecía haber seguridad. Pero ella no hizo caso. Otra más anciana insistió, y en atención a su edad, se retiró, y apenas había llegado a la habitación de al lado (ya veis, Hermanas, no hay ni tres pasas de distancia), cuando la viga se partió y el piso se derrumbó.

Ved si esto no ha ocurrido sin una mira especial de Dios. Aquella misma tarde hubiera debido yo encontrarme aquí, ya que debíamos reunirnos para varios asuntos importantes. Con el ruido que se hace en una reunión, no nos habiéramos dado cuenta de que la viga crujía. Tampoco hubiera estado presente la Hermana que lo oyó, puesto que ellas no asisten a las reuniones, y habiéramos perecido todos aplastados. Dios cuidó de suscitar un asunto que me impidió venir e hizo que las señoras tampoco vinieran.

Esto no ocurre fortuitamente, hijas mías; debemos guardarnos de creerla así.

Este accidente que, felizmente no tuvo consecuencias, impresionó de manera indecible a Luisa de Marillac. Con motivo de Pentecostés, su sensibilidad se encontraba siempre, por decirlo así, a flor de piel, dispuesta a recibir las influencias del Espíritu. Vio en este hecho como un signo muy especial de la Providencia sobre la Congregación, como una invitación a que ella pusiera término a aquellas inquietudes que pudieran todavía asaltarla acerca del porvenir de una obra que tan manifiestamente era obra de Dios. La fiesta de Pentecostés de 1644 venía a ser para ella una fecha capital, algo así como una cima escalada, como la llegada a un punto desde el cual todo se descubría bajo una nueva luz.

Así lo experimentó a continuación en Nantes, en su espíritu y en su cuerpo, del que era plenamente dueña. Circunstancia providencial. Eran aquéllos los momentos en que Vicente de Paúl, absorbido por su tarea en la Misión y obligado a colaborar con la reina en los asuntos religiosos y civiles del reino, desbordado por su quehacer a nivel nacional e internacional, no podía estar a su disposición como antaño. A

menudo, contestará a sus cartas anotando en el margen de las mismas un sí o un no. Tenía, pues, que dirigir su casa por sí misma. Estaba en condiciones de hacerlo. Veremos más adelante que esta fecha fue también capital para su vida interior y que fue entonces -sin que pueda precisarse con exactitud el momento, porque estas cosas no son mensurables- cuando se inició en ella una transformación que, decididamente, era una marcha rápida hacia la santidad. Pentecostés de 1644 era una réplica a Pentecostés de 1623 y venía a ser como el otro gozne de su vida.

Por de pronto, su casa estaba muy deteriorada y había que repararla. En este aspecto, su espíritu práctico fue de gran provecho. Sabía lo que costaban las cosas. Sabía por ejemplo lo que costaba fabricar dos varas de paño necesario para el hábito de sus hijas, y cuál era la diferencia de precio cuando éste se fabricaba en provincias. Sabía la que costaba un obrero albañil, y lo que había que prever para su manutención si ésta entraba en el trato. No ignoraba que los precios habían cambiado desde su juventud y que era como una ley implacable que, en cincuenta años, se duplicasen en París. Los planos magníficos que le sometió el arquitecto no la cogieron desprevenida, y con una firmeza cortés supo hacerle bajar el presupuesto nada menos que en la mitad.

Señor:

Tengo absoluta confianza de que nos hará usted la merced de tener en cuenta nuestro ruego en lo tocante a nuestro proyecto, y por eso me permito recordarle que es de todo punto necesario que la casa tenga un aspecto campesino, lo menos vistoso que se pueda conseguir. Sé muy bien que usted no puede desmerecer en su trabajo hasta tal punto, sin esfuerzo por su parte, dada la costumbre que tiene de hacer las cosas a la grande y lujoso; pero cuando reflexione usted en lo que le he dicho y en la necesidad que tiene la Compañía, para perdurar, de aparecer en todo pobre y humilde, verá usted, señor, que es obra de Dios, y por eso tendrá usted gusto en contribuir a su firmeza y solidez, puesto que el Señor le ha dado inteligencia para ello. Este es el humilde ruego que le hago, una vez más, a la vez que pongo en su conocimiento que lo que llamamos locutorio y cocina de San Lorenzo nos bastará para escuela y para lugar de curar y sangrar a los pobres.

El buen sentido práctico de la cabeza estaba de acuerdo, como siempre, con los principios de la perfección cristiana y con el espíritu de la Compañía. Es lo que se llama armonía.

Iba a escribir que esta armonía la encontramos siempre y en todo a lo largo de su existencia; pero me da miedo de que en esta afirmación haya una falta de objetividad, muy hagiográfica por lo demás. En realidad de verdad, me parece que la armonía se rompe a veces en Luisa por la deformación profesional. Es enfermera. Está preocupada por el cuidado de los enfermos y siempre en busca de remedios que curen eficazmente. En esto está de acuerdo con la Sra. Fouquet, madre del superintendente, que hasta había llegado a confeccionar un libro de recetas paramédicas. Más de acuerdo todavía, lo está con Vicente de Paúl, que a veces parece como obsesionado por remedios más o menos extraños. Su correspondencia acerca de este punto revela un estado de ánimo especial. Nos encontramos en presencia de dos activos,

apasionados por la actividad y detenidos en su camino por diversas enfermedades: Vicente por fiebres, paludismo; la Señorita por crisis de estómago. Como los remedios que emplean no les curan, están siempre a la búsqueda de remedios nuevos y dan oídos a todos los charlatanes de novedades médicas, que, en todos los tiempos y épocas, son numerosos. La Señorita teme que Vicente no se cuide como es debido. Vicente teme que la Señorita descuide su salud y llegue a abusar de sus fuerzas. Ello constituye, yo diría, casi una obsesión, que en sus cartas se traduce en una superabundancia de detalles sobre las enfermedades, los remedios, los efectos fisiológicos de los remedios... A veces recuerdan al *Enfermo Imaginario*, de Molière. Dan ganas de reír, francamente, cuando la Señorita preconiza para curar un traumatismo de la pierna de Vicente, una serie de purgas y sangrías o un jarabe de flor de melocotón del que se refieren maravillas.

Esa correspondencia proporcionaría material suficiente para un trabajo monográfico sobre la medicina oficial de la época y sobre la medicina paralela a aquélla. Porque una y otra tenían sus cosas ridículas, con las que a veces curaban, como pasa con los médicos y curanderos de hoy. A pesar de los frecuentes chascos que se llevaba, Luisa de Marillac creía en ellas, hasta el punto de que podría tachársela de superstición médica. Es cierto que, a veces, tal superstición es necesaria para sostener el ánimo de los enfermos, lo que forma también parte de la caridad.

Existe un campo reservado, un campo doloroso en el que, a pesar de sus esfuerzos, nunca llegó a conseguir la serenidad del equilibrio. Es madre, y más que otras madres, como lo hace notar Vicente de Paúl, al advertirle que rebasa la medida en ese sentimiento tan natural y legítimo, pero que en ella va siempre acompañado de impaciencia y temor. Miguel había nacido apático e inestable. Se fue desarrollando con lentitud bajo la mirada de una madre inquieta. Cuando cumplió trece años y ella empezó sus viajes de caridad, le llevó como pensionista al seminario de los clérigos del Sr. Bourdoise, en San Nicolás du Chardonnet. El internado le resultó muy duro, aunque Vicente de Paúl que vivía a proximidad, en el Colegio de los «Buenos Hijos», le recibía cariñosamente los días de salida. Se nos dice, y lo decían también a su madre, que aprovechaban aquellos días de vacaciones para cuidarle, es decir, para purgarle y sangrarle, en bien de su salud. Luisa de Marillac había soñado, y en su fuero interno había decidido, que Miguel sería sacerdote. Pronto vistió la sotana de seminarista, no en el colegio de San Nicolás sino en el de Clermont, con los Jesuitas, donde había de dar cima a sus estudios con la teología. En la correspondencia de su madre con Vicente podemos seguir la historia de su salud, de sus estudios, sus caprichos, sus desánimos, sus buenas resoluciones, sus purgas y sangrías, sus rabietas y sus docilidades. Es un muchacho que se parece a otros muchos: unas veces, encantador; otras, no sabe lo que quiere; muchas, no querría hacer nada. Necesita que se le espolee, dice su madre. Y ella se encarga de espolearle, sobre todo, en los momentos en que se trata de decidir si habrá de recibir o no las órdenes menores. Aquí entramos en una especie de drama que raya en paroxismo. Para darnos cuenta de la vehemencia de los sentimientos, iba a decir de las pasiones, que entran en juego, no hay más que leer las cartas de Vicente que se esfuerzan por calmarlas.

A Luisa de Marillac

Hoy, sábado por la mañana.

He recibido, esta mañana, la suya, después de tener la presente escrita, y en contestación a ella le diré que su señor hijo ha dicho al Sr. de La Salle, que no entraba en tal condición sino porque usted lo quería, que se ha deseada la muerte (primera redacción: que le ha deseado a usted la muerte y se la ha deseado a sí mismo también) a causa de esto, y que, para complacerla, recibiría las órdenes menores. Ahora bien, ¿es esto una vocación? Creo que más bien prefiere morir que desearle a usted la muerte. Sea como quiera, y ya venga esto de la naturaleza o del diablo, su voluntad no está libre en estos momentos para determinarse en asunto de tanta importancia y no debe usted desearlo. Hace algún tiempo, un joven de esta ciudad tomó (el subdiaconado) con la misma disposición, y no ha podido pasar a las otras órdenes. ¿Quiere usted exponer a su señor hijo al mismo riesgo? Déjele en manos de Dios, El le guiará; es más su padre que usted su madre y le ama más que usted. Déjele que El le conduzca. Si tal es su voluntad, ya cuidará de llamarle en otro momento, o le dará el empleo que más convenga a su salvación. Recuerdo a un sacerdote que estuvo en esta casa; que recibió el presbiterado en tal turbación de espíritu y ¡Dios sabe en qué estado se encuentra ahora!...

V. D.

Le ruego que haga oración sobre la mujer de Zebedeo y sus hijos, a los que Nuestro Señor dijo, al ver cómo se afanaba ella por situarlos: «No sabéis lo que pedís».

A Luisa de Marillac

...He recibido dos de sus cartas, o por mejor decir, una en dos, y he visto después y he hablado con su señor hijo, sin darle a conocer que supiera nada de lo que ocurrió ayer: ahora bien, me ha dicho con un estado de ánimo bastante sereno y tranquilo, que la había visto y que usted se había encontrado algo mal. A continuación, le he hablado de su vocación y de si perseveraba en ella. Y me ha dicha de muy buena manera que sí, y que iba a la Sarbona a tal efecto y que estaba dispuesto a hacer las cosas bien. Por ella he pensado que era mejor no hablarle ni menos demostrar desconfianza de lo que usted teme. Quédese, pues, tranquila, por favor. Y lo que es más, aun cuando ocurriera lo que usted teme, sería entonces el momento de adorar la providencia de Dios sobre él y creer que el viaje o el cambio de estado contribuirían a su salvación, y quizá con mayor perfección. ¡Ay!, Señorita, si todos los que se han alejado de sus padres corrieran el peligro de perderse, ¿qué sería de mí? Pues bien, recuerde que todo sirve a los predestinados para llegar a su fin y también que soy -en el amor de Nuestro Señor. Señorita, su muy humilde servidor

VICENTE DEPAUL

Un muchacho que desea la muerte de su madre y la suya propia, una madre y un hijo que se ponen a discutir y se dicen cosas tan penosas que ella se desmaya... son datos que arrojan luz sobre el alma de Luisa de Marillac y sus prontos. Sabía dominarlos; la necesidad la había acostumbrado a dominarlos; pero la naturaleza no se declaraba vencida. Ella se reprochaba el ceder a la naturaleza y se hacía un escrúpulo de sus fallos. Trataba de desprenderse de Miguel y de considerarle sólo como hijo de Dios. Esto coincidía con el clima nuevo que empezaba a vivir en 1644 y entraba en un programa de desasimiento espiritual. Pero pronto volvían a dominarla sus deseos y aspiraciones. Pablo de Gondi acababa de ser nombrado coadjutor del arzobispo de París, y los amigos de Luisa, que sabían hasta qué punto tenía acceso el Señor Vicente con los Gondi, pensaban en solicitar su apoyo para que el joven clérigo entrase en la casa del futuro arzobispo-cardenal. Ella no solicitaba nada personalmente, pero aceptaba que lo solicitaran por ella; se reprochaba la esperanza que le sobrevenía y se atormentaba tanto por el hacer como por el no hacer, según la expresión de Vicente. Aquello fracasó y el joven Miguel renunció definitivamente a ser hombre de iglesia.

Se emancipó, llevó durante algún tiempo vida de joven que goza de libertad, sin que sus desarreglos llegaran nunca a ser muy graves. Su madre los exageraba, los deploraba y quería persuadirse de que ya no estaba pre ocupada por él. Vicente consiguió que se le nombrara bailío -o juez- de San Lázaro y fue cuestión de pensar en casarle. Nueva ocasión -la del matrimonio-- para que volvieran a despertar los sentimientos maternos y su corazón entrara en tumulto.

El contrato era difícil, porque Miguel no tenía fortuna y su posición de Juez de San Lázaro carecía de relieve. El tío de la futura, Renato Miguel de Rochemaillet, consintió en cederle su cargo de consejero en el Tribunal de la Moneda; pero hacía falta dinero y no lo había. La madre llegó hasta pensar que el Señor Vicente podría solicitarlo de la reina, que se podría pedir algo a los d'Attichy, que tanto debían a los Le Gras... En fin, todo se arregló. El contrato se firmó en presencia de Vicente y el matrimonio de Miguel Le Gras con Gabriela Le Clerc de Chénevière se celebró en la iglesia de San Salvador, el 18 de enero de 1650. El cielo se aclaraba al fin, y pronto se vio iluminado el nuevo hogar con la sonrisa de la pequeña Luisa, que se crió bien y a la que se festejaba, como es de suponer, en la Comunidad, donde se la llamaba «la hermanita». Pero estaba dicho que hasta el final aquel hijo había de ser el tormento de su madre. Hubo enfados y peticiones en la familia de la mujer, que Luisa tuvo que dedicarse a apaciguar y Miguel se quedó sordo y tuvo que renunciar a su cargo de consejero de la Casa de la Moneda. Luisa de Marillac se llevó a la tumba esa preocupación, aunque pudiera desaparecer por completo de ella aquel vago presentimiento de que su hijo era un castigo. Ella condenaba aquel pensamiento y se esforzaba por vencerlo con su amor confiado a su Dios; pero no podía impedir el sufrimiento que aquello le proporcionaba sin dejar de decirse que, desde su nacimiento, ni un solo día de su vida había transcurrido sin dolor. Sólo las almas vulgares san las que no sufren.

TERCERA PARTE

LAS GRANDES PREOCUPACIONES

I. UNA EDUCACIÓN ESPIRITUAL

Mientras Luisa se afanaba por dominar, en lo que podía, las turbaciones de su alma y presidir sus fundaciones y el gobierno de sus casas, las preocupaciones más importantes que de esto último se derivaban absorbían su pensamiento y agotaban sus fuerzas. Se trataba, por encima de todo, de lograr la educación espiritual de sus hijas. Se había empezado por atender a lo más urgente, contentándose con hacer de ellas cristianas correctas y enfermeras elementales. Pero la Señorita veía más allá, tenía otras aspiraciones. Presentía que el designio de Dios sobre ella era que condujera a aquellas cristianas por el camino del amor de Dios, en el que podía avanzar muy lejos. Había que empezar, paso a paso, por cultivar las virtudes humanas que habían de servir de soporte a las sobrenaturales, y las virtudes profesionales, que entre todas, son las que más agradan al Señor.

Ya tenemos a Luisa de Marillac frente a su tarea. Tiene presentes a todas sus hijas; como todas ellas han pasado por sus manos, las conoce de rostro y de alma; y como ha visitado muchos de los lugares en donde se encuentran, puede situarlas en una casa o en un clima espiritual. Las jóvenes viven en comunidades de dos, tres o más hermanas. Si alguna hay aislada, es sólo temporalmente, y la Señorita es la primera en sufrir por aquella soledad, ya que sabe por experiencia que es mala consejera.

Son las cuatro de la mañana. En Angers, en Nantes, en San Dionisio, San Germán, Richelieu, etc., toca la campana y nadie discute sus órdenes. Las dos primeras horas de la jornada -como formalmente se ha estipulado en los contratos- pertenecen a las hermanas, que las emplean en su vida íntima, y no compartida, con Dios, a menos que un enfermo en peligro las requiera a su lado. A lo largo del día, la regla, minuciosa, continuará defendiéndolas y guardándolas para Dios, pero la regla se doblega ante los enfermos; se deja todo, hasta Jesucristo, para servir a sus miembros dolientes y volver a encontrarle en ellos.

Las Hijas de la Caridad no se pertenecen; pertenecen a los pobres y a los enfermos, sus verdaderos señores. Se aplicarán a servirles con respeto y mansedumbre. Luisa de Marillac no les escribe una carta en que no les recuerde esta ley fundamental de su estado, de su vocación. Son las siervas de los pobres y de los enfermos; la palabra *hija*, joven, en el lenguaje de la época quiere decir sirvienta y se conservó en atención a su

significado. ¡Qué cosa tan grande a los ojos del mundo y cómo conviene penetrarse de ello desde la primera hora de la jornada!

Esas amos -los pobres- son a veces difíciles porque sufren y para poderlos soportar, hay que amarlos mucho. Para conseguirlo, hay que empezar por acostumbrarse a soportar a las compañeras. Soportarlas de noche y de día, a todas horas, hasta cuando no se las tiene delante. Es difícil, y Luisa lo sabe, por eso no deja de recordar que sin la tolerancia mutua, la vida de comunidad es un infierno, cuando debiera ser un paraíso. A las hermanas de Bernay, les escribe:

Me las imagino a las dos en una gran paz y con el deseo de excitarse a la unión y cordialidad, que consiste en que se comuniquen la una con la otra y se digan mutuamente lo que han hecho estando separadas, diciéndose también dónde van, cuando salen; una, por obligación de sumisión, y otra, por obligación de convivencia y condescendencia. Lo mismo en sus diversos actos: si una está triste, que se sobreponga para recrearse con su hermana, y que la que esté alegre, sepa moderarse para acomodarse al estado de ánimo de la otra, y así, poco a poco, irla sacando de su melancolía; todo ello por amor de Nuestro Señor y para que eviten la tentación que podría inspirarles el deseo de acudir a otro lugar a persona para buscar la satisfacción de descargar su pobre corazón, lo que sería la ruina total de la santa amistad que dos hermanas deben tener entre sí. Pido a Nuestro Señor las preserve de ello, por su santo amor, en el que soy...

Tolerarse mutuamente y llevar cada una la parte que le toca en la miseria común... Hay que acostumbrarse a considerar que tenemos unas espaldas y un corazón para ello.

Todas las aflicciones y pérdidas que han ocurrido en Angers han sido para mí extremadamente sensibles, por lo que los pobres han tenido que sufrir; suplico a la divina bondad los consuele y les otorgue la ayuda de que necesitan. Mis queridas hermanas, han tenido ustedes grandes penas, pero ¿han pensado que era justo que las siervas de los pobres sufriesen con sus amos, y que cada una de nosotras merece, por su parte, soportar los castigos que Dios envía en general? ¡Ah!, mis amadas hermanas, cuánta falta nos hace, a veces, hacernos esta reflexión: «¿Quiénes somos para haber recibido una de las mayores gracias que Dios pueda conceder a una criatura, de cualquier condición que sea, al habernos llamado a su santo servicio? ¿Y quisiéramos vernos libres de toda incomodidad?». Guardémonos bien de este pensamiento, queridas hermanas; más bien maravillémonos con frecuencia de que Dios haya querido sacarnos de los lugares en que nos hallábamos y en los que tanta hubiéramos sufrido con los demás de nuestra condición, para llevarnos a donde nada nos falta y en donde estamos en seguridad... ¿No piensan cómo nos obliga esto a practicar la virtud, si no queremos saldarlo en el otro mundo? No esperemos a esto, pero hagamos cuanto esté de nuestra parte para adquirir las virtudes que Dios pide de nosotras, en agradecimiento por las mercedes que recibimos todos los días de su bondad. No sé, queridas hermanas, si han recibido una carta mía en que les hablaba de estas cosas.

En nombre de Dios, pongan buen cuidado, se lo ruego, en amar las sólidas virtudes, sobre todo la humildad y la mansedumbre. Si les hablo a menudo de ellas, es porque, hace tiempo se me ha advertido que lo necesitaban y que las señoras que van a 1a visita desean que se las acoja bien. Ya sabe usted, hermana, cómo nuestras hermanas de aquí que preparan la colación, cuidan de tener contentas a todas las señoras. Ya sé que las otras ocupaciones que tienen ustedes para el servicio de los enfermos lea llevan todo su tiempo, pero cuando llegan las señoras, podría usted encargar a una hermana, unas veces a una y otras a otra, de atenderlas lo mejor que pueda, sin por ello quebrantar las órdenes de los señores Padres. Una buena inteligencia entre ustedes lo arreglará todo.

En nombre de Dios, Sor Cecilia, trate de superar sus pequeñas repugnancias y alégrese de tener una ocasión de obedecer, no con inquietud o sobresalto, sino con calma y suavidad, y haga con los demás lo que quisiera hicieran con usted. Principalmente, tenga una gran tolerancia y acoja con bondad a aquellas que más dificultad tienen en hablarle, si es que hubiere alguna a quien tal ocurriere. Diga a todas me encomienden en sus oraciones, a todas las abrazo de corazón y soy de ellas, como de usted, en el amor de Jesús crucificado...

Como puede ocurrir a veces que la «cizaña» se deslice entre las Herinanas, la Señorita adopta un tono de severidad para dirigir unos reproches a los que la distancia hace cobrar mayor relieve. Las hermanas Bárbara y Luisa, de Richelieu, debieron de sentir todo su peso.

Me he enterado de lo que tanto temí siempre: que sus empleos, que tan buenos resultados tenían para el alivio de los enfermos y la instrucción de las niñas, no han servido de nada para la perfección de ustedes y, por el contrario, parecen haberlas perjudicado, ya que el buen olor que daban empieza a perderse. Piensen, mis buenas hermanas, en lo que hacen: son causa de que se ofenda a Dios, en lugar de que se le dé gloria, de que se escandalice al prójimo y de que no se estime tanto el santo ejercicio de la caridad. ¿Cómo se atreverán, un día, a comparecer delante de Dios para darle cuenta del uso que han hecho de la gracia tan grande de haber sido llamadas a la condición en que El las ha colocado? El se proponía su propia gloria y ustedes se la usurpan. Usted, Sor Bárbara, por su poca cordialidad con la hermana que Dios le ha dado, por sus pequeños desdenes, por su poca paciencia con sus males. ¿Cómo no ha recordado que cuando se la puso con ella para ser su superiora, era obligarla a portarse como madre, más que una madre corporal, ya que debía cuidar de su salvación y perfección, como no pueden hacerla las madres corporales? Esto la obligaba a una gran paciencia y caridad, tales como el Hijo de Dios las predicó y enseñó. Al aceptar este cargo, ¿no ha visto usted qué humildad le exigía, puesto que le daba motivos para reconocer sus propias limitaciones? ¿No debe usted tener siempre presente, cuando manda alguna cosa, que es la obediencia la que la pone en condición de mandar y no el que tenga usted en sí misma ese derecho? Ahora bien, mi querida hermana, espero que el mal no haya llegado a tal punto que no tenga remedio; póngase sus propias faltas ante la vista, sin excusas que valgan, ya que sólo nosotros mismos podemos ser causa del mal que cometemos. Confiese esta verdad ante Dios, excite en su corazón un gran amor hacia su hermana, nuestra querida Sor Luisa, y

pensando en la misericordiosa justicia de nuestro buen Dios, échese a sus pies y pídale perdón de todas las sequedades que ha tenido con ella y de todas las penas que le ha causado, prometiéndole, con la gracia de Dios, que en adelante la amará como Jesucristo la ama y le proporcionará los cuidados que debe tener con ella, abrazándola, con este sentimiento en su corazón.

Y usted, querida Sor Luisa, ha vuelto a recaer en sus pequeños defectos habituales. ¿Qué piensa usted de ello? ¿Es una vida de libertad la que ha escogido? Ni mucho menos. Debe ser una continua sumisión y obediencia. ¿Es posible que no piense nunca en ello, o que, si lo piensa, tenga tan poco amor de Dios y tan poco temor por su salvación que descuide lo que está obligada a hacer? Hija mía, hágase un poco de violencia. ¿Qué provecho saca usted cuando hace sin permiso visitas o peregrinaciones y no quiere sino vivir según su propia voluntad? ¿No recuerda que no debe hacer nada ni ir a ninguna parte sin el permiso de Sor Bárbara, a la que ha aceptado como superiora, antes de marchar de aquí, y a la que debe querer tanto o más que si fuera su madre? Me temo que no reflexiona usted nunca sobre la condición en que Dios la ha puesto, ya que hace tantas cosas que son incompatibles con ella. ¿No tendría usted que lamentarse si llegara a perderla, por satisfacciones de tan poca monta? Creo que la causa de la mayoría de las faltas que usted comete, es que tiene dinero en su poder y que siempre le ha gustado tenerlo. Si quiere creerme, deshágase cuanto antes de esta afición; deposite todo en manos de Sor Bárbara; no quiera tener más que lo que a ella le parezca bien, y excítese al amor de la pobreza para honrar la del Hijo de Dios; con este medio obtendrá usted cuanto necesita para ser una verdadera Hija de la Caridad.

Esta larga carta, tan firme y concreta, es la de un jefe y la de una madre. Los términos de sus reproches más duros no son nunca amargos y toman a veces inflexiones de ternura. Es sin duda la ternura la que domina en su pedagogía, una ternura que se inquieta cuando la salud de sus hermanas está en peligro, una ternura hábil y delicada cuando hay que consolar y con frecuencia es preciso hacerlo. Las imaginaciones trabajan y acumulan nubarrones, a los que se llaman «penas». Las penas ocupan un gran lugar en la vida interior, sobre todo cuando uno se analiza demasiado, lo que lleva a cansarse de la virtud sólida y a contentarse con virtudes imaginarias, forjándose tristezas sin razón.

Trataré de ayudarla a salir de este estado, puesto que he pasado por las mismas penas que usted. Procure distraerse de ellas en vez de combatirlas de frente, y pida al Espíritu Santo que le dé la alegría.

Se sirve de la ternura para consolar, pero de una ternura que tiene, si puede decirse, algo de viril. Establece una gran diferencia entre la ternura que es caridad fuerte y elevada y la «terneza», que es un temible defecto. Esta es una especie de debilidad pueril, que se hiere con el menor soplo y se crea escrúpulos infundados. Una tiene repugnancia por ir con tal confesor o escrúpulo de tener inclinación por tal otro. Hay que deshacerse de una vez para siempre de estas ternezas. Nuestro muy honorable Padre nos dijo en su última conferencia que hay que desembarazarse de estos diverti-

mientos, mucho más peligrosos en nosotras que en las religiosas, porque nosotras no tenemos tiempo de detenernos en nosotras mismas: nuestros enfermos nos reclaman. Si es preciso hacer reproches algo más penetrantes, no teme en ir directamente al asunto; pero piensa que la lección hará más efecto si viene de arriba. Pide entonces al Señor Vicente, al Abad de Vaux o al P. Portail que hagan las veces de padre que corrige, y excusándose por su atrevimiento, les dice con claridad lo que quiere que sepan y digan.

...Sírvase, señor, por favor, tener en cuenta que ha sido Sor Ana, más bien que Sor Margarita, la que ha introducido la forma de cofia que me hace usted el honor de decirme; porque sé que tiene gran inclinación a dárseles de entendida, de devota y de sabia, por no decir de pequeña vanidosa, y eso, siempre, tanto con las señoras como con los pobres; gusta de decir cantidad de palabras de humildad; que más bien creo vayan encaminadas a atraerse alabanzas. Todo esto está mal. Pero, sin embargo, entiendo hablar tan sólo de las disposiciones de la naturaleza, segura de que la gracia hasta de ellas sacará provecho.

Es misión del jefe hacer reinar la razón, pero es el corazón el que manda y tanto uno como otra están en manos de Dios. De ahí que consuelos, consejos, reproches, todo vaya encaminado a su centro, que es el amor de Dios.

Ese amor flota como una gracia impalpable sobre todas las palabras de todas las cartas del jefe; no se halla en fórmulas convencionales que, por otra parte, aun siendo convencionales serían sinceras. Está en el fondo mismo de las cosas, en la vibración de la voz oída a distancia por todas las hermanas. En esta formación en la que se derrocha tanta ternura, no hay nada pequeño ni minimizable. Aun las cosas de menos importancia deben decirse, y una vez dichas, una palabra nos vuelve a situar en el verdadero plano de esta educación, que es de gravedad y grandeza. De repente, una carta llena de consejos meticulosos termina por estas palabras, cuyo acento suena a algo tan moderno: «Pidamos por Francia y por la Iglesia». Corrían los años siniestros de la Fronda, cuando unos príncipes, que explotaban hasta el máximo la miseria y la ira del pueblo, hacían pagar caro al joven rey la violencia del ministro que le había elevado al trono. Luisa de Marillac era de las que había sufrido por los excesos de aquella violencia y sentía cuán peligrosa era, ahora, la reacción posible, no sólo para el rey sino para toda la nación y, por lo tanto, para la Iglesia. Su preocupación, traducida en oración, corría parejas con la de Vicente de Paúl, y trataba de arrastrar por la misma línea a aquellas jóvenes aldeanas, a las que la inteligencia de la miseria hacía capaces de prestar atención a los grandes intereses del Estado y de la cristiandad. No corrían el riesgo de desconcertarse ante los grandes problemas en los que tampoco profundizaban con detalle, porque su vida se ajustaba a un gran principio, que era la misma forma del amor hecha a su medida: «la indiferencia», es decir, la sumisión total a la voluntad de Dios.

Pero eso es otra cosa, y ya veremos cómo ese principio se encarna en la regla a la que va a parar la educación de la Hija de la Caridad.

La correspondencia, que baja a tales detalles y se eleva a tales alturas, es el principal instrumento de que Luisa se sirve para la formación de sus hijas. La carta es una conversación que se prolonga, una conferencia que queda sintetizada en sus puntos esenciales. Hemos dado a este término de conferencia un sentido solemne, de enseñanza magistral o de tratado diplomático. En realidad, la conferencia es una conversación dirigida y corresponde a quien la dirige el darle su verdadero carácter. Así lo entendía Luisa de Marillac cuando conferenciaba con sus hijas; y así lo entendía también Vicente de Paúl cuando iba, acompañado del Señor Portail, para hablarles de Dios y definir en su divina presencia el espíritu de una verdadera Hija de la Caridad.

Todas se hallaban allí reunidas. Las de las «Caridades» de las parroquias a quienes no se lo impedía el servicio de los enfermos, se unían a sus hermanas de la casa-madre. El tema de la conferencia se les había anunciado mediante una esquila, y durante la semana o las dos semanas de intervalo, cada una había podido reflexionar y razonar, con los medios que Dios ponía bajo su tocado. Las más tímidas tenían permiso para escribir y tener ante los ojos su papel. Porque todas podían tomar la palabra y se las interrogaba no como a una alumna en un día de examen, sino como a un miembro de la comunidad que tiene que contribuir con su aportación al tesoro = espiritual común.

Vicente había meditado sobre el tema. La Señorita, humilde y sencillamente, excusándose de su atrevimiento, había hecho girar su meditación en el sentido de las necesidades de sus hijas, a las que conocía muy bien.

Con una familiaridad que tranquilizaba a las menos decididas, el muy honorable padre empezaba por poner en movimiento a las más jóvenes y a las menos preparadas. Al escuchar una respuesta de lógica, contestaba con una exclamación admirativa, llena de sinceridad, porque, detrás de la palabra más sencilla él descubría la realidad profunda. Repitiéndola de varias maneras, acompañándola con expresiones equivalentes, ponía de relieve todo su contenido; el guijarro recogido en el camino se transformaba en diamante, y la hermanita, extrañada, podía creer que Dios le había inspirado pensamientos ricos y bellos. El Señor Vicente interpelaba después a las antiguas, y poniendo siempre un matiz de respeto, a la Señorita. Por fin, él se encargaba de atar la gavilla. También él había cuidado de poner por escrito sus «sencillos pensamientos», como solía decir, y la Señorita obtenía, con habilidad, que dejara entre sus manos aquel esquema. Una vez que él marchaba, en torno a dicho esquema se hacía una reunión de los mejores cerebros de la casa y se levantaba un acta de la conferencia. Acta sincera y completa, que recogía todos los acentos, incidentes, palabras intercambiadas, y conservaba el estilo del muy honorable padre con sus asperezas, su pintoresquismo y su calor. Con razón las Hijas de la Caridad consideraban la recopilación de esas actas como la carta de su instituto.

No se empeñaban en distinguir en aquella doctrina cuál era la parte aportada por el fundador y cuál la de la fundadora. Respetemos nosotros también su discreción.

Está permitido, eso sí, que expresemos un pesar. Se hicieron copias de aquellas actas para enviarlas a las casas, y, siguiendo una costumbre deplorable, pareció conveniente modificar el texto para modernizarlo, pulir sus asperezas, resumir lo que parecía demasiado largo, ampliar lo demasiado corto. A pesar de esta enfadosa costumbre, que no puede decirse haya desaparecido por completo, el texto de las conferencias de Vicente de Paúl y de la Señorita con las Hijas de la Caridad, ha conservado una viveza que es la mejor garantía de su autenticidad. Podemos, desde luego, estar seguros de que entramos en contacto con su pensamiento, y hasta podría decirse que se les está viendo y escuchando, de tal manera está vivo su pensamiento y ha conservado su relieve, que se palpa bajo la mano que escribe o se adivina tras una fórmula convencional.

Muchas de las copias de estas actas han desaparecido. Lo que de ellas queda, en la edición de Pedro Coste -a la que se podría llamar edición crítica, si el autor, por motivos indudablemente plausibles, no se hubiera permitido él también corregir- forma un conjunto de gran interés espiritual y constituye, juntamente con las cartas de la Señorita, toda la pedagogía de las Hijas de la Caridad.

Los temas de dichas conferencias son, en el fondo, los mismos que Vicente trató con las Damas, con las Hijas de María de la Visitación, con los Señores de San Lázaro, es decir, el amor de Dios y del prójimo en el que consiste toda la ley cristiana; pero están adaptados a la vocación particular de las Hijas de la Caridad. Se advierte un gran empeño en definir su vocación y lo que constituye su espíritu propio y su dignidad. Son las siervas de los pobres de Jesucristo: todas las obligaciones comunes a los cristianos se iluminan para ellas a la luz de este principio, al que constantemente se hace referencia. La caridad para con el prójimo empieza por ser caridad con las propias hermanas, tolerancia mutua, buen entendimiento, lleno de afecto, cosas sin que la comunidad estaría condenada a deshacerse y perecer. Al tratar de este punto, ocurrió que la temperatura de la conferencia subió a tal punto que menester fue interrumpirla para dejar lugar a escenas de reconciliación o de petición de perdón, sazonadas con gestos y lágrimas. Los motivos de las pequeñas disensiones habían sido fútiles y pueriles... Poco importaba. A veces armas pequeñas pero afiladas pueden causar heridas profundas. Pero ¡felices heridas! que daban lugar a perdones heroicos y reparaciones desmesuradas. La caridad fraterna es una virtud frágil, que el orgullo, la suficiencia, la confianza en uno mismo pueden ahogar indefectiblemente.

Ya se sabe -y he citado textos- cuánto insistía Vicente acerca de la virtud de la sencillez que él admiraba «en las buenas aldeanas», en las que no se habían contaminado con el aire de la ciudad, tan sutil y que a veces llega a introducirse en el campo.

La conferencia versaba a menudo sobre otra virtud que tanto el fundador como la fundadora consideraban de capital importancia, y a la que ellos llamaban *la indiferencia*. Ser indiferente, para Vicente y Luisa, es no desear nada, no rehusar nada, no tener apego ni a los empleos, ni a los lugares ni a las personas, estar siempre dispuesta a marchar o a quedarse, a emprenderlo todo o a dejarlo todo para

obedecer a la voluntad de los superiores, es decir, a la voluntad de Dios. El tema se mira y se enfoca en todos los sentidos, buscando colaboraciones si puede hablarse así. iluminándolo con trazos psicológicos de enorme veracidad. No debía uno aburrirse en las conferencias que se daban en casa de la Señorita, cuando el Señor Vicente contaba, con profusión de mímica -ya que gustaba de realzar su pensamiento con el gesto- una de aquellas anécdotas Pintorescas de las que tenía buena provisión:

Conocí a una buena señora que no tenía más cariño que su perro, pero lo quería entrañablemente. Y el perro se murió cuando viajaba con ella. Ya la tenemos sollozando a voces por haber perdido a su perro. Decía: ¿quién vendrá ahora a acariciarme cuando vuelva a casa, puesto que mi perro que era mi consuelo se ha muerto? ¡Pobre criatura! No hacía más que sollozar en su carroza. ¿Y por qué? ¡Por un perro! Creyó volverse loca, y los médicos le aconsejaron que emprendiera un viaje para distraerse. ¡Ah!, hermanas. Si el amor por una criatura tan ínfima ha sido capaz de esto...

Una hermana hace observar que la única forma de tener paz en el alma es no desear nada.

-Señorita, ¿quiere, por favor decirnos sus pensamientos?

-Padre, se me ha ocurrido una razón, además de las que han dicho nuestras hermanas, y es que Dios quiere ser glorificado en nosotros de todas formas; lo que procura sirviéndose de nosotros como de algo que le pertenece por muchos títulos; y así puede mandarnos cuanto le agrade. Pero quiere que nosotros cooperemos con su voluntad, y es muy razonable que le sacrifiquemos ese libre albedrío que nos ha dado y que, por tal medio, nos situemos en una santa indiferencia acerca de todos los empleos en que plazca a su bondad colocarnos, a través de los superiores.

Otra razón es que, habiéndonos dado a Dios para formar un cuerpo en su Iglesia, es razonable que cada uno de los miembros cumpla su función, lo que no se lograría si no estuvieran dispuestos a acatar las órdenes de los superiores, que son los que mandan y organizan.

Los inconvenientes que podrían derivarse de no hacerlo así, serían: primero, el daño que la propia hermana se haría a sí misma, poniéndose en condiciones de no poder cumplir la voluntad de Dios y de no hacer nada que le sea grato.

Otro, que, sin la indiferencia, reinaría el desorden en la Compañía, se resentiría el servicio de los pobres, se daría mal ejemplo a las demás hermanas y acaso algunas lo seguirían.

Uno de los medios más eficaces que tenemos para adquirir esta indiferencia, es el ejemplo de Nuestro Señor que, en tantas ocasiones durante su vida, afirmó no estar en la tierra sino para practicar esta virtud, haciendo la voluntad de Dios su Padre, y que practicó la obediencia hasta la edad de treinta años.

-¡Dios la bendiga, Señorita! ¡Qué hermoso es todo esto!

Otra hermana sugiere que, una vez que las Hijas de la Caridad se han dado a Dios, ya no se pertenecen para desear ser esto o aquello, estar aquí o allá; si hacen acto de propiedad, le quitan a Dios, como en un robo, lo que le habían dado. Es, pues,

necesario dejarse doblegar como el mimbre, que el cestero retuerce en todos los sentidos y hace de él lo que quiere.

-¿Ha visto usted alguna otra razón, hermana? -Padre, he visto también que debemos dejarnos bre, del que se hace lo que se quiere.

-Miren lo que dice nuestra hermana. Las Hijas de la Caridad deben tener la flexibilidad del mimbre entre las manos del que lo maneja. El mimbre se deja plegar como se quiere, poner encima o debajo, no opone resistencia. Así, una Hija de la Caridad que no estuviere indiferente para dejarse colocar donde sea necesario, en tal lugar o en tal otro, ya hermana sirviente, ya compañera, es de peor condición que el mimbre, y no agrada tanto a Dios, porque no tiene la flexibilidad de una cosa irracional. Hermanas ¡qué confusión cuando se ve a una joven siempre dispuesta a replicar y dar razones para todo!

Otras, y en ocasiones varias a la vez, aportan su testimonia sobre la virtud de la indiferencia. Y por fin corresponde hablar a Vicente y expresar sus «sencillos pensamientos», llegando a una conclusión. Según él, las Hijas de la Caridad deben ser indiferentes, estar siempre disponibles, como los ángeles que están en la presencia de Dios, siempre prontos a ejecutar sus órdenes. Ellas son los ángeles de la caridad de Dios. Las que no estuvieren en este estado de indiferencia porque alimentaran en su interior deseos personales, verían pronto cómo tales deseos se transformaban en pasiones que las agitarían como se ven agitados los demonios. Y Vicente termina con una ferviente súplica para pedir a Dios que preserve a sus hijas del espíritu diabólico y les haga conservar en ellas el espíritu angélico de indiferencia.

El Señor Vicente y la Señorita toman ocasión de la marcha de algunas hermanas a determinadas casas para tratar de las virtudes que les parecen más necesarias habida cuenta del carácter del lugar y de las dificultades con que van a tropezar, ya en el camino, ya a su llegada.

Tampoco dejan, cuando sobreviene la muerte de alguna sierva de los pobres -y el caso se repitió con cierta frecuencia en los comienzos cuando el celo de la juventud no conocía medida- tampoco dejan de hacer girar la conferencia sobre las virtudes de la fallecida, que ya ha recibido la recompensa de las mismas. Muy bella y emotiva es la conferencia sobre Bárbara Angiboust, uno de los tipos más sobresalientes de aquella primera generación: generosa, de personalidad acusada, hasta el punto de romper, a veces, con los moldes todavía no muy bien definidos, literalmente consumida por su amor a Dios y a los pobres de Dios. Murió mártir de su abnegación en Châteaudun, en el año 1658. Las que la habían conocido, las que habían tenido la dicha de vivir con ella, acudieron para decir hasta qué punto era complaciente, alegre, bondadosa y brusca dentro de esa misma bondad. Fue ella la que se negó a servir a la duquesa de Aiguillon y se atrevió a decirle en su cara por qué: no era pobre, y los pobres son los que tienen que pasar por delante de los grandes del mundo.

Tenía una ternura especial para los chiquitines, hasta el punto de haberse quedado durante la noche levantada, teniéndolos en brazos, cuando no había cunas

suficientes, en la época de gran miseria por la que atravesó la obra de los niños expósitos. Sabía hablarles desde que empezaba a apuntar su inteligencia y tenía un arte exquisito para explicar el catecismo. Sabía dominar su naturaleza fogosa para someterla a la minuciosidad de las reglas y para tratar con dulzura a los más difíciles de sus pobres: los galeotes, a pesar de las groserías y violencias que solían usar.

-Estuve en los galeotes con ella. Tenía gran paciencia para sobrellevar las dificultades con que allí se tropieza, a causa del mal humor de aquellos hombres. Porque, aun cuando estuvieran a veces tan en contra de ella que llegaban a tirarle al suelo el caldo y la carne que les servía, diciéndole cuanto la impaciencia les dictaba, ella lo soportaba sin decir palabra y lo recogía con mansedumbre, poniéndoles tan buena cara como si nada le hubieran hecho ni dicho.

-¡Qué cosa!: ponerles tan buena cara como antes.

-Padre, y no sólo eso, sino que cinco o seis veces, por lo menos, impidió que los guardianes les pegaran.

-Bien, hermanas, si hay aquí entre ustedes algunas que hayan estado en los galeotes y hayan querido hacer frente a esos pobres hombres, devolviéndoles mal por mal e injurias por injurias, duélanse de ello, viendo que una de sus hermanas, que llevaba el mismo hábito, cuando le arrojaban la carne que servía, no decía ni una palabra y, si se les quería golpear, no lo toleraba. ¡Qué motivo de pesar para las que han obrado de otro modo, las que han querido replicar a las palabras de esos pobres forzados o de sus guardianes!

Hermanas, como todas las que se encuentran aquí pueden un día estar al servicio de esos pobres hombres, aprendan de nuestra hermana la lección de cómo deben portarse, y no sólo con los galeotes, sino en todas partes.

Todos estos rasgos hacen de la fisonomía de Bárbara Angiboust un cuadro cuya belleza deja admirado a Vicente. Es una hermana la que hace la observación de que hay que admirar al pintor, autor de tal obra maestra, porque todo ello es obra de Dios y de su gracia. Vicente de Paúl se vuelve entonces a la Señorita y le pregunta si no quiere añadir algunos toques al conjunto.

-Señorita, ¿quiere decirnos lo que usted misma ha observado? -Padre, reconozco que todo lo que han dicho nuestras hermanas es cierta. Tenía gran amor por todo lo que se refiere a las reglas, grande afición por la instrucción de la niñez. Tan pronto como supo las reglas, no quiso omitir nada ni innovar nada de lo que ordenan.

Por todas partes donde estuvo, en los niños expósitos a los que hizo varias veces la visita, no la he visto nunca echarse para atrás ante ningún trabajo. Cuando se fue sabiendo su muerte, escribieron de todas partes por donde pasó, ponderando sus virtudes.

Cuando ella me escribía a mí, solía firmarse: la orgullosa, por el deseo tan grande que tenía de adquirir la humildad, en lo que trabajó sin descanso.

Tenía gran tolerancia para con las hermanas con quienes estaba. Una de ellas, en Châteaudun, que le creó algunas dificultades, se dolió de ello y le pidió perdón. Viéndola enferma, de la enfermedad que le ocasionó la muerte, se lo dijo; a lo que Sor Bárbara contestó: hermana, ¿no era así como había que hacer? Como

queriendo decirle que sólo con la tolerancia se puede ganar a los que se dejan ir a algo que no deben.

Nuestras hermanas que han vivido con ella en sus últimos días me dicen que han visto tantos actos de virtud, que ocho manos de papel no bastarían para dejarlos escritos.

Nunca la vi volverse atrás de sus buenos propósitos. Amaba mucho a la Compañía y se dolía enormemente cuando llegaba a saber algo que no marchaba bien.

Aquí está la carta en la que me dan la noticia de su muerte: ha debido usted de saber la muerte de nuestra querida Sor Bárbara por la carta que le hemos enviado. Con ésta le confirmamos que ha muerto en Dios..., etcétera.

Padre, ha venido una mujer de Châteaudun que estuvo presente en sus últimos momentos y que nos ha dicho cuanto en la carta nos refieren y, entre otras cosas, que si no la hubiera visto morir, no hubiera creído que era ella, tan hermosa quedó después de su muerte. Eso mismo dicen en la carta, «que la gente decía si la habían pintado».

-¡Ah, Hermanas! ¡qué bello cuadro! ¡Qué felices somos por haber tratado con un alma que ha practicado tantas virtudes!

Lo que es quizá más de admirar en estas conferencias es la ausencia total de convencionalismos. Las cosas son lo que son en su ingenuidad de amanecer. Cada una las dice a su estilo, como las ve, en su lenguaje «rústico y altivo», de suerte que aun cuando no llegue a pronunciarse esta palabra, del conjunto se desprende una gran lección de verdad. La Hija de la Caridad, formada en esta pedagogía, es esencialmente sincera, veraz.

Inspirándose en estas conferencias, que en parte son de ella, y tomando otras veces de sus propias reservas, que son ricas, Luisa de Marillac continúa la formación de sus hijas con sus enseñanzas y conversaciones. Todo el mundo está de acuerdo en decir que hablaba bien y que daba gusto oírla. Siguiendo el ejemplo de su «muy honorable» Padre, evitaba todo convencionalismo y hablaba familiarmente, según las circunstancias se presentaban; de ahí que no se hayan conservado actas de sus charlas. Pero el formulario de oraciones de la congregación nos da luz sobre lo que debió de constituir la trama de aquéllas. Son sus palabras y exhortaciones sobre la fiesta que iba a celebrarse al día siguiente, según el orden de la liturgia. Contienen una sustancia teológica muy densa y un amor que se halla presente a cada palabra. Podríamos estudiarlas aquí para completar el análisis de su metodología en la formación de sus hijas; pero creo se hallan mejor situadas al hablar de su intimidad y originalidad, considerando esas palabras suyas como los efluvios de su espiritualidad personal. Efectivamente, al fin de su vida, ya no se preocupará de formar a sus hijas, pero vivirá y orará delante de ellas. Es lo más exquisito de la pedagogía de los santos: para enseñar les basta con ser ellos mismos.

II. UNA VEZ MÁS, LA EDUCADORA

Luisa de Marillac tenía el gusto, la pasión y el arte de enseñar, porque sabía lo que vale el conocimiento y que el alma está hecha para conocer. Dios nos ha creado para que le conozcamos; Dios ha creado al hombre para ser conocido por seres inteligentes. La ignorancia es, pues, un estado violento que saca al hombre fuera de su destino.

Apenas entabla contacto con el pueblo del campo, asolado por las guerras, Vicente de Paúl queda impresionado por la miseria material que le aqueja: ¡se mueren de hambre! Treinta años después, al recorrer las mismas aldeas y tratando sobre todo con las mujeres y las jóvenes, Luisa de Marillac queda impresionada, ella también, pero por su ignorancia. Ya se había iniciado, es cierto, un movimiento del que habían de salir antiguas congregaciones renovadas o congregaciones nuevas, con educadoras numerosas y prácticas, de suerte que el historiador que profundiza en el detalle, queda asombrado por la solidez de la formación intelectual de las mujeres de la aristocracia y de la burguesía, a finales del siglo XVII. Pero la instrucción del pueblo llano había quedado muy descuidada. Era cosa admitida que, en las aldeas, los niños y sobre todo las niñas no tenían necesidad de aprender a leer. Luisa de Marillac se espanta de tal negligencia cuyas consecuencias pueden ser lamentables. Anotemos aquí cuál es su pensamiento. Teme, ante todo, que la ignorancia de las niñas las impida aprovecharse de las gracias de Dios. Por supuesto, que no hace depender de la ciencia de los hombres la eficacia de la gracia divina, pero ha podido darse cuenta de que los conocimientos, siquiera elementales, abren camino a la palabra de la Iglesia y la introducen en un contexto humano que la hace más accesible. Se puede amar a Dios sin saber leer; pero el saber leer proporciona medios suplementarios para amar más a Dios y aprovecharse más ampliamente de sus gracias. Por eso, tan pronto como emprendió la visita de las «Caridades», uno de sus primeros cuidados era informarse de los niños que había en el lugar y de si se encontraba en él una persona capaz de enseñarles a leer; y si no la había, procuraba encontrar una. Pero esto no era más que un paliativo. Hacía falta organizar la enseñanza, y ella tenía el sentido de la organización. Aquí tenemos un documento de gran alcance histórico, pues señala la fecha del establecimiento de las escuelas primarias gratuitas en la diócesis de París. Luisa de Marillac hace una gestión oficial ante el chantre de Notre Dame de quien depende la enseñanza.

Al Señor des Roches, Chantre de Notre Dame.

Luisa de Marillac, viuda del Sr. Le Gras, secretario de la reina madre del rey, SUPLICA humildemente:

Dada el gran número de pobres que existen en el arrabal de San Dionisio, ha sentido el deseo de ocuparse de su instrucción, puesto que las niñas permanecen en la ignorancia y es de temer que cree en ellas malicia que les haga incapaces de cooperar con la gracia para alcanzar su salvación.

Considerando lo cual, sírvase su señoría conceder a la que suscribe el permiso que en tal caso se requiere, con la esperanza de que Dios será glorificado si los pobres, sin aportar nada, pueden libremente enviar a sus hijas a las escuelas, sin que los ricos puedan impedirles tal bien al no querer que las maestras que

enseñan a sus hijos las reciban también a ellas. Estas almas, rescatadas con la sangre del Hijo de Dios, tendrán la obligación de orar por su señoría, en el tiempo y en la eternidad.

Respuesta del Chantre.

Miguel le Masle, consejero del Rey en sus Consejos de Estado y privados, prior y señor des Roches de Saint Paul, chantre y canónigo de la insigne y metropolitana iglesia de París, a nuestra amada Señorita Le Gras, residente en la parroquia de San Lorenzo de París, saludamos en el Señor.

Como en razón de nuestra dignidad de chantre de dicha iglesia de París, nos concierne y corresponde la colación y gobierno de las escuelas primarias de la ciudad y arrabales de París, habiendo sido considerada digna de ello, después de nuestro examen, del informe de vuestro párroco y de los demás testimonios dignos de fe, y teniendo conocimiento de vuestra vida, costumbres y religión católica, os concedemos a este respecto licencia y otorgamos la facultad de abrir las escuelas y dirigirlas en la calle llamada del barrio de San Lázaro, en el arrabal de San Dionisio, con cargo de enseñar sólo a las niñas pobres, y no a otras, y de educarlas en las buenas costumbres, elementos gramaticales y otros piadosos y honestos ejercicios, habiéndoos tomado previamente juramento de que dirigiréis digna y fielmente dichas escuelas, según nuestros estatutos y ordenanzas.

Las presentes tendrán solamente validez hasta nuestro próximo sínodo.

Dado en París., bajo nuestro sello y el de Maese Juan Le Vasseur, notario apostólico, nuestro escribano y secretario ordinario, en el año de Nuestro Señor mil seiscientos cuarenta y uno, a veintinueve días de mayo. Por mandato de mi señor el chantre,
LE VASSEUR

Estos textos revisten cierta solemnidad, como si sus autores fuesen conscientes de la importancia histórica de su determinación. Se ha fundado la escuela primaria popular de niñas; la de niños llegará con San Juan Bautista de La Salle. Ambas se desarrollarán en el transcurso del siglo XVII, con el mismo ritmo que las escuelas reservadas a las clases privilegiadas.

En la mente de Luisa de Marillac, la escuela para los pobres es una forma de la caridad. En su correspondencia con Sor Turgis, en Angers, le recuerda constantemente su deber de velar por el buen funcionamiento de las escuelas. Habla del asunto con Vicente de Paú¹ y éste valora inmediatamente la importancia de la tarea, mostrando el deseo de que se emplee un método uniforme en las escuelas, que se inicie en él a las hermanas de la casa madre y se consulte con las religiosas ursulinas, que tanta experiencia tienen en la materia. Desde luego, el cuidado de los enfermos y la asistencia a los pobres, siguen siendo objetivo primordial para las Hijas de la Caridad; si hay quien pueda llevar la escuela cristianamente, ellas la dejan. Pero asistir al indigente es tratar de aportarle lo que le falta, lo que falta a su espíritu, lo mismo que a su cuerpo.

Puede decirse, en verdad, que Luisa fue la primera maestra. No sabemos cómo hacía para enseñar a las niñas a conocer y juntar las letras; pero sí, en cambio, cuánto se preocupó del arte de enseñarles la doctrina cristiana. Probablemente, poco

satisfecha con las fórmulas de los catecismos de entonces, compuso uno para su uso, cuyo texto se encuentra en los archivos de la casa madre. No es propiamente un libro, es un directorio personal, en el que se buscan las palabras que, gradualmente, pueden familiarizar a las mentes infantiles y toscas con las verdades de la religión. Se adivinan tanteos, balbuceos, pero también positivos logros, originales. Las expresiones más familiares y más familiarmente expuestas, se refieren siempre, al menos de lejos, a una doctrina teológica muy segura. Enseña los misterios como en una sonrisa.

-¿Qué es el misterio de la Santísima Trinidad?

-Es el misterio de un Dios en tres Personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

-De estos tres, ¿quién es el más viejo y el más sabio?

-Son los tres iguales, porque no son más que un solo y mismo Dios...

Es sencillamente encantador.

Los pequeños expósitos, los pequeños mendigos del arrabal de San Dionisio oían hablar de Dios en su propia lengua. Las formas cambian con el tiempo, pero los problemas son en el fondo los mismos, y los catequistas de hoy harían bien de inspirarse en el espíritu de Luisa de Marillac; hay zonas de París y de provincias donde los pequeños están tan lejos de Dios como en 1641.

Balbuzeaba con los niños; pero también sabía hablar con altura cuando trataba con las damas. Sería necesario poner de relieve su papel cerca de ellas; es difícil, porque nunca lo hizo valer o, mejor dicho, siempre lo ocultó; y, como se trata aquí de cosas que transcurren en el secreto de los corazones o en el secreto e intimidad de corazón a corazón, las damas que se beneficiaron, hablaron muy poco de ello. Pero las alusiones a este tema en la correspondencia de Luisa con Vicente de Paúl son tan numerosas que nos dejan la impresión de estar rozando una de las misiones principales de la Señorita Le Gras. Sus relaciones con las damas, fuera de las de carácter familiar, tuvieron por origen el movimiento espiritual en cuyo centro se hallaba Miguel de Marillac. Después, los contactos se fueron haciendo más frecuentes cuando Vicente le encomendó la visita de las «Caridades» de las que, a menudo, las damas eran animadoras. Por último, ella misma formó parte del grupo de las Damas del Hospital («Hôtel-Dieu»), que congregaba a las más conocidas de la aristocracia y de la alta burguesía. Muy pronto se situó en un puesto destacado, como la Presidente Goussault o la Señorita Viole; era la persona siempre disponible y siempre pronta para las tareas prácticas, sobre todo cuando tuvo organizadas a sus hijas como congregación permanente y especializada en el cuidado de los enfermos. Pero para aquellas señoras que buscaban un progreso espiritual personal, Luisa fue otra cosa: un modelo y una fuente donde acudir. Su cultura profana, su cultura humanística, era grande, como se advertía por lo profundo y organizado de su pensamiento y por su lenguaje que hace pensar en una Sablé o en una La Fayette o Sévigné. Su cultura religiosa era más vasta todavía: conocía prácticamente a Granada, a Berulle, a Francisco de Sales, la Imitación *de* Cristo, el Evangelio, hasta el punto de hacer de todo ello unas ricas reservas, y, cosa rara entonces entre las mujeres, había recibido la autorización para leer en francés la Biblia en su texto íntegro. Esto denota la existencia de una espiritualidad. No hay por lo tanto que extrañarse de que las señoras que lo valoraban, como la Sra. de

Mirepoix, la Sra. de Traversay, la Señorita Pollation, la duquesa de Liancourt, la duquesa de Ventadour, entre otras, quisieran aprovecharse de tales riquezas, pasando junto a ella y bajo su dirección días de retiro. Encontraban en Luisa no una religiosa retirada del mundo, sino una mujer que había sido casada y madre y que había atravesado y superado duras pruebas, exteriores e interiores. Tenía experiencia de la vida y experiencia religiosa, podía dirigir una casa de Ejercicios. La casa Madre de las Hijas de la Caridad llegó, pues, a ser también una casa de Ejercicios.

Vicente de Paúl, muy exigente en este terreno, alentó sin embargo a Luisa de Marillac a caminar y a perseverar por una vía que no es ordinariamente la de las mujeres. Ella le pedía minuciosamente consejo para esos ejercicios de las señoras y a veces hasta un programa concreto. Pero Vicente se limitaba a eso: a un programa, entendiendo, que fuera Luisa quien asumiera la dirección de las ejercitantes. Y ahí, en la conversación y la oración, volcaba los tesoros de su alma. Las que gozaron de ello, permanecieron en contacto con Luisa para seguir recibiendo de ella una dirección discreta pero duradera.

No es en modo alguno una amistad vulgar y corriente el afecto de la duquesa de Liancourt o el de la duquesa de Ventadour, que viendo a Luisa de Marillac aquejada de su última enfermedad, no quiso separarse de ella y se instaló a su cabecera para ayudarla a morir o quizá mejor, para verla morir.

III. EL DRAMA DE LOS NIÑOS EXPÓSITOS

Porque, en realidad, es de un drama de lo que hay que hablar, de un drama social, ya que el poder responsable no llega a restañar la sangre de una herida causada en el costado de la nación; de un drama humano, puesto que seres inocentes eran abandonados a la miseria y a la muerte; y de un drama personal, porque el corazón de Luisa sufrió un indecible dolor con tal situación. Y es un honor para Vicente de Paúl y para Luisa de Marillac el que no aceptaran el hecho consumado, cruzándose de brazos, sino, por el contrario, el haber emprendido una lucha práctica contra tal plaga y haber creado el estado de ánimo del que poco a poco fueron surgiendo los remedios, aunque nunca se acaba con el egoísmo humano.

La indisciplina de costumbres, la hipocresía social y la miseria recaen sobre el niño que se abandona a la caridad pública cuando es molesto y no se llega, a pesar de todo, al propósito de suprimirle, de quitarle de en medio. Y en el abandono de este niño, expuesto a menudo en la puerta de una iglesia, hay una especie de homenaje tributado por el vicio a la virtud, y al mismo tiempo una explotación de la virtud, casi un medio para liberar la conciencia egoísta, descansando en la generosidad de gentes caritativas. Es decir, que, en definitiva, todo recaía sobre el niño, hasta los gestos de bondad.

No se conoce en todo su detalle la historia de este drama. Se sabe que, hacia 1600, se daban en París cada año unos cuatrocientos niños expósitos, que eran recogidos ya por la caridad individual, ya por los agentes del poder judicial. En 1630, existía una casa, llamada «la cuna», destinada a recibirlos. Allí se les cuidaba bajo la

responsabilidad de lo que podríamos llamar el Estado Mayor de las grandes órdenes religiosas y del Cabildo de Notre Dame, que se descargaban la tarea los unos en los otros. Dicha tarea estaba mal cumplida. Faltaba sitio; faltaban nodrizas; faltaba de todo. Muchos de aquellos pequeños morían. Todos ellos sufrían. Se había organizado un odioso tráfico: se les daban o se les vendían a miserables sin conciencia que les rompían los miembros, haciendo de ellos inválidos para excitar la compasión y recibir limosnas. Era difícil emprender una lucha práctica contra tal plaga, deshonra para la humanidad y para la conciencia cristiana: hubiera sido necesario disponer de grandes recursos, había que vencer el prejuicio social contra los bastardos y el temor de que, al adoptarlos, se fomentara el abandono de los mismos. Vicente de Paúl y Luisa de Marillac se atrevieron a intentarlo. ¿Quién de los dos fue el primero en pensarlo y planteárselo al otro? No se sabe. En todo caso, uno y otro pusieron en la empresa, desde sus comienzos, lo que constituía su tesoro y su fuerza: la ternura humana y el espíritu práctico. Luisa, sin apresuramientos, después de una encuesta, redactó una memoria que Vicente revisó, completó y dio por buena; y ambos decidieron hacer un llamamiento a la asociación de las Señoras del Hospital General de París, que por aquel entonces se hallaba, como la Congregación de las Hijas de la Caridad, en la efervescencia de su novedad. En la junta que se celebró en 1640, se encontraron reunidos los nombres más sonados de la aristocracia y de la burguesía parisinas, en torno a la duquesa de Aiguillon y a la princesa de Condé. No hacía falta menos para enfrentarse con tan terrible azote. El proyecto presentado por Vicente de Paúl tuvo buena acogida. Se decidió acabar con las soluciones a medias que se venían empleando hasta entonces, sin resultado, y que se harían las cosas en grande, es decir que la asociación se haría cargo de todos los niños expósitos: las señoras llevarían la administración general y las Hijas de la Caridad la organización práctica y el servicio efectivo. Así sucede en todos los grandes asuntos colectivos: el consejo de administración discute y vota, y luego deja la ejecución al secretario general. Y Luisa de Marillac vino a ser, en suma, el secretario general de la obra de los niños expósitos, cuyo peso recayó por completo sobre ella y sobre Vicente. El impulso que se dio al principio era alentador. El rey Luis XIII otorgó una renta de cuatro mil libras, suma que la reina Ana de Austria había de duplicar posteriormente. Pero bien calculado todo, resultó un presupuesto de cuarenta mil libras anuales, cantidad necesaria para cubrir lo indispensable. Se estaba, pues, lejos de tener ajustadas las cuentas. El déficit debería ser cubierto con las limosnas y cuotas de las damas. Era preciso estar atentos a los vencimientos, recordar a unos las promesas hechas, a otros sus responsabilidades, convocar las juntas, agradecer los donativos y los servicios prestados, calmar las susceptibilidades, no herir los amores propios.

¿Y qué hacer con los niños? Se improvisaron centros de acogida, demasiado dispersos, desgraciadamente. Uno de ellos, como es lógico era la casa de las Hijas de la Caridad, primero en la Chapelle, después en la calle de San Dionisio. Pero todo esto resultaba insuficiente. Se intentó colocarlos con familias honradas. A través de las «Caridades» y de los párrocos, se obtuvieron listas de familias y de nodrizas a quienes poder confiar un niño con toda garantía. Se mandaba, pues, al pequeño con su ficha sanitaria. Dato conmovedor: en algunas de esas fichas se ve la letra del Señor Vicente, que ha anotado en el margen la dirección de la nodriza.

La ficha debía ser mantenida al día por la familia que acogía al niño, bajo la vigilancia del párroco de la «Caridad». Periódicamente, las damas, acompañadas por alguna Hija de la Caridad, debían visitar a los niños, anotar sus observaciones y hacer una memoria o resumen de la visita. Los niños que se criaban en el campo, en ambiente sano y humano, seguidos de cerca, puede decirse que se salvaban. No sólo se les cuidaba, sino se les quería y con ello estaban preparados para llevar una vida normal. Ocurría que se anudaban lazos duraderos de afecto entre aquellos niños, llegados a hombres, y la familia de su nodriza, y aquellos marginados se encontraban arraigados y liberados de la carga de su nacimiento.

La «Cuna», como las viviendas que la habían sustituido, era insuficiente; la solución de las familias, forzosamente restringida. Las señoras querían algo mejor, más grande, más vistoso. El castillo de Bicêtre -austera y amplia mansión- estaba desocupado y libre. ¿No podrían hacerse con él? ¿Por qué no pedirselo a la reina, a quien se le podía pedir todo? El Señor Vicente lo conseguiría, a buen seguro. De esto se habló ya en 1643. Luisa de Marillac no compartía el parecer de las señoras. En una carta muy concreta y valiente presenta sus objeciones a Vicente de Paúl: Bicêtre está demasiado lejos de París; el castillo, como cualquier casa que lleve tiempo deshabitada, está muy deteriorado y costará mucho adecuarlo, sin que llegue nunca a ser cómodo; las Hijas de la Caridad que vayan allí a servir a los niños, tendrán que andar siempre de camino, lo que no es según su vocación. Una vez expuestas estas dificultades, Luisa de Marillac se calló y cuando se hizo entrega del castillo a las damas, se esmeró en ponerlo en condiciones.

Tenía el don de la organización. Para llevar a los niños desde el Hospital General a Bicêtre, sería necesario disponer de un hombre con una tartana tirada por un caballo. Los caminos eran malos, las carretas de que disponían eran muy cansadas para los niños; se veía a Hijas de la Caridad que, compadecidas, cargaban con ellos sobre los hombros.

Se planteaba la necesidad de que la casa de Bicêtre se bastase a sí misma para su subsistencia. Había tierras; se haría que las arasen. Había viñas; se cultivarían y se vendería el vino, ya que ni las hermanas ni los niños habían de beberlo. Se compraría trigo. Se construiría un horno y se llevaría a un panadero que hiciese buen pan. Había grandes salones; se los transformaría y equiparía para clases. Y queda establecido el reglamento de las escuelas, claro y concreto en su pedagogía, inspirado en las ursulinas, como también en su disciplina, maternal y firme a la vez, llegando hasta usar los azotes, en caso necesario. Al llegar a los cinco años, los niños aprenden a leer. A los once, a los muchachos se les colocará como aprendices; las niñas permanecerán en la casa, aprendiendo las labores propias de las mujeres hasta el momento en que se pueda colocarlas. Es necesario recordar estos detalles porque no carecen de interés histórico y son como la ilustración de un carácter.

La vida de una casa depende de la calidad de sus reglamentos, pero depende sobre todo del entusiasmo y del amor que ponen en su aplicación los que tienen que hacerlo. Luisa de Marillac había comprendido que para los niños expósitos necesitaba hermanas de un temple especial y se esmeraba en formarlas, siempre de acuerdo con

Vicente. Qué conmovedoras y nobles palabras las que el Fundador dirige a las jóvenes destinadas a esta función, en su conferencia del 7 de diciembre de 1643. En ella parecería oírse el acento maternal de Luisa, si no se supiera que también Vicente poseía gran ternura de corazón. Les hace comprender que es para ellas un título de nobleza el estar dedicadas al servicio de esos pequeños. Sus padres los han abandonado, pero son los hijos de Dios que los ha recogido y os los ha confiado a vosotras, que llegáis a ser así, como María, vírgenes y madres a la vez. ¡Felices vosotras, por haber sido escogidas para esta función!

Si Dios no os hubiera llamado a su servicio, si os hubiera dejado enredadas en las cosas del mundo, hubierais sido madres, y vuestros hijos os hubieran proporcionado muchos más sufrimientos y penas que éstos. ¿Y con qué ventaja? Coma la mayoría de las madres los hubierais amado con amor natural. ¿Cuál hubiera sido vuestra recompensa? Simplemente la que da la naturaleza: vuestra propia satisfacción... Si cuidarais niños de familias honorables, os darían mucho trabajo, acaso más que el que os dan éstos; y ¿a cambio de qué recompensa? Unos salarios muy pequeños, y se os consideraría como criadas. Pero por haber servido a estos pequeños abandonados, ¿qué recibiréis? Dios será vuestra recompensa en la eternidad.

Estos niños se convertirán también en vuestra recompensa. Abandonados como estaban, habrían muerto o habrían degenerado en delincuentes. En cambio, educados por vosotras entrarán en el linaje de la familia cristiana. Por eso, tenéis para con ellos deberes sagrados. Debéis ser realmente como sus madres.

Las madres no tienen mayor consuelo que ver lo que hacen sus hijos pequeños; lo admiran todo en ellos, todo les gusta... se exponen a toda clase de males para evitarles el más ligero sufrimiento.

Si por la ternura debéis ser madres, por la vigilancia debéis ser como ángeles de la guarda que les preserven del mal y les den buen ejemplo.

Debéis temer por encima de cualquier otra cosa el escandalizar a estos pobres niños, el decir ni hacer cosa alguna que no esté bien delante de ellos. Si la Señorita Le Gras pudiera disponer de ángeles, tendría que ponerlos al servicio de estos niños inocentes. Se ha hecho correr el rumor de que se ponían con los niños a las que no servían para otra cosa. Y es todo lo contrario: allí son necesarias las más virtuosas; porque tal como sea la tía (así os llaman) tales serán los niños. Si ella es buena, ellos serán buenos; si ella es mala, ellos lo serán también porque con facilidad hacen lo que ven hacer a sus tías. Si vosotras os enfadáis, ellos tendrán mal carácter; si cometéis ligerezas delante de ellos, también las harán; si murmuráis, ellos murmurarán.

Esta conferencia termina con consejos de educación religiosa de una psicología certera y emotiva.

Luisa de Marillac se trasladaba con frecuencia a Bicêtre, donde trabajaba con afán; pero sufría todos los inconvenientes que había previsto. De ello se queja con cierto asomo de mal humor, en una carta dirigida a Vicente de Paúl:

Aquí tiene usted la carta de la Sra. de Pollalion, que da testimonio de la honradez de ese hombre que se presenta para Bicêtre. Además, dice que sabe hacer el pan, trabajar en el jardín, arar y labrar la tierra. Toda esto son cosas que allí se necesitan y que resultan muy caras cuando se contrata a alguien por la jornada entera.

Han muerto cincuenta y dos niños en Bicêtre desde que se está allí y ahora mismo hay unos quince o dieciséis que no están bien. Espero que cuando todo esté bien instalado, según los deseos de esas buenas señoras, no será tanta la mortandad. Puede que hayan comentado que yo he dicho que debe dejarse allí el Santísimo Sacramento, y es cierto, no sólo por la necesidad que representa para nosotras, sino también para que Nuestro Señor tome posesión de aquella casa a la vista del pueblo que de alguna forma se interesa por la obra. Esta me hace tomarme la libertad de decirle que he pensado es conveniente avisar no sólo a las señoras, en cuanto al día y a la hora, sino también que se diga en las misas de las parroquias para recordar a la gente el bien que se puede hacer. Como se ve aquel magnífico lugar que se cree ser propiedad de la obra de los niños, y se sabe que todas las personas que lo gobiernan son de alta condición, la mayoría se figuran que hay grandes bienes y se nada en la abundancia, cuando la realidad es que hay que pedir fiado lo que se compra como provisiones, además de todas las otras necesidades que usted conoce.

Si su caridad tiene a bien recordar que nos manden algunas jóvenes, porque nos encontramos en apremiante necesidad de ayuda, ya que la obra de la casa aumenta cada día.

Toda la correspondencia de Luisa de Marillac, entre 1646 y 1651 está llena de quejas mal contenidas y de llamadas desgarradoras. Se ha entregado de lleno al servicio de los niños expósitos, podría decirse que con pasión, o por lo menos con una pasión excitada por la miseria en que se encuentran. Las necesidades aumentan y los recursos disminuyen. Es cierto que Vicente no desmaya, pero se ve agobiado por la miseria general de las provincias. Las damas se cansan de dar y no se atreven ya a pedir. Todo el mundo se evade. El desorden va ganando terreno. La Fronda caldea los ánimos y cierra los corazones. Y ahora tenemos al Señor Vicente fuera, retenido lejos de París, infundiendo sospechas a los frondistas de haberse pasado al «enemigo», por haber querido darles pan. Luisa suspira. ¿Qué va a ser de su pobre conciencia? Pero no hay tiempo de pensar en ella, hay cosas muy graves: los niños tienen hambre. Entonces se vuelve hacia la Srta. Lamoignon, esta sorprendente cristiana, incapaz de aborrecer a nadie, ni siquiera al diablo, que no sabe sino amar y darse. El 15 de diciembre de 1648 le escribe pidiéndole consejo y apoyo:

Le ruego me disculpe por no haber escrito a la Sra. Séguier, como me lo había usted ordenado. Me parece que ya he dado bastante publicidad a las extremadas necesidades tanto de los pobres niños como de las nodrizas, hasta creo haberme hecha importuna para varios, afligiendo los corazones sensibles y caritativos. No me queda ya nada que decirle, sino que me parece ver a las señoras de la Compañía, más madres de estos pequeños que sus propias madres, padecer los dolores de las madres

de los inocentes cuando la degollación de éstos, sin poder impedirlo ni remediarlo. Sin embargo, tenemos que seguir esperando de la divina Providencia nos mande alguna ayuda importante, como lo ha hecho con los pobres pequeños últimamente abandonados. Sea por ello bendito el Señor.

Pienso, señorita, que pronto tendrán ustedes una asamblea general; ¿no sería buena ocasión para insistir en la opinión que se dio acerca de hacer una colecta todos los sábados en Notre Dame, y todos los primeros domingos de mes, así como en las fiestas principales, en todas las iglesias de los arrabales y en las de la ciudad. Es posible que las señoras se ofreciesen para hacerse carga de ello, cada una en su distrito; las que se ofrecieran, invitarían a acompañarlas a algunas de sus amigas o vecinas, con lo que no sería tanto trabajo. Puede alegarse a esto que se sacaría poca cosa: es cierto, si se piensa en cada sitio por separado, pero todo reunido, ya representaría algo. Preciso es que los señores de la Administración obtengan alguna ventaja en ella, cuando no dejan de acudir a este procedimiento.

Creo también, señorita, que hablará usted en dicha asamblea de la gran necesidad de ayuda económica que tenemos para poder mantener la colación que se da a los enfermos del Hospital. Es tanto o más necesaria que nunca: estos pobres dicen que, a veces no toman más que eso en todo el día; sea como quiera lo que sí es cierto es que es su único alivio.

¿No recuerda usted, señorita, que en los comienzos de esa obra, las señoras encargadas de la instrucción religiosa referían todo el bien que se hacía gracias a las visitas para llevarles la colación, tanto en el terreno material como en el espiritual? Y estos informes daban a conocer a las señoras el fruto de sus trabajos y limosnas. Quizá se siga haciendo así todavía, pero el temor de que esta obra llegue a decaer es lo que me hace tomarme esta libertad. Usted hará el favor de perdonársela a ésta que es de todo corazón, en el amor de Nuestro Señor, su humilde...

Esta carta es todo un homenaje a la que era capaz de escuchar y comprender tales acentos. Pero la señorita de Lamoignon no tiene ya nada; su casa, que ella ha convertido en almacén de los pobres, está vacía. Navidad se acerca y no se dispone de harina: los niños no tendrán pan en las fiestas. ¿A quién dirigirse? Las señoras más limosneras han marchado de París: como les avergüenza no poder dar, se ocultan. Luisa piensa entonces en las más altas esferas oficiales, estando el poder vacante, es decir, en el canciller de Francia, Pedro Séguier, persona poco asequible pero de nobles sentimientos. A él, pues, dirige esta llamada, llena de respeto y de nobleza, a la vez:

El respeto que deba a Su Señoría me ha hecho buscar ocasiones de poder recibir la caridad que prometió, en San Germán, en favor de los pobres niños expósitos.

Pero viendo, Señor, que todo ha sido en vano, me tomo la libertad de dirigirle estas líneas, ya que no puedo tener el honor de ir a verle personalmente, para representarle que cien de estos pobres niños, entre otras muchas necesidades que padecen actualmente, tienen la de no tener pan para pasar estas fiestas que se aproximan, necesidad que me apremia de tal manera que me sentiría muy culpable si cualquier otra consideración me impidiera acudir a Su Señoría, que tantas y tantas veces ha sido verdaderamente el auxilio de los pobres.

Permítame, pues, este atrevimiento y el de suscribirme, con toda sumisión y respeto, en el amor del Señor, en cuyo nombre actúa Su Señoría, humilde servidora...

Nos gustaría tener la seguridad de que Séguier dio pan a los pequeños expósitos para la Navidad de 1648, si es que él mismo lo tenía en abundancia.

La paz, una paz provisional y coja, volvió al fin. Vicente de Paúl regresó a París. Las damas regresaron también. Se podía respirar, pero se había tocado fondo y era difícil remontarse. Las damas, cuya fortuna consistía frecuentemente en tierras, estaban arruinadas para varios años, de tal modo la guerra había asolado los alrededores de París. Luisa de Marillac, preocupada por sus pobres y sus expósitos, no llega a medir, acaso, por completo la magnitud del desastre y es a veces injusta en sus quejas. Vicente ve mejor el conjunto y se diría que vacila en pedir, una vez más, por miedo a cansar. En el mes de octubre de 1649, la miseria de los niños expósitos llega al colmo y Luisa de Marillac, extenuada, habla de dejarlo todo. Escribe a Vicente:

Soy, sin duda inoportuna, pero hemos llegado a un punto en que, o recibimos ayuda, a hay que dejarlo todo. Ayer fue necesario coger todo el dinero de ia caja de aquí, unas quince o veinte libras, y, además, pedir prestado para comprar trigo para los niños de Bicêtre; y no tenemos esperanza de recibir nada de aquí a un mes. Hay aquí doce o trece niños y no tenemos pañales para cambiarles. Es preciso, si le parece, que la junta de señoras, de mañana, haga algo, ya sea determinarse a hacer una colecta en las parroquias todos los domingos, colocando pequeños cepillos en lugares visibles y pedir a los párrocos y predicadores que la apoyen, ya hacer en la corte aquella cuestación que se propuso. Creo que si se hablara a la Princesa de estas necesidades tan extremas, daría algo. ¿Quiere su caridad decirnos si nos mandarán billetes para dicha Asamblea y si le parece bien que se invite a la Sra. de Schomberg y a la Sra. de Verthamont? Lo demás que tenía que decirle sería demasiado largo; será más fácil decírselo mañana si tengo el honor de verle. Tengo gran necesidad de una especial asistencia de Dios, ya que en toda lo que me rodea no veo más que miseria y aflicción; Dios sea bendita. Basta con esto para darle a conocer la gran necesidad que tengo de su caridad, de la que la Providencia ha querida que sea humilde servidora...

Para comprender el tono de esta carta, hay que tener presente que, en la confusión general, cada uno se preocupa de sus propias necesidades o a lo sumo de las que le tocan más de cerca, y Luisa de Marillac se queda prácticamente sola frente a. los detalles de la tarea diaria; ella es la que, en un momento cruel, se da cuenta de que falta pan, de que no queda ropa para cambiar a los niños... Ella es la que recibe a las nodrizas, a las que se debe su salario y con frecuencia otros gastos que ellas han adelantado. Ella es la que recibe a los niños que esas familias devuelven y le dejan allí. Esto explica su impaciencia y, en esta ocasión, su desaliento.

Siento mucho ser importuna, pero la imposibilidad de continuar recibiendo niños nos urge. Tenemos de momento siete que no quieren tomar biberón y no es posible confiárselos a una nodriza por no disponer ni de un céntimo; tampoco tenemos nada de tela, ni de ropa blanca ni esperanza alguna de poder pedir más prestado. Por favor, dígame. mi muy honorable padre, si podemos en conciencia

ponerlos en estado de morir, porque las señoras no hacen caso de venir en nuestra ayuda; hasta tengo para mí que creen que estamos haciendo negocio a sus expensas, lo que es completamente contrario a la verdad. No veo más que un solo medio para aliviar a todos los que sufren en esta obra, y es que nosotras, en nombre de nuestra Compañía, presentemos una solicitud al Sr. Presidente primero para que nos descargue de la obligación de recibir a los niños. Pero sería preciso previamente que las señoras estuviesen de acuerdo con esta gestión, para no herir a nadie. De no ser así, creo que estamos en continuo estado de pecado mortal.

Ayer nos trajeron cuatro niños, y, además de los siete lactantes, hay otros tres destetados, recientemente expuestos, a los que habría que volver a confiar a una nodriza, si se pudiera. Si nos fuera posible sufrir esta pena sin tener que comunicársela a usted, lo haría con gusto, pero mi impotencia no me lo permite. Esas buenas señoras no hacen todo lo que pueden; ni una ha mandado nada, ni tampoco se recibe cosa alguna de las de la Compañía. Empiezo a temer que toda esta miseria no venga por culpa mía, que tal y como soy, me reitero, muy honorable Padre, su obediente y agradecida hija...

Esta llamada fue oída. Vicente de Paúl convocó la Junta general de las damas y les expuso la extrema miseria de los Niños Expósitos; como Luisa, habló de abandonarlo todo. Se daba cuenta de la miseria general; pero al mismo tiempo indicaba a las damas un último medio para salvarlo todo: las figuritas y adornos, todas esas naderías de nran precio que no sirven para nada, las joyas... La reina le había dado un collar; se podía imitar este ejemplo.

Y terminó su conferencia con las palabras célebres que todo el mundo conoce, pero que será bueno releer aquí, en estas páginas dedicadas a Luisa de Marillac, porque son palabras que brotaron del corazón de la madre de los niños expósitos no menos que del corazón de su padre, y que tanto honran a la Francia cristiana y humana.

Ahora bien, señoras, la compasión y la caridad las han movido a adoptar a estas criaturas como a hijos suyos; han sido ustedes sus madres según la gracia, puesto que sus madres según la naturaleza los han abandonado; vean ahora si también ustedes quieren abandonarlos. Dejen de ser sus madres para convertirse en sus jueces; la vida y la muerte de estos pequeños están en sus manos; voy a recoger los votos y sufragios; ha llegado el momento de pronunciar su sentencia y de saber si ya no quieren ustedes tener misericordia. Vivirán si deciden seguir encargándose caritativamente de ellos y, por el contrario, morirán y perecerán indefectiblemente si los abandonan; la experiencia no nos permite dudarlos.

No es posible resistir a tales acentos. Una vez más, la obra de los niños expósitos se salvó gracias a los sacrificios de las damas.

Sin embargo, no se había desterrado todo peligro. La segunda Fronda volvería a sembrar el desorden y el hambre. Esta vez, los niños y las hermanas estuvieron gravemente expuestos, ya que hubo combate en las cercanías de Bicêtre; pero de todas formas fue mayor el pánico que el mismo mal. Volvemos a encontrar en las cartas de Luisa de Marillac otras llamadas y otras quejas; después, poco a poco, se

dejará de hablar o se hablará mucho menos de los niños expósitos. Su situación se había estabilizado, en espera del momento, no lejano, en que la obra se uniría oficialmente al Hospital General.

Durante veinte años había sido la gran preocupación y el tormento de Luisa de Marillac. Yo diría que había desgastado su corazón, si no fuera que el corazón se enriquece en la medida en que se emplea. El tono de su palabra no es el mismo a partir de 1650: es más concentrado y menos apasionado. Pero no quiero decir que esto sea una señal de envejecimiento o de cansancio espiritual. Es más bien una grandeza nueva que se va construyendo.

No conviene dar por terminado este capítulo dedicado a los Niños Expósitos sin hablar de otras dos obras asistenciales a las que Luisa tuvo que aportar su atención y cuidados: el Hospital del Nombre de Jesús y el Hospital General. No se trata de escribir la historia de las mismas, sino de poner de relieve los rasgos que en ellas imprimió su personalidad, a la vez tan fuerte y tan discreta.

Hacia 1650, un acaudalado burgués de París que quiso permanecer desconocido, hizo al Señor Vicente la donación de una suma de cien mil libras, destinadas a establecer una obra duradera que dejaba a su elección. Vicente compró un terreno y una casa que acondicionó para cumplir la función de asilo y constituyó, sobre el capital de San Lázaro, una renta suficiente para que en dicha casa pudieran residir cuarenta ancianos, veinte hombres y veinte mujeres, seleccionados entre trabajadores a quienes la edad o los achaques dejaran incapacitados para ganarse la vida. Estos fueron los orígenes del hospital del Nombre de Jesús. La idea del fundador era, al parecer, aparte de la finalidad caritativa inmediata de la obra, la de poner en marcha un asilo modelo y demostrar así que era posible acabar con la rutina inhumana de los hospitales. En el Nombre de Jesús, los asilados iban vestidos con ropas limpias y decentes, tenía cada uno su cama, gozaban de una capilla clara, un comedor ventilado, una alimentación bien preparada. No salían, pero tenían la posibilidad de distraerse ocupándose en un trabajo de su propio oficio, cuyos beneficios iban a permitirles, por ejemplo, comprarse vino. Todos estos sencillos detalles constituyen una novedad. La administración del asilo estaba a cargo de la Misión. El Señor Vicente se volvió, naturalmente, hacia Luisa de Marillac y hacia sus hijas para asegurar su funcionamiento.

Una breve eskuela de Luisa de Marillac todo con que entró en funciones, a Vicente nos indica el método con que entró en funciones.

La pequeña familia no ha dejado de reunirse, a excepción de uno de cada lado, que no han llegado todavía. Pero creo, Padre, que es necesario que su caridad se tome la molestia de instalarlos mañana por la mañana, haciéndoles practicar alguna devoción, como adorar la santa cruz y alguna exhortación sobre la Pasión. Es mucho atrevimiento hacerle esta pregunta. Si es posible también, que su caridad disponga esta noche o mañana muy temprano si hay que darles las ropas que se les tiene preparadas.

La crónica de la casa, la situación individual de cada acogido, la contabilidad, todo ello figura en un libro de organización y funcionamiento que, en nuestra pretensión de haberlo inventado todo, llamamos ahora moderno.

Vicente de Paúl tenía predilección por esta obra tan sencilla y sabiamente organizada, y con gusto iba a visitar a sus «viejos». Se ha conservado el resumen de una charla que tuvo con ellos acerca de la señal de la Cruz. En sustancia, vino a decirles: Voy a interrogarles sobre la señal de la Cruz. Veamos, primero, cómo se hace. Y se santiguaba, descomponiendo, por decirlo así, cada uno de los movimientos. Voy a pedirles que la hagan ustedes a su vez. Si no saben, no tiene por qué darles vergüenza. ¡Cuántos grandes señores hay en la corte, hasta presidentes, que no sabrían hacerla mejor que ustedes! Sí, aprenderán a hacer la señal de la Cruz y las demás cosas necesarias para salvarse, según la voluntad del fundador que tan bien les ha alojado en esta casa.

El Asilo del Nombre de Jesús, si es verdad que causaba la admiración de los curiosos que lo visitaban, excitaba también ciertos celillos en las Damas, que no tenían en él parte alguna, ya que las Hijas de la Caridad estaban allí directamente al servicio de los pobres.

Las Damas acariciaban la idea de una gran empresa que excedía por su envergadura a todas las demás en las que ellas colaboraban con tanta generosidad. Su proyecto no era de inspiración vicenciana, pero era como la prolongación y la consecuencia de aquella emoción de caridad que se había creado desde hacía treinta años en la conciencia cristiana.

Reflejaba más bien otras miras, humanitarias, sin duda, pero más seculares: las del Parlamento, de la policía, de la corona que soñaban con suprimir la mendicidad albergando a todos los mendigos. Viejo proyecto intentado una y otra vez, pero que siempre había fracasado. Esta vez parecía la decisiva. La Fronza había acabado; la guerra tocaba a su fin, las obras caritativas ya emprendidas parecían consolidadas. Se podía, pues, superar todo ello y aportar los fondos necesarios. La duquesa de Aiguillon prometía cien mil libras. Las Señoras, de lejos, seguían su ejemplo. Vicente lo estaba pensando, con cierta reticencia. Luisa de Marillac, solicitada por las Damas, por el Señor Vicente o por su propio corazón, reflexionaba con la pluma en la mano. Quizá ha llegado el momento, escribe en resumen, en que las mujeres puedan salir de casa para dedicarse a una acción pública de la que tengan la plena responsabilidad. ¿Por qué no habrían de fundar el Hospital General? Desde luego, tendrían que tener como consejeros a hombres competentes e influyentes y conseguir del Superior de la Misión que tomase a su cargo toda la parte espiritual. No cabe duda de que Vicente tuvo este escrito ante sus ojos. Si no quedó por completo convencido, si lo estuvo lo suficiente como para no oponerse. Hasta llegó a encargarse de las gestiones para conseguir de la reina los edificios de la Salpêtrière, que inmediatamente fueron reparados y acondicionados. Las Señoras estaban en el colmo del júbilo.

Y, de pronto, todo queda detenido. La autoridad real estima que una empresa de tal envergadura no puede quedar entre las manos de una asociación de caridad. Se pide a las Señoras que la cedan. Su decepción es amarga, pero tienen el heroísmo de la abnegación. El Hospital General se convierte en un establecimiento público al que ellas aportarán su colaboración. La mendicidad queda suprimida por edicto real (1657) y se invita a los mendigos a que se alberguen en el Hospital General.

Eran unos cuarenta mil en París, y entre ellos había muchos ciegos y lisiados. Pero, como por un milagro súbito, los enfermos se encontraron curados, dispuestos a pedir trabajo y las tres cuartas partes de los mendigos abandonaron París para irse a las aldeas. El problema quedaba resuelto, de momento; volvería a renacer periódicamente, como si el oficio de mendigo estuviera en la naturaleza de las cosas.

El decreto de erección del Hospital General encomendaba su dirección espiritual a la Misión, y el cuidado de los enfermos a las Hijas de la Caridad. Vicente se negó a emplear en este ministerio a los misioneros, que necesitaba en otras partes. Luisa de Marillac no pudo dar más que dos o tres hermanas para organizar el servicio de los enfermos. En el fondo, aunque no dejaba de admirar la generosidad real, Vicente no acababa de entrar en aquel asunto. El Parlamento y la policía tenían como objetivo el orden público: era su deber. El, consideraba la dignidad del pobre y la libertad del mendigo. Era enemigo de forzar las cosas, de obligar o de imponer. Contaba -y Luisa de Marillac contaba también como él- con la persuasión para convencer a los pobres, incapacitados para ganarse la vida, de que se encerrasen voluntariamente. El ejemplo del asilo del Nombre de Jesús era una prueba de la eficacia de su método. La historia de la caridad abunda en ese debate entre el orden y la libertad. Vicente de Paúl, tan clarividente y práctico, esperaba acaso demasiado de la naturaleza humana y de la mística de la pobreza. Tengo la impresión de que Luisa de Marillac no iba tan lejos como él por este camino, y de que hubiera sacrificado más la libertad a la regla, en su deseo y con 1a voluntad de aliviar y disminuir el sufrimiento.

IV. LA MÍSTICA DE LAS REGLAS

Desde 1629, Luisa de Marillac está al servicio de la caridad; desde 1634, pertenece a la compañía que ha fundado con Vicente de Paúl para servir a la caridad. Con sus hijas, se ha acercado a la pobreza, a la enfermedad, a la miseria bajo todas sus formas, en los hospitales, en los forzados, en los niños expósitos, con una sorprendente prodigalidad de amor. Pero ni por un instante ha olvidado que, ante todo, ha de velar por esa congregación que es el instrumento de su acción benéfica. Educar, formar, mantener en el entusiasmo a sus hijas, tal es su tarea primordial, así como asegurar, para el presente y para el futuro, la estabilidad de la compañía. Sabe que un cuerpo organizado en torno a una idea se mantiene en pie gracias a la regla que es como su espina dorsal.

Que esta noción de regla, de ley, sea esencial y fundamental en el verdadero sentido de la palabra, Vicente de Paúl lo ha repetido a saciedad: si la máquina

compleja del mundo gira sin detenerse, es porque está fundamentada en una ley imperturbable; si la organización de Israel pudo resistir a los asaltos que normalmente hubieran debido hacerla sucumbir, es porque tenía como base la religión, la mística de la ley; las órdenes religiosas que son un desafío permanente al mundo, continúan existiendo, a pesar de ese mundo, porque están protegidas por la armadura de la regla.

No es dar un énfasis arbitrario a la voz el evocar verdades tan solemnes para hablar de las reglas de las Hijas de la Caridad: se trataba nada menos que de su misma existencia y de su todo.

Era la regla la que les confería el ser, y por la regla eran lo que eran. Por supuesto, todo cristiano tiene que obedecer a la ley de Cristo y a su voluntad: es un precepto general que requiere una obediencia general. Pero el religioso que ha hecho voto de obediencia tiene que superar esa obediencia general. En cierto modo, ha enajenado su libre albedrío dentro de la voluntad, de los deseos particulares de Dios, con el fin de que todos sus actos sean radicalmente actos de obediencia. Esos deseos particulares de Dios se le manifiestan a cada instante de la jornada a través de la regla que cubre todo lo real y concreto y ordena todos los movimientos de la conciencia. El místico ha prescindido de sus sentidos y de su razón para abandonarse en Dios por amor; el religioso que ha hecho voto de obediencia, por un movimiento análogo, que en el fondo es, por lo tanto, místico, obedece a la regla sin interponer su propia voluntad. Obedecer, es amar.

Como la regla, expresión de los deseos particulares de Dios, ha sido establecida sobre la experiencia humana, se encuentra al nivel de las posibilidades del hombre, adaptada a sus necesidades y, al mismo tiempo que le obliga y le doblega, le protege y le sostiene, le aparta del camino de las tentaciones y mantiene en vela sus fuerzas de resistencia, como una señal luminosa que desde lejos avisa del peligro. Es fuente de equilibrio y de paz. Siendo la misma para todos, mantiene la unanimidad, la cohesión, la armonía de la comunidad religiosa dentro de la diversidad de las personas, de los hábitos y hasta de las costumbres cuando esa diversidad tiene su razón de ser y su justificación en la misma regla. Por último, la regla es la salvaguarda de la dignidad humana porque, si bien absorbe al hombre, no hay que olvidar que previamente ha sido querida y escogida por él.

Con esta inteligencia del valor místico de la regla, Vicente de Paúl y Luisa de Marillac se preocuparon de dar su propia regla a la Congregación de las Hijas de la Caridad, tan pronto como les pareció evidente que era cosa de Dios y que perduraría. La Compañía había vivido primero de un reglamento provisional del que cada artículo se sometía a la prueba de la experiencia. Y de esta experiencia había de salir la regla, que tendría que ser lo suficientemente fuerte como para realizar la perfección de los tres votos, y lo necesariamente flexible como para adaptarse a la vida de jóvenes seculares, cuya principal ocupación era el servicio de los pobres y enfermos. Me imagino que, más de una vez, tratarían ambos fundadores en sus coloquios de ese difícil equilibrio, ya que día por día tocaban con el dedo las dificultades de una empresa tan novedosa. También tratan de ello en su

correspondencia, aunque es un tema que surge más fácilmente en una conversación, después de haber reflexionado sobre algunos textos. Vicente pide a Luisa que redacte algunos proyectos; él los revisa o redacta otros que, inversamente, le pasa a ella para que le dé su opinión. Luisa la daba con lealtad y rectitud, excusándose por darla. Había un punto que le preocupaba. En la memoria que se presentó para recabar la aprobación de las reglas, se ponía a la congregación bajo la exclusiva dependencia del arzobispo de París que podría, por lo tanto, a la muerte del fundador señalar, en su diócesis, el Superior que fuera de su agrado. ¿No había un peligro en esta dependencia total?

Permítame su caridad que le diga que la explicación que nos da nuestro reglamento de Hijas de la Caridad, me hace desear se mantenga este nombre, que se ha omitido, quizá por descuido, en la memoria solicitando el establecimiento.

Este punto tan absoluto de dependencia de Monseñor ¿no puede sernos perjudicial en un futuro al dejar libertad para que se nos separe de la dirección del Superior General de la Misión? ¿No es necesario que este decreto de erección nos dé a su caridad por director perpetuo? Y esos reglamentos que se dice se nos tienen que dar ¿es intención de Monseñor que sean los que constan a continuación de nuestra solicitud? ¿Requiere esto otro documento, o bien es que intentan darnos otros reglamentos puesto que se los menciona separadamente? En nombre de Dios, no permita, Padre, que se lleve a cabo nada que, por poco que sea, signifique retirar a la Compañía de la dirección que Dios le ha dado; porque ya puede usted tener la seguridad de que, inmediatamente, dejaría de ser lo que es, y los pobres enfermos ya no serían socorridos y así creo que la voluntad de Dios no se cumpliría entre nosotros.

Esto está escrito en 1646. Vicente se hizo el sordo y no juzgó necesario modificar el texto de la memoria-solicitud de aprobación. Luisa de Marillac, obstinada, vuelve a la carga, y esta vez con un tono solemne como si fuese ella el instrumento de una advertencia divina.

Me parece que Dios ha puesto mi alma en una gran paz y sencillez en la oración que he hecho acerca de la necesidad que tiene la Compañía de las Hijas de la Caridad de permanecer siempre bajo la dirección que la Divina Providencia le ha dado, tanto en lo espiritual como en lo temporal. Creo haber visto que sería más ventajoso para su gloria que la Compañía llegase a faltar por completo, antes que estar bajo otra dirección, puesto que tal cosa iría, según parece, contra la voluntad de Dios.

Pruebas de ello son que hay motivos para creer que, en los comienzos de las obras, Dios inspira y da a conocer su voluntad encaminada a la perfección de lo que su bondad ha querido; y ya sabe usted, Padre, que en los comienzos de ésta se estableció que los bienes materiales de la Compañía, si llegase un día a faltar por malversación, revertirían a la Misión, para que fuesen empleados en la instrucción de la pobre gente del campo.

Espero que si su caridad ha oído de Nuestro Señor lo que me parece haberle dicho en la persona de san Pedro, que sobre ella edificaría la Compañía, perseverará en el servicio que El le pide, para instrucción de los niños y alivio de los enfermos.

Esta segunda petición, esta segunda súplica no tuvo más efecto que la primera. Es bueno observar, de paso, la dignidad de estos dos grandes caracteres, que, cada uno, se mantienen en su puesto.

El 26 de noviembre de 1646, el arzobispo de París aprobaba las reglas de la Compañía según el texto presentado por Vicente de Paúl. La aprobación iba firmada por el arzobispo coadjutor, Cardenal de Retz, en términos elogiosos y nombrando a Vicente, su fundador, Superior vitalicio. Grande fue por ello la alegría, tanto en San Lázaro como en la calle de San Dionisio. La Congregación estaba fundada, puesto que descansaba sobre bases canónicas.

Fue grande la alegría, pero acaso no sin mezcla. Luisa lamentaba no haber conseguido completamente lo que tanto deseaba y, después de dar lugar a la reflexión, tal vez Vicente compartía su sentimiento. ¿Habría que buscar en este estado de ánimo la explicación de un hecho que resulta extraño? La aprobación episcopal es de 30 de noviembre de 1646, pero Vicente de Paúl la mantiene en secreto durante varios meses, en vez de comunicárselo a la Compañía. ¿Por qué? ¿Qué espera? ¿Acaso poder conseguir una modificación del texto antes de hacerlo público? Luisa de Marillac, impaciente, le comunica, en una carta de abril de 1647, que todo el mundo espera, extrañado, el resultado de la petición. Por fin, se decide. La reunión del 30 de mayo de 1647, en la que comunicó a la Comunidad congregada el texto aprobado, recuerda la de 31 de julio de 1634 y es como su coronación. En aquel día, el grupito de la calle de San Víctor había prometido obediencia a un reglamento provisional; ahora, la comunidad nacida de aquel acto de obediencia se comprometía a obedecer a la regla definitiva. Con solemnidad, el fundador leyó lentamente el documento episcopal ante las hermanas arrodilladas para recibirlo.

Como Moisés, cuando entregó la Ley a Israel, Vicente hizo notar que aquella regla procedía de Dios a través de su ministro, y renovó para las hermanas las bendiciones y maldiciones con que el profeta había acompañado aquel acto.

Lo que Moisés dijo al pueblo de Dios... os lo digo yo, hijas mías. Aquí tenéis unas reglas que se os dan de parte de Dios. Si sois fieles en observarlas, todas las bendiciones del cielo se derramarán sobre vosotras: bendiciones en vuestro trabajo, bendiciones en el descanso, bendiciones en lo que hagáis, bendiciones en lo que dejéis de hacer, todo estará para vosotras lleno de bendiciones.

Si, lo que Dios no permita, alguna no estuviere en tal disposición, le digo lo que Moisés decía a los que no habrían de cumplir la ley que les entregaba de parte de Dios: tendréis maldiciones en casa, maldiciones fuera de ella, maldiciones en la que hagáis y maldiciones en lo que dejéis de hacer.

Ya os he dicho otras veces, hijas mías, que el que se embarca en una nave para hacer un largo viaje, debe someterse a todas las leyes que en la misma estén establecidas, de lo contrario, estaría en peligro de perecer. Del mismo modo, las que han sido llamadas por Dios para vivir en una santa comunidad, deben observar todas sus reglas.

Creo que cada una de vosotras se encuentra en la disposición de ponerlas en práctica. ¿No tenéis todas ese mismo sentimiento?

A continuación fue leyendo el texto de las reglas, acompañando algunos de sus artículos con palabras de veneración o de gratitud, y cuando llegó al pasaje que preveía el relevo de la Superiora general, cada tres años, añá dio: esto se entiende para cuando Dios haya dispuesto de la Señorita. A estas palabras, la Señorita, que estaba de rodillas como sus hermanas, suplicó que no se hiciese ninguna excepción y que más bien se tuviera en cuenta su insuficiencia y su mala salud para liberarla de la pesada carga del mando. Vicente le respondió que iban a pedir su pronto restablecimiento, con lo que estaría capacitada para seguir cumpliendo la voluntad de Dios, y prosiguió. Una vez terminada la lectura, se entabló un diálogo conmovedor entre el fundador y sus hijas:

-Creo que cada una de vosotras (las reglas) en práctica. ¿No es así? Las hermanas, que escuchaban de cortada por la emoción:

-Sí, padre. Vicente continuó:

-Espera que su misericordia vendrá en auxilio de vuestros deseos y os ayudará a cumplir lo que pide de vosotras. ¿No os dais a El, con todo el corazón, hijas mías, para vivir en la observancia de vuestras santas reglas?

-Sí, de buen grado.

-¿No queréis, con toda el alma, vivir y morir en ellas? -Lo queremos.

-Pido a la soberana bondad de Dios se digne derramar sobre vosotras, abundantemente, toda suerte de gracias y bendiciones, para que podáis cumplir, con perfección y en todo, lo que sea del agrado de su santísima voluntad en la práctica de vuestras reglas.

Como provocada por este compromiso solemne, una hermana tomó entonces la palabra y se acusó de haber faltado con frecuencia a aquellas reglas; otra la imitó. Vicente, en el colmo de la emoción, cayó de rodillas y se acusó él también de haber faltado con frecuencia a las reglas de la Misión; era un servidor indigno y no tenía derecho a bendecir a sus hijas; iba, pues, a pedir a Dios que las bendijera El mismo. A estas palabras, se alzó un clamor en la Comunidad que no aceptaba verse privada de la bendición del Padre, quien, al fin, se dejó ablandar por sus súplicas y bendijo a la asamblea penetrada de una emoción, diríamos casi pentecostal.

Una vez aprobadas por la autoridad religiosa, las reglas habían de ser sometidas a la autoridad civil, es decir, a su ratificación por el Parlamento. Aquí entramos en un problema oscuro al que los historiadores de la Misión y de las Hijas de la Caridad no parecen deseosos de aportar claridad. Vacilan, como si no les interesara saber la verdad. Y no se sabe todo; pero recordemos lo que se sabe.

Ya he dicho que el texto aprobado por el arzobispo de París no respondía por completo a los deseos de Luisa de Marillac, y acaso tampoco al pensamiento de Vicente de Paúl. Pero era el texto aprobado por la autoridad religiosa, y, por lo tanto, el texto aceptado y reverenciado. Si es cierto que los fundadores no tenían motivos especiales para apresurarse a conseguir la ratificación oficial, tampoco tenían razones para abstenerse de hacer las gestiones encaminadas a tal fin. Sin prisas, como un trámite más, el

expediente, acompañado de las Letras Patentes del rey, se llevó, pues, al Parlamento. ¿Quién lo llevó? ¿Vicente?, ¿el Hermano Ducourneau? ¿Luisa de Marillac?, ¿algún mandatario suyo? No se sabe. ¿A quién se entregó? Probablemente a Méliand, Procurador general.

Pasó el tiempo. El Parlamento no parecía apresurarse. Se tropezaba con un prejuicio que era un principio: no se concebía una congregación de mujeres que viviesen una vida secular y no claustrada. El Parlamento tenía, pues, empeño en estudiar la situación del nuevo instituto. En 1650 el nombre de Méliand vuelve a sonar. Luisa de Marillac que le conocía y había acudido repetidas veces a él con motivo de los niños expósitos, va a verle y da cuenta, después, a Vicente de su visita. Veamos el texto de esta carta, que es bastante curioso:

Tuve ayer, por casualidad, ocasión de ir a ver al Sr. Procurador general, que me hizo el honor de recibirme muy cortesmente y me dijo en seguida que iba seguramente para hablar de un asunto que tenía entre manos. Le dije que era, simplemente, para recordárselo. Me preguntó si pretendíamos ser regulares o seculares. Le di a entender que esto último. Me dijo que era algo sin precedentes. Yo le alegué el caso de las hijas de la Sra. de Villeneuve y le demostré que salían a todas partes. Me aseguró que no desaprobaba nuestro propósito, diciendo mucho bien de la compañía, pero una cosa de tal importancia merecía que se pensase bien en ella. Le manifesté mi alegría por oírle expresarse así, y le rogué que si la cosa no merecía la pena o no debía seguir adelante, que la destruyese por completo, pero que si era buena, le suplicábamos que la erigiera sólidamente, y que lleváramos por lo menos doce o quince años probando, sin que, durante este tiempo, por la gracia de Dios, se hubiera presentado ningún inconveniente. Me dijo: déjeme pensarlo, no le digo meses, pero sí unas semanas. Después se tomó la molestia de acompañarnos hasta el coche, que había quedado, es verdad, en su patio. Pero nos demostró gran voluntad, nos encargó que le saludáramos a usted muy respetuosamente y nos dijo que se consideraría usurero si se atreviera a recibir las gracias que le dábamos, que para él era un honor atender a las hermanas que acudían a él en sus necesidades, ya para los pobres forzados, ya para los niños.

Nótese: por *causalidad*, como si no hubiera tenido interés en saber lo que ocurría con cierto expediente que le tocaba tan de cerca. Por lo demás, Méliand no hace alusión a tal expediente, como si no estuviera en su poder. Y de hecho, si lo hubiera tenido en sus manos, sabría, por el texto aprobado, cuál era la situación religiosa de las hijas de la Señorita, y no se lo hubiera preguntado.

Méliand muere. Su sucesor, Fouquet, que quiere continuar el asunto -¿a petición de quién?- busca el expediente y no lo encuentra. Se ha perdido. Se ha perdido en las oficinas del Procurador, a menos que no haya sido en San Lázaro o en la calle de San Dionisio, en el camino de San Lázaro al Parlamento. ¡Qué oscuro está todo en este asunto! Como el Procurador general, Fouquet, ha hecho saber que no encontraba el expediente relativo a la Compañía, Luisa de Marillac y Vicente de Paúl se pusieron a buscarla. Lo sabemos por una carta de Luisa de fecha 25 de noviembre de 1651.

No he encontrado ningún papel relativo a la erección y me he acordado de que un día su caridad se sirvió leernos la solicitud que había presentado a Monseñor el Arzobispo de París, seguida de nuestra reglamento, y pensando que debíamos tenerlo nosotras, se lo pedí. Creo que el motivo que impidió que lo tuviéramos fue que quedaba todavía alguna cosa que hacer.

Luisa de Marillac continúa su carta como si viera en esta contrariedad un castigo de sus deficiencias y pecados. Termina diciendo que incluye un texto que ha reconstruido haciendo un llamamiento a sus recuerdos de aquella lectura de 1647. Por último, y como si temiera no haber sido bastante clara, añade una postdata, que, en realidad, nos hace retroceder:

Pienso que el hermano Ducourneau podrá encontrar la copia original de la solicitud presentada, junto con el decreto de erección según me parece, no hemos tenido nunca en nuestro poder.

Lo que queda claro, en definitiva, es que el expediente se ha extraviado y que nadie entre los interesados sabe dónde se ha perdido ni cómo se ha perdido. Es, pues, necesario presentar otro texto y se emprende su redacción, como si se tratara de un trabajo nuevo, como si no se tuviera copia o borrador del texto de 1646. Esta vez, Luisa de Marillac se hace más persuasiva en aquello en que, con seguridad, Vicente de Paúl ha pensado ya que tiene razón: la nueva redacción prevé que las Hijas de la Caridad permanecerán siempre bajo la dirección del Superior general de la Misión. Dan ganas de repetir el refrán: «lo que mujer quiere, Dios lo quiere». Luisa de Marillac se había obstinado porque veía claro: y así había logrado salvar la unidad de una congregación que, destinada a expandirse por toda la tierra, hubiera podido fácilmente quedar escindida en facciones autónomas, de no haber tenido un centro fijo que guardase intacto su espíritu. En una palabra, había, nada más ni nada menos, salvado la identidad de las Hijas de la Caridad.

Aprobadas las reglas definitivamente en 1655, la propia Ana de Austria se encargó de enviarlas a Roma y, por último, fueron ratificadas por el Parlamento en 1658. Habían sido necesarios veinticinco años para dar una ley a la congregación: esto confirma la importancia de la ley.

Vicente de Paúl promulgó el texto definitivo en la reunión del 8 de agosto de 1655. Para sus hijas, era el mismo texto que recibieron con tanto entusiasmo en 1647. No hacían más que renovar su adhesión. A continuación, en esta carta de constitución de la Compañía, las hermanas presentes, con la Señorita encabezándolas, estamparon su firma. Las que no sabían escribir, manifestaron su aceptación con una cruz; Vicente firmó el último, y seguidamente se añadió el nombre de las ausentes. El Papa, el Rey, el Arzobispo, el Parlamento, Vicente de Paúl, Luisa de Marillac, las Hijas de la Caridad, estaban de acuerdo acerca de un contrato que debía gobernar durante si-los a la nueva fundación.

El fundador y la fundadora tuvieron el mayor empeño en explicar esta carta de constitución para poner de relieve con toda claridad su sentido y sobre todo su

espíritu. Vicente de Paúl hizo de esta explicación el programa de sus conferencias, a partir del año 1655 hasta su muerte. Ni sus múltiples ocupaciones, ni sus frecuentes achaques les desviaron de la tarea emprendida.

En dos conferencias de agosto de 1650, el fundador pone los fundamentos de la obediencia a la regla, siguiendo su humilde método que consiste en considerar primero las razones o motivos que se tienen para observar un precepto, después las faltas que se pueden cometer si no se cumple bien aquel precepto y, por último, los medios de que se disponen para esa perfecta observancia. La primera de estas conferencias es un diálogo en el cual las hermanas descubren por sí mismas, guiadas por Vicente, las razones que tienen para observar las reglas, así como las faltas que cometen cuando no las observan bien. La segunda, es una verdadera conferencia, en la que él expone sus «sencillos pensamientos». Las reglas proceden de Dios. No se les han dado a las jóvenes para oprimirlas sino para sostenerlas.

Así como los pájaros tienen alas para volar y no les sirven en modo alguno de carga, así las Hijas de la Caridad tienen sus reglas que les sirven de alas para volar hasta Dios, y, lejos de serles pesadas, vuelan con tanta más facilidad cuanto mejor las practican.

Esta explicación es rica en puntos de vista sobrenaturales y en fervor. Las Hijas de la Caridad tienen como fin honrar la caridad de Nuestro Señor y, por este medio, dar gozo a Dios. Sí, Dios goza cuando os ve imitar la caridad de su Hijo. Dar gozo a Dios ¡qué vocación! Las reglas tienden a hacer de vosotras santas, a haceros participar del espíritu de Dios. ¡Unas pobres jóvenes participar del espíritu de Dios! Sí, es sirviendo a los pobres enfermos como participan de ese espíritu y como proporcionan un gozo a Dios. Por eso, el servicio de los enfermos pasa antes que todo lo demás. Si es preciso, para ir a servir a un pobre enfermo, dejaréis todo, aun la oración, aun la misa del domingo, que es, sin embargo, de obligación. Esto es lo que se llama dejar a Dios por Dios.

¡Qué felices sois por haber entrado en una Compañía que tiene un fin tan elevado! y como asaltado por un impulso profético, Vicente de Paúl añade a modo de conclusión:

-«Si sois fieles en observar vuestras reglas, Dios hará por medio de vuestra compañía cosas de las que jamás se ha oído hablar».

Estas palabras las pronunció en la conferencia del 21 de julio de 1658.

Al oír esta predicación en un momento en que sentía haber llegado al término de su obra y de su vida, Luisa de Marillac debió de experimentar una honda emoción. Comprendía que esta ley que tanto trabajo y preocupaciones le había dado, era la manifestación de una como unión mística de la voluntad de sus hijas. La obra de Vicente de Paúl y la suya propia, íntimamente entremezcladas, eran ante todo la obra de Dios.

CUARTA PARTE

SU PERSONALIDAD INTERIOR

I. UN ALMA DUEÑA DEL CUERPO AL QUE ANIMA

Sería ingenuo contentarse con anotar que un gran cambio se operó en Luisa de Marillac entre 1645 y 1650. En todo ser viviente el tiempo apacigua los tumultos de la vida y amortigua su pujanza. Luisa disfrutó este beneficio y padeció este desgaste. Pero la transformación operada la vuelve hacia ella misma para iniciar un nuevo punto de partida hacia una vida más rica. Para seguirla en su itinerario, no tenemos otro guía que la propia interesada, sus cartas, no muy numerosas, y sus confidencias muy escasas y rara vez fechadas. Los editores diligentes que han publicado estas notas íntimas -no para el público sino para uso exclusivo de la doble congregación vicenciana- no han intentado o no han juzgado posible una mayor precisión en la cronología. Han tenido sólo la intuición de que un gran cambio se había operado en ella, y esto es lo que les ha permitido clasificar sus palabras, con verosimilitud, antes de 1650 y después de 1650. Hay, pues, aquí una etapa. Detengámonos en ella.

Luisa de Marillac se ha liberado -o está a punto de liberarse- de sus grandes preocupaciones que la han agitado y a veces desgarrado. Su hijo, al fin, está situado y se ha casado. Los establecimientos de las Hijas de la Caridad se han asentado en el orden y las mismas hermanas han hallado el equilibrio del espíritu de su estado. Los «Niños Expósitos» que estuvieron a punto de naufragar en la tormenta civil, se han salvado y caminan también hacia la estabilidad. La Providencia -acostumbra a ver su mano en todo- parece conducir lentamente a los hombres y las cosas hacia un punto de equilibrio que ella espera alcanzar antes de morir. Ya puede, pues, entrar en su celda interior, de la que tantas llamadas la obligan a salir, y ocuparse un poco de su alma.

Si queremos, en este momento, mirar de nuevo su retrato, nos parecerá que el autor del mismo se ha afanado en borrar las arrugas que lo surcaban y el impacto que los sufrimientos habían dejado en él. Algunas palabras discretas de sus hijas nos permiten asegurar que conservaba todo su encanto. Cualquiera que fuese el momento en que se acudiera a ella, la interlocutora era bien recibida, siempre con la misma sonrisa: «cuando estábamos enfermas y venía a vernos, nos parecía que con sola su presencia ya nos habíamos curado. Cuando nos dirigía algún reproche, nos parecía bien todo lo que nos decía. Tenía una gran fuerza de seducción para conseguir cuanto pedía».

Ese encanto venía, sin duda, de un «no sé qué», de un don natural de gracia, de cierta disponibilidad de alma; venía también de una voluntad firme de aceptar y de servir., y por lo tanto de un dominio de sí y de sus pasiones; no de un dominio

natural que fuera placidez y frialdad, sino de un dominio adquirido por un esfuerzo de caridad.

Era, en primer lugar, dueña de su cuerpo. Y tenía mérito en ello. De siempre, aquel cuerpo le había dado quehacer. Padecía una enfermedad crónica, que parece una gastralgia nerviosa; dicha enfermedad provocaba accesos de fiebre súbitos, acerca de los que siempre surgía la pregunta, de acuerdo con la medicina de la época, de si eran fiebres tercianas o cuartanas. En tales momentos, no toleraba sino ciertos alimentos y se veía obligada a guardar cama, a causa de su debilidad. Era extraordinariamente sensible al frío y al «aire sutil» de los alrededores de París, a ese cierzo nordeste, que sopla a veces hasta fines de la primavera y parece atacar a las encías. Hacia sus cincuenta años, había querido vestir el hábito de sus hijas y cubrirse la cabeza con el simple tocado de las campesinas, que ellas llevaban; pero le había proporcionado jaquecas tan agudas, que había tenido que volver a adoptar la cofia de las señoras de su mundo y el velo que hacía las veces del velillo coquetón de las Marillac. Como todos los propensos a fiebres, como todos los enfermos en general, tenía una fe ciega en los remedios, en todos los que se le indicaban, ya discreta, ya indiscretamente, en los que ella misma fabricaba y en los que propinaba con generosidad al Señor Vicente y a los padres de la Misión. Tenía fe en los médicos y abandonaba con facilidad a los que la habían seguido, cuando se le señalaba al último, que era el mejor. No hay necesidad de cargar sobre esto, como sobre una de sus debilidades. Sólo los que gozan de buena salud, de una salud estable, son los que desprecian la farmacopea y desdeñan medicinas y médicos.

En 1647, cuando pedía se la descargara de la dirección de la Compañía por motivos de salud, Vicente le decía sonriendo que hacía diez años que estaba prácticamente muerta y que no vivía sino por milagro, y que iban a pedir a Dios que prolongase ese milagro; en 1655, ante una nueva petición suya, respondía con la misma fórmula, pero cuidando de decir veinte años, en lugar de diez. En todo esto es fácil haya algo de amable exageración verbal. Pero lo cierto es que, periódicamente, se veía paralizada por la enfermedad, que acababa de superar, con lo que volvía a tomar en manos su trabajo de dirigente.

Ese trabajo requería mucho tiempo y un espíritu presente a todo. En una carta dirigida a una de sus hijas, escribe que acaban de dar las diez y que hace tiempo debería estar acostada mientras está todavía escribiendo. Todos los recursos de su espíritu debían estar constantemente alerta y disponibles para las más variadas tareas: dirigir a las hermanas en sus dificultades, alentarlas, consolarlas en sus penas y administrar una casa volcada en sus demás establecimientos. Sobresalía en esa función de ama de casa, que tiene que hacer buena figura con poco dinero. Vicente hacía notar a las hermanas, en 1655, qué mérito había tenido en poder sostenerse. No conozco, venía a decir en sustancia, casa alguna religiosa que esté tan bien acomodada como la vuestra. Todas están enredadas en dificultades y deudas, mientras que vosotras, gracias a la prudente dirección de la Señorita, no tenéis deudas, aunque se haya construido recientemente y habéis podido hacer frente a todas vuestras obligaciones. Es un don extraordinario y muy preciado ese talento

administrativo que exige exacto conocimiento de las cosas junto con saber prescindir de todo lo que no es indispensable. La Señorita, que recibía a las más encopetadas señoras y sabía cumplir sus deberes con personalidades situadas en altos cargos, vestía decentemente, pero con pobreza por fidelidad a sus votos. En cierta ocasión se reprochaba a Vicente de Paúl, en el consejo de Conciencia, la indigencia de su indumentaria, a lo que él contestó sonriendo: «ni rotos ni manchas». La Señorita hubiera podido contestar lo mismo. Sus consejeras, deseosas de verla mejor vestida, le llevaron un día una pieza de sarga, para hacerle una capa; la pieza quedó cuidadosamente guardada en un armario, en espera de que la necesidad fuese extrema. Las ropas de Miguel Le Gras, que podían desdecir en un juez o en un consejero de la Casa de la Moneda, se recogían y guardaban con esmero, para vestir a algún pobre desprovisto de todo.

¿Por qué recoger aquí todos estos humildes detalles? Es que tienen la dignidad de la pobreza evangélica y de la caridad; y tienen también un significado económico. Bien había comprendido esta doctrina aquella hermana que recogía los cabos de hilo que se desperdician al terminar el trabajo y los utilizaba preferentemente, por dos motivos: por ser más costoso coser con hebras cortas y porque si se saben utilizar bien los restos, nunca llegará a faltar la provisión necesaria.

Observo en Luisa de Marillac, lo mismo que en su director, el uso constante, iba a decir el abuso, de los diminutivos; a sus ojos, todo lo que les concierne y todo lo que hacen es pequeño. Tal era esta costumbre en Vicente de Paúl, que hasta para lamentarse de su enfermedad crónica, una especie de paludismo, llega a decir que sus «fiebreillas» están siendo «larguitas». Cuando dan su parecer sobre alguna cuestión, dicen «sus pequeños pensamientos» (o sencillos pensamientos). Es curioso ver el alcance que tienen todas estas cosas que pueden parecer un tanto complicadas, y cómo penetran hasta el fondo; más que pequeñez o estrecheces de miras, son pruebas de inteligencia y sutileza de espíritu, que, para afirmarse plenamente, espera el momento favorable y guarda siempre reservas para las ocasiones.

En Luisa de Marillac, esta sutileza de espíritu había sido cultivada y desarrollada por su cultura que era amplia y variada. Había aprendido latín y lo sabía. Era aficionada a la filosofía y teología; había leído libros de fondo, como la *Imitación de Cristo*, a Granada y a Francisco de Sales; había leído la Biblia y la había estudiado; tenía el sentido del arte, y más que una simple intuición, puesto que los cuadros pintados por ella demuestran que conocía bien las técnicas de la pintura. Aquella ama de casa era una humanista, una intelectual y una artista. No tenía ocasión de utilizar sus riquezas en sus cartas, ya que sus corresponsales eran las más de las veces muchachas sin instrucción. Más bien podemos juzgar por las que recibía: en efecto, las cartas que recibimos revelan nuestro carácter tanto o más que las que escribimos. Miguel de Marillac, desde el principio, la trata como a una igual y como a una filósofa que tiene el hábito de la reflexión; Camus se siente a gusto de poder seguir con ella su inclinación a la psicología un tanto alambicada. Una y otro saben que son comprendidos. Entre 1630 y 1660, como amiga de las damas del gran mundo, respira la atmósfera de los círculos literarios, aunque quedando alejada,

muy alejada de sus preocupaciones. En su estilo no hay rastro alguno de preciosismo, pero sí una elevada búsqueda, a la vez instintiva y metódica, del pensamiento exacto, de la palabra adaptada al pensamiento, de la frase noble, a fuerza de probidad. No tuvo que esperar las *Provinciales* para escribir correctamente en francés con una sintaxis liberada de las trabas que aún recargan la de Montaigne y a veces hasta la de Francisco de Sales. Escribe deliberadamente como las mujeres literatas de aquel tiempo, como mujer de calidad, pero no como pedante. Tiene menos vehemencia en el estilo, pero mayor distinción verdadera, que su prima la impetuosa condesa de Vlaure; tiene menos profundidad, pero mayor naturalidad que su amiga del mundo preciosista, Madame de Sablé.

¿Tuvo alguna vez tentaciones de fantasear con la literatura, de buscar el pasatiempo de escribir, como lo tuvo de pintar? ¿Escribió algunos versos? A veces se encuentra alguno disperso a través de su prosa:

Ruín es este corazón para albergar a tan gran rey. ¡Puedan darle amplitud el amor y la fe!

Probablemente son el efecto de una casualidad. Pero queda por explicar cierto misterioso «librito», compuesto por ella y del que ha hablado Vicente. Este manifiesta el deseo de verlo y ella se lo envía acompañado de (a carta siguiente:

Aquí tiene el librito que me ha pedido. Permítame, muy honorable Padre, que le suplique que el nombre del autor no se sepa, aunque no por temor de que contenga nada contra la fe. Pero puede parecer como cierta debilidad el haber empleado el tiempo en eso, y más fingiendo un coloquio con una mujer.

¿Qué podía ser el tal librito del que no se vuelve a saber nada, como si el director y la autora lo hubieran condenado y olvidado? Se trata sin duda de una fantasía, puesto que la autora teme que se le reproche haber gastado el tiempo en escribirlo. No se trata, por supuesto, del catecismo que había compuesto para su uso como educadora, ya que este catecismo estaba dentro de la línea de su misión y de su vocación. El librito es una fantasía, un pasatiempo (un *hobby*, se diría ahora), como las acuarelas y los cuadros. Se trata de un diálogo, puesto que ella lo dice taxativamente; de un diálogo con una mujer. No habría nada de sorprendente ni de chocante en que el diálogo se entablase entre Luisa y otra mujer; de modo que debe de ser algo distinto. ¿Acaso pensó en entrar en escena, dialogando con el Maestro, cual otra Samaritana... lo que a los apóstoles les pareció fuera de lugar? No lo sé. Estamos ante un cofrecillo reservado y bien cerrado y no me es lícito hacer saltar la cerradura.

Tenía, pues, como todos los que son ricos en su alma, su cámara secreta. Su agudeza natural y su cultura daban a su análisis la fuerza necesaria para penetrar en ella, profundizando con claridad, y para hacerse conocer por el único ser que, juntamente con Dios, tuvo derecho a participar en aquella intimidad. Luisa sentía como una dolorosa necesidad de darle a conocer hasta el menor repliegue de sus pensamientos, el menor matiz de sus sentimientos, siempre con el temor de no haber sido todo lo franca que ella quería ser. Esta confianza suponía para ella como

un descanso, dándole la impresión de que se movía en la verdad, lo que es el primer paso de la santidad. ¡Qué lucidez psicológica se advierte en sus reflexiones! Si hubiera querido dedicarse al análisis de las pasiones, hubiera podido hacer excelente figura entre sus contemporáneos que en ello sobresalieron. Recojo, al azar, esta máxima: «Es muy difícil dominar la ira, porque cuando se apodera de nosotros, ya no somos nosotros mismos».

En esta búsqueda de la verdad, Luisa permanece muy femenina; no quiero insinuar con esto que se queda con tortuosidades hábiles en el pensamiento o en la acción; quiero decir que conserva la preocupación muy femenina de agradar, de dar gusto y de persuadir. Sabe encontrar la palabra suave, la inflexión de voz que crea la intimidad, de tal suerte que aquel o aquella que leen su carta, sienten que en un momento, en el momento en que estaba escribiendo, eran todo para ella, su única preocupación. Sí, así es como se aceptan sin amargura los reproches y se gusta el encanto de las palabras amables de ese su procedimiento -no, no es un procedimiento-. Veamos un ejemplo de ese todo instintivo que acabo de llamar femenino. Quiere pedir a Vicente, que está muy ocupado y a quien va a importunar con su petición, el favor de una entrevista, y lo hace de esta manera:

Permítame que me presente como una pobre vergonzante para rogarle, por amar de Dios, la limosna de una breve visita; tengo gran necesidad de ella, no pudiendo decirle por escrito el motivo que me ata en muchas cosas y me obliga a ser importuna con usted.

P.D. Si su caridad pudiera, mejor hoy.

¿Verdad que esta post-data imperativa significa que se cree haber ganado la partida y que sólo queda aprovecharse de la victoria lograda? Otra de sus cartas a Vicente termina con estas palabras, en apariencia insignificantes: «¿Sabe usted que soy la más pequeña de sus hijas?». Sabe muy bien que le conmovieron.

Es muy femenina hasta en sus defectos. Porque tiene defectos, que no hay necesidad de ir a buscar, ya que ella misma nos los da a conocer sencillamente. Es distraída. Con motivo de una confusión con el Sr. Abad de Vaux, a quien el Sr. de Marillac (hijo del Guardasellos) debía ir a ver de su parte, cosa que no se hizo porque ella no escribió, como había prometido, dice:

A menudo me encuentro con sorpresas como ésta por tener poca costumbre de conversaciones. Me avergüenzo delante de Dios, al ver que no me sirvo de la libertad que tengo con las personas para ser más de Él. Este es uno de mis mayores defectos, que le confieso en toda verdad.

Se ve cuál es ese defecto. Su espíritu serio concede poca importancia a las conversaciones que se tienen en el mundo y a las que éste sí presta gran atención. Por eso le ocurre que se le olvidan, dando la impresión de que las menosprecia y con ella hiere a las personas susceptibles. Es distraída. Es decir, que vive en un universo de acción, de pensamientos y de sentimientos, desconectado del mundo frívolo, del que, sin embargo, no puede prescindir. Es distraída y es viva o vehemente. En esto,

todo el mundo está de acuerdo: las señoras, las hermanas, Vicente de Paúl hablan de sus vivezas, de sus reacciones espontáneas. Ella también las reconoce y se acusa de ellas. Su viveza no consiste en tomar rápidamente sus decisiones: esto sería una cualidad en un dirigente. Consiste más bien en reaccionar con impaciencia ante un error, una falta, una contrariedad. Y ocurre que, o bien esa reacción de viveza es rápida y se expresa y acaba en una palabra o un gesto, o bien agita hasta el fondo del temperamento y entonces tiene efectos más duraderos. Luisa de Marillac responde con dureza a una de sus hijas que la ha molestado con una impertinencia, y al instante va a pedirle perdón. Se queda desconcertada por la actitud de su hijo, en circunstancias que ya sabemos, y su agitación es tal que afecta a todo su ser y la hace perder el conocimiento. En el fondo, es una apasionada que ha dominado su temperamento lo mismo que ha dominado su imaginación y su cuerpo; pero para ello tenía que luchar con fuerza y a veces sus pasiones se sublevaban: todo ello propio de una Marillac.

II. SU VIDA ES INTERIOR

Poco después de la muerte de Luisa de Marillac, en aquella escena conmovedora en la que Vicente habla de ella y de sus virtudes con sus hijas, una hermana hace la observación de que la Señorita era interior. En apariencia vivía volcada a lo exterior, con una gran actividad de dirección y de administración, que consistía en ver a mucha gente, en escribir muchas cartas y en ocuparse en todos sus detalles de las cuestiones más diversas. Pero por un movimiento espontáneo se retiraba a su interior, tan pronto como quedaba libre, y esas visitas frecuentes a su celda interior bastaban para mantener en ella una vida constante, incluso sin ser consciente de ello. Esta aptitud era un don innato; ella misma reconoció en una ocasión que desde muy joven había tenido gran facilidad para meditar, lo que, andando el tiempo, llegó a convertirse en facultad de analizar, en una necesidad de analizar. En tanto que casi todos experimentamos una verdadera dificultad para fijar los ojos en nosotros y permanecer en nuestro interior, ella, por el contrario, se sentía atraída hacia su interior como hacia un refugio. Quizá fuera eso lo que, con sencillez, ella llamaba ser distraída, en el verdadero sentido de la palabra.

En ese refugio encontraba a Dios y a sí misma, a sí misma frente a Dios. Y de esa confrontación brotaban su oración, sus alegrías y sus inquietudes. Era también la fuente de su humildad. Conviene examinar sin prevenciones el problema de esta humildad, menos fecunda que la de Vicente en expresiones extremas y en gestos desmesurados -en apariencia pero igualmente profunda. Confesemos que nos sorprende. Declara, por ejemplo, que no es más que pecado, que ha merecido cien veces el infierno, que la comunidad decae y está amenazada de muerte por su culpa y en castigo de sus pecados. Cuando escribe a su director, las palabras más violentas de crímenes, desórdenes abominables, etc., se le vienen a la pluma. Ante sus hijas, cae de rodillas para pedirles perdón por el escándalo que les da, se echa al suelo en el refectorio y pide que la pisen. Y la persona que así se expresa y así obra, es clarividente, apasionada por la verdad, sutil en sus exámenes. ¿Cómo puede, pues, equivocarse cuando se trata de ella misma? ¿Es acaso cierto que es una criminal, una pecadora despreciable? O bien, ¿hay que pensar que la lectura de

los autores espirituales, que a veces abusan de expresiones propias para causar impacto, ha creado en ella la costumbre de un lenguaje convencional para poner de relieve su pesar de no amar a Dios como ella quisiera, con un alma libre de toda culpa? Es demasiado franca y veraz para emplear un lenguaje que no estuviera de acuerdo con su pensamiento. Lo que dice, lo piensa.

Nuestra impotencia para llegar a concebir semejante humildad, proviene en parte de que, inconscientemente, nos miramos a nosotros mismos y, sin decir que estemos ebrios de nuestra propia estima, sí nos cuesta trabajo despreciarnos, porque nos comparamos a los demás, en los que apreciamos o sospechamos deficiencias. Pero Luisa de Marillac no se compara con nadie. Como vive continuamente en la presencia de Dios, es con El con quien se compara, y queda confundida al enfrentar su nada con EL QUE ES y por la gravedad del menor de sus pecados que, al ir contra Dios, debe multiplicarse por el infinito. La práctica de la vida interior, de la meditación, de la oración, da a todo esto una realidad violenta, ardiente, que provoca expresiones violentas y ardientes también, porque no hay palabras capaces de reflejar su intensidad.

Cuando los psicólogos de profesión pretenden resolver el problema de la humildad de los santos, lo complican. Podemos convenir con ellos que la psicología de las profundidades revela en el fondo de nuestro ser, un lodo subyacente del que pueden subir todas las fiebres. Pero si esta psicología tiene la preocupación científica de ser objetiva y completa, debe reconocer en el mismo punto el misterio divino que contrarresta aquella ponzoña. Somos el escenario de un conflicto perpetuo en el que actuamos, a la vez, de actores y espectadores. Si se suprime a Dios del punto de partida y se da la razón a las potencias turbias, se mutila la naturaleza eliminando el problema que se pretendía explicar.

Para algunos santos, el verdadero drama radica en esto: Les ha ocurrido a veces, en un momento de su vida, de una vida con frecuencia pura y fervorosa, padecer un seísmo espiritual, perder el sentimiento de Dios, la presencia de Dios, la fe en su existencia. Vicente de Paúl y Luisa de Marillac lo experimentaron así: ella durante unos días, él durante meses, experimentaron el vacío total, la ausencia total de Dios, una especie de infierno. Conocieron la cumbre y el abismo. Dios y lo contrario a Dios. Por eso sienten la gravedad del pecado de manera más aguda que los pecadores que lo cometen por interés propio o por placer. Lo recuerdan, y tan pronto como sienten en ellos la menor apariencia de culpa, ese recuerdo les requema. De ahí esas expresiones suyas que traducen todo su horror, esas expresiones que parecen afectadas en su exageración pero que no son sino realistas. Luisa de Marillac es verdaderamente sincera y veraz cuando se humilla en su nada y se condena a sí misma por su pecado. Su humildad es una experiencia.

Ha reflexionado acerca de esta humildad experimental y, como tiene una aptitud poco común para la introspección, se ha dado cuenta de que no le basta haber tocado el fondo de su nada para aborrecerla definitivamente ante Dios. La humildad verdadera es una virtud sobrenatural, un don gratuito de Dios por el que se nos permite ver cómo El lo es todo y cómo nosotros no somos nada. Así se lo dice al

Abad de Vaux, con mucha libertad porque se siente comprendida por un hombre de gran virtud y de gran cultura.

Puesto que me lo pregunta usted, le diré sencillamente que hay que esperar en paz a que la gracia produzca en nosotros la verdadera humildad; dándonos el conocimiento de nuestra impotencia, nos hace sufrir voluntaria mente por lo que usted llama debilidad ligera, orgullo y sensibilidad, sin hacernos ilusiones de que todo esta pueda llegar a quedar destruido en nosotros, que estamos y estaremos toda nuestra vida sacudidos por tales agitaciones..

En cierto modo, el pecado está siempre presente en nosotros. Con su viveza ordinaria, Luisa traduce esta idea con las siguientes palabras: «Después de la confesión, me parecía que mi pecado había permanecido en mí». Es más que un recuerdo, es una raíz, una posibilidad, que hace temblar y mantiene en la humildad.

Al mismo tiempo, esta mujer de recto criterio, contemporánea de Pascal, después de haberlo humillado, sabe levantar al hombre:

Aunque el poder de pecar sea tan nocivo al alma, no deja, sin embargo, de ser una prueba de la grandeza de ésta y hasta puede no serle útil, ya que Dios nunca niega la gracia para abstenerse de él.

Cuando se ha medido así la gravedad del pecado, su permanencia, nuestra responsabilidad en esa permanencia, la amargura y la grandeza del combate de la vida, no es extraño que se declare la guerra al pecado con una obstinación que, a nuestros espíritus superficiales les hace el efecto de una idea fija. Vicente dice de Luisa que en sus confesiones se *desplumaba*, yendo a la caza de sus menores faltas, y que las lloraba con tanto dolor y lágrimas que era imposible consolarla. Sensibilidad enfermiza, quizá, pero también visión excepcional de la grandeza de Dios y de la miseria humana.

Las faltas que provocaban tal contricción, expresada en sollozos, eran ligeras. Vicente, tan discreto en todo y más en esta materia, se siente como obligado a decir en alta voz ante las hermanas reunidas: «¿Qué has visto en ella desde hace treinta y ocho años que la conoces? ¿Qué has visto en ella? Me han venido a la memoria algunas sombras de imperfección, pero lo que es pecados graves, eso ¡jamás!».

De esas sombras, que ella ve como monstruos delante de Dios, se reconoce responsable, por su presencia obstinada, y se castiga por ello. Su ascetismo no tiene como fin conseguir el dominio de su cuerpo, que necesita más bien se le trate con miramientos, como hace con los pobres; lo que persigue es un castigo. El culpable debe ser castigado con disciplina y cilicio. Su director no le prohíbe nada de lo que le parece estar inspirado por un sentimiento de amor de Dios; pero frena a la penitente en un camino en que el exceso pudiera llegar a ser una tentación de orgullo y, además, correría el riesgo de comprometer un equilibrio físico tan necesario y siempre amenazado. Le permite el cinturón de bolitas de plata, que dice haber recibido de la Srta. du Fay, y se lo aconseja, más bien que el cilicio de crin de caballo que podría enardecer demasiado la sangre.

En esta perspectiva de castigo merecido, coloca también a la muerte. Somos unos condenados a muerte, con condena justa, porque el pecado merece la muerte. Aceptar la muerte porque es justa, es un gesto de cordura que puede servir de contrapeso al mismo pecado.

Todo dolor sirve de contrapeso al pecado, pero de manera distinta. Luisa de Marillac tenía la impresión de haber estado, desde su nacimiento, como destinada al dolor. Dios había querido que fuese a El por la cruz, ya que en su vida no había habido ni un solo día sin dolor. Por supuesto que no se trata sólo de dolor físico, que no era constante, sino de la angustia moral, muy frecuente en ella. Puesto que esa cruz era su herencia, la acepta, la abraza, entra en ella, por decirlo así, como en su «claustro» particular; toma entre sus manos ese cáliz de dolor que se le ofrece, para apurar hasta la última gota. No veo que, como otros santos, haya prestado una atención especial al carácter redentor del sufrimiento; lo toma y lo abraza para ella misma, para asemejarse a Cristo doliente, para unirse a El, para amarle (amar y sufrir es una misma cosa), para amarle sobre todo en su abandono. Esa imitación de Cristo, esa voluntad de reproducir, en la medida en que puede hacerlo un ser humano, los estados de Cristo, es, en efecto, la ley suprema, inscrita de una vez para siempre en su camino, como guarda y guía de todos sus pasos.

Si el dolor afloja, de cuando en cuando, el abrazo con que la estrecha y deja entre sus accesos intervalos vacíos, entonces acuden a ocuparlos las penas interiores ese sucedáneo tímido y tenaz del dolor. Tan frecuentes por entonces como los vapores del siglo XVII, se convierten en la enfermedad de las personas sedentarias, de las inclinadas al análisis y la reflexión, son las sombras de la vida interior. Las penas vienen no se sabe de dónde. Sor Cecilia, que ama a Dios, se imagina en una mañana un tanto nublada, que Dios no la ama; esta idea cobra cuerpo en ella, crece, se extiende y la destroza. Sor María piensa que está apegada a su confesor y que debe dejarlo, porque, de lo contrario, su alma corre peligro de perderse, mientras que Sor Luisa, por su parte, se persuade de que el mismo confesor la detesta, es incapaz de comprenderla o se ha hecho indigno de su confianza. Ese pobre confesor, sin saberlo, es causa accidental de un doble drama. Acabo de dar dos o tres ejemplos, pero las penas interiores son tan variadas como los temperamentos y van, desde el simple «mosquito», al que basta soplar para hacerlo huir, hasta el monstruo que se instala y desazona la sangre. Sobre este tema, Luisa de Marillac da a sus hijas consejos tan frecuentes y concretos que es fácil adivinar que conoce personalmente las penas por haberlas, podríamos decir, practicado. En su correspondencia con su director, fluye como una queja, discreta pero continua; siempre tiene necesidad de un cuarto de hora para comunicar su pena, en la que se hundiría indefectiblemente si se negase a escucharla. Y esto durará hasta el fin de su vida. No llegará nunca a liberarse de esos ataques del invisible enemigo, aun cuando haya conseguido relegarlo a las zonas exteriores de su alma, ocupada en su interior por la presencia y caricias del Espíritu. Y no está a resguardo de sorpresas: le ocurre, a veces, caer en aflicciones y aprensiones inconsideradas que su director le reprocha como ingratitudes hacia Dios que de tantas formas se ha hecho presente a ella.

Esos movimientos de flujo y reflujo, los percibimos a través de su correspondencia y de sus notas de ejercicios, aunque lo que ha llegado hasta nosotros sea demasiado sucinto y demasiado esquemático, a nuestro gusto. En general, hacía dos veces ejercicios en el año, y por ella, hubiera hecho más si su director no la frenara dentro de prudentes límites. Una de esas tandas la fijaba siempre en torno a la fiesta de Pentecostés, en recuerdo de aquel gran favor, gracia de liberación de 1623. Alguno de aquellos ejercicios, hemos de verlo, tuvo una influencia decisiva en su itinerario hacia la santidad. La estructura de esos ejercicios es netamente clásica, perfilada por las grandes etapas de la vida interior, por las que pasa rápidamente, sirviéndose sobre todo de la *Guía* de Granada y de la *Vida devota* de Francisco de Sales. Estos textos concretos sujetan el espíritu y evitan las divagaciones, pero no cercenan la libertad del amor. Una nota rápida, aquí o allá, nos permite captar lo que yo llamaría los escapes del corazón. No insisto ahora en ello. Volveremos a tratarlo.

A lo largo de su oración y de su itinerario hacia la santidad, en su naturaleza, trabajada por corrientes contradictorias, se perfilarán los efectos de la experiencia religiosa, de la meditación, de la gracia cada día más abundante, e irán constituyendo su personalidad espiritual original.

III. SU ORACIÓN

A partir de cierta fecha, la vida interior de Luisa no será otra cosa que oración. Incluso durante toda su vida, la oración articulada, expresa, ocupó un gran lugar. Las cofradías de que formaba parte, las devociones particulares que se imponía, le creaban la obligación de rezar determinadas fórmulas, a veces bastante largas, como aquellos treinta y tres actos de piedad que había prometido hacer todos los días para honrar los treinta y tres años vividos en la tierra por Nuestro Señor. Aquellas oraciones se insertaban en la oración universal, en la adoración constante que la creatura debe a su Creador. Eran también, y no en menor medida, aun cuando ella misma no llegara a ser consciente de ello, una forma de expresarse, una forma de expresar la riqueza de una vida a la que las circunstancias habían condenado a replegarse en sí misma o la habían contrariado cada vez que intentaba expansionarse. Por eso, su oración es para nosotros un medio, si no el mejor medio, de conocerla.

Esta oración suya no es sentimental. Ciertamente, el amor la anima, pero un amor frenado en sus manifestaciones por la humildad, algo así como si se sorprendiera de tener la audacia de mostrarse. Es más bien intelectual y busca, a medida que se expresa, nuevos fundamentos en la doctrina. Es teológica, lo que parece sorprendente en una mujer, aunque no nos extrañará tanto si pensamos que era aficionada a la filosofía y que había leído y meditado la Biblia, cosa rara aun en el mundo devoto de aquel tiempo. Es evidente que su oración nace del ambiente bíblico, evangélico, escriturístico, lo que le da una resonancia especial, distinta, incluso, de la de Vicente, que es más popular y surge más inmediatamente de la acción cotidiana.

Espontáneamente su oración se dirige a la Trinidad; cuando pide la unión para los miembros de su congregación, lo hace en nombre y a imagen de la unión que existe entre las tres divinas Personas, a quien todo debe volver porque todo procede de ellas. El hombre ha sido hecho a su imagen; es trinidad por su inteligencia, su memoria y su voluntad. Es interesante observar esta visión agustiniana en Luisa de Marillac así como la importancia que concede a la memoria, que es como el depósito de donde sacamos los elementos de nuestra oración, que termina siempre con el homenaje de alabanza tributado al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. El movimiento de admiración y de amor que le inspira, por ejemplo, la Resurrección de Nuestro Señor, tiene una originalidad que no encuentro en otros escritores espirituales: ¡qué expresiones de amor, qué efusiones debieron de intercambiarse entre el Padre y el Hijo, cuando Este resucitado subió a su Padre, después de haberse aparecido a María Magdalena en la mañana de Pascua! Citemos, al menos esta frase, digna de San Agustín: «Sólo en el cielo sabremos con qué plenitud vive el Hijo en este día con el Padre». Esa vida interior de las tres Personas divinas es la fuente inagotable de nuestra alegría pascual, que no será verdadera alegría sino en la medida en que esté asociada a la de ellas.

Acabo de citar como ejemplo la Resurrección. La oración de Luisa de Marillac sigue el ritmo de la liturgia y por eso, también, es teológica, ya que la liturgia es el rostro concreto y visible de la teología.

La oración de Luisa se hace más intensa en los días que preceden al comienzo de la Cuaresma, días de festejos en que los hombres parecen haber perdido la razón; también y sobre todo en los días de la Pasión del Salvador, de la que va reviviendo todos los pormenores. Se dirige a Cristo torturado en la noche trágica y le dice, como teóloga emocionada.: «Sufrís como hombre porque sois ofendido como Dios». Pilato, a pesar de reconocer que era inocente, le condena por interés. El interés es la más insidiosa de las tentaciones: «pido a Dios la gracia de verme libre por completo de ella y de que ninguna consideración me haga apartarme nunca de la justicia». El buen ladrón es un ladrón que, sin duda, tiene grandes fechorías en la conciencia, pero le basta con dirigir el corazón hacia DIOS para conquistar de una vez el paraíso: «;Oh Jesús! ¡qué fácil sois para dejaros ganar!».

Jesús se quejó de su sed y no quiso apagarla: «Habéis querido morir sin que se saciara vuestra sed para mostrarnos que después de vuestra muerte seguiríais teniendo sed de nuestra salvación».

María se halla presente en el Calvario y da su «sí» a la Crucifixión como lo dio a la Encarnación: «Habéis querido que María consintiera en vuestra muerte, en ese cruel desgarramiento, como si ya no fuérais su Hijo».

La oración a Jesús crucificado adquiere proporciones que superan a todo lo demás: «Ya sólo quiero ser la súbdita de ese rey despreciado... ¡Oh Cruz, qué amable sois!... Me refugio en vos como en mi claustro». El gusto por la vida retirada, por la vida oculta, que siempre tuvo, asocia la Redención cruenta a la Anunciación

radiante y a la vida oculta de Jesús en el seno de su madre. La Anunciación cae en el tiempo pascual y no puede separarse de este misterio; en la vida de Luisa y de su Congregación ha dejado un impacto profundo y etapas memorables. Por una inclinación natural de su corazón, Luisa vuelve a la meditación de esta fiesta y adora a Jesús niño en su vida oculta. Si es la mística la que se expresa, no podemos olvidar que la madre, conocedora de las alegrías de la maternidad, presta a su voz inflexiones de ternura realista. Dirigiéndose a María, le dice: «Qué feliz fuisteis porque, al menos en aquel momento, os pertenecía por completo». Y a Jesús: «¿Qué hacíais, niño, en sus entrañas? ¿Qué secretos le revelabais?». Es el camino abierto para una meditación berulliana que nos puede llevar muy lejos. Pero ella, mujer enamorada de verdad y de justicia, no se deja arrastrar por la ternura de su oración y en el momento cumbre de su fervor y de su deseo de vida escondida, hace esta confesión: «Es cierto que me gustaría no ser vista por los ojos de nadie; pero ¿no tendría motivos para temer que el haber querido evitar las miradas sobre mí fuera para que se me estimara más?». Siempre la encontramos así: con los ojos en el cielo, pero con los pies pisando firme en la tierra.

En su oración, tiene momentos sublimes, cumbres, como suele decirse. También tiene momentos de sequedad y de aridez, y, por fin, tiene otros, que no sé cómo llamar, momentos en que, bajando de las alturas de la teología, se refugia en su secreto de niña; son recuerdos de su inquieta juventud, o acaso es preciso que la originalidad de cada uno tenga sus lugares recónditos donde le está permitido a los más grandes y más fuertes tornarse pequeños.

Tenía sus plegarias propias, originales, largas, a las que estaba aficionada porque eran suyas, no de todo el mundo. Las rezaba un número determinado de veces y se habían convertido para ella como en una necesidad. Vicente de Paúl no lo aprobaba, no porque aquellas oraciones no fueran correctas, sino porque entendía que no hay que cargarse con obligaciones supererogatorias, con fórmulas, prácticas... Todo ello embrolla el espíritu y absorbe el tiempo que debe emplearse en el trabajo y el sueño. Había ordenado a su dirigida que dejase esas plegarias superfluas, pero ella les daba tanta importancia, que tuvo que permitirle que las rezara en momentos de inquietud, con motivo de una enfermedad de su hijo. En una de sus cartas, tenemos la confesión de esa especie de pasión:

Creo también deber decir a su caridad que he tenido y tengo cierto dolor en dejar esas plegarias, por pensar que la Santísima Virgen quería le tributara ese pequeño deber de gratitud; me consuelo con Ella al representarle lo que me lo ha impedido y ofreciéndole el propósito de intentar agradarle de otra forma y servirla con mayor fervor; pero ¡qué débilmente cumplo esos propósitos y con cuánta frecuencia los descuido!

Ayúdeme con su caridad y deme a menudo su bendición, presentándome a Dios, a pesar de ser tan indigna, como un buen padre hace con sus hijos pródigos, porque bien sabe usted que lo soy y, también, muy honorable Padre, su muy obediente servidora.

Posee otra oración personal, más secreta, ya que la conserva encerrada bajo llave en un cofrecillo que no deberá abrirse hasta después de su muerte. Es un rosario que no ha dejado de rezar durante toda su vida y del que ha hecho confeccionar varios ejemplares, uno para cada hermana.

El rosarito es la devoción para la que pedí a su caridad permiso hace tres años y que rezo en particular. En una caja tengo gran cantidad de esos rosaritos, con unos pensamientos escritos sobre el particular para dejar a todas las hermanas después de mi muerte, si su caridad lo permite. Ninguna sabe nada. Tiene como fin honrar la vida oculta de Nuestro Señor en su estado de prisión en las entrañas de la Virgen y felicitarla a ella por su dicha durante aquellos nueve meses. Las tres cuentas pequeñas sirven para saludarla con sus hermosos títulos de Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo. Esta es lo principal de esta devoción que, por la gracia de Dios y a pesar de mi indignidad, no he dejado desde el tiempo que le dije, pero que espero dejar, por la misma gracia de Dios, si su caridad me lo ordena. Este pequeño ejercicio, en mi intención, es para pedir a Dios, por la Encarnación de su Hijo y los ruegos de la Virgen Santísima, la pureza tan necesaria a la Compañía de las Hermanas de la Caridad, y la firmeza y solidez de esta Compañía, según su divino agrado.

No vemos que Vicente haya prestado mayor atención a este rosario, del que no vuelve a tratarse en la correspondencia.

Estas pequeñas devociones, que hemos tenido que recordar, porque nos permiten entrar en comunicación familiar con Luisa de Marillac, distan mucho de ser la característica de su oración, que se centra en objetos más sólidos: la voluntad de Dios que se le manifiesta en todo momento por la regla, la providencia que la protege y la aparta de todo peligro, como resultó patente en el memorable derrumbamiento del piso y como puede palpase todos los días en todas las casas de la Compañía, a través de innumerables detalles que el público no ve, pero que el corazón registra con cuidado.

Detengámonos unos momentos en alguna de aquellas cumbres que le proporcionan su fisonomía particular entre los espirituales de su época. No todos los teólogos creían en la Inmaculada Concepción, y la devoción ordinaria a la Virgen no ponía el acento sobre este misterio. Luisa de Marillac, por el contrario, insistía de continuo en él, y hacia él dirigía su piedad mariana. Ella misma refiere, demasiado brevemente para nuestro gusto, que ha meditado sobre este tema ante el Pesebre, y que lamenta «no ser capaz de dar a conocer al mundo la belleza que Dios le ha hecho contemplar». Viene a decir que la Inmaculada Concepción no es estrictamente un privilegio milagroso, sino que es más bien un acto de justicia, ya que María consintió, en el momento de la Encarnación, en ser Madre de Dios. Este estado de inmaculada concepción tiene consecuencias en su conciencia, de la que queda excluido el instinto del pecado con el que los demás nos vemos afligidos; consecuencias en su juicio, siempre recto, y en su voluntad, siempre firme. Es de admirar el desenvolvimiento de esta meditación razonada, que pasa de la idea tradicional de preservación del pecado a una generalización que yo llamaría moderna y que proyecta el misterio de la Inmaculada en toda concepción de pensamiento y de juicio. A esta fuente tan pura quiere Luisa vincular su

Congregación, que llegará a ser la primera sociedad religiosa consagrada a la Inmaculada Concepción. El 7 de diciembre de 1658, pide a Vicente de Paúl que consagre, en la misa del día siguiente, la Compañía de las Hijas de la Caridad a la Inmaculada Concepción, a lo que él accede gozoso. Luisa compone y lee en nombre de sus hijas el acto de consagración en el que declara que toma a María Inmaculada como única madre de la Compañía y hace entrega de ésta a María de manera irrevocable.

El 8 de diciembre de 1658 marca una fecha memorable en la historia espiritual de la Congregación. A partir de entonces, todos los años se repite y renueva el acto de consagración que leyó la fundadora. Dicho acto entra así en la historia de la Inmaculada Concepción que, a través de la medalla milagrosa, desemboca en la definición solemne del dogma y en la respuesta de la Virgen, en Lourdes: «Yo soy la Inmaculada Concepción».

Más importante aún, en la oración de Luisa de Marillac, es la devoción al Espíritu Santo. Su fundamento radica en un hábito de su espíritu que la llevaba siempre, por las sendas de la teología, a la Trinidad, y su origen se debe a una circunstancia de su vida espiritual. Ya se recuerda que, en los días que median de la Ascensión a Pentecostés del año 1623, se vio torturada por una noche oscura de angustia, en la que naufragaban su inteligencia y su corazón y que fue liberada el día de Pentecostés por una especie de infusión del Espíritu Santo y de sus dones de luz y fortaleza. Quedó curada, mejor aún, quedó conquistada. En adelante, el aniversario de aquel día fue para ella sagrado; todos los años, en la fiesta de la Ascensión entraba de ejercicios espirituales para prepararse a recibir al Espíritu Santo; aquellos diez días los pasaba unida a los Apóstoles en una espera, a la vez serena y activa, dedicada a preparar su alma para recibir la gran visita, es decir, esforzándose por apartar todos los obstáculos que pudieran oponerse a su entrada y a una toma de posesión plena, estimando como obstáculos no sólo el pecado, sino la afición a todo lo que no sea Dios y -notémoslo- el apego a los consuelos espirituales aun los procedentes de la presencia misma de Jesucristo. Luisa de Marillac había tomado al pie de la letra el texto misterioso de San Juan (XVI, 7-11). En su despedida a sus apóstoles, Jesús les dice que se va y los deja porque los ama. «Voy a deciros la verdad: es por vuestro interés por lo que me marchó; si yo no me fuera, el consolador no vendría a vosotros; si, por el contrario, yo me marchó, os lo enviaré. Y cuando venga, él será quien haga resplandecer la verdad, poniendo al descubierto el error del mundo... Tendría todavía muchas cosas que deciros, pero no sois capaces, por el momento, de assimilarlas. Pero cuando venga él, el Espíritu de verdad, os llevará como de la mano hacia la verdad plena».

Y aquí tenemos la sorprendente respuesta de Luisa de Marillac a estas palabras misteriosas: para recibir al Espíritu, hay que desprenderse de todo lo que no sea Jesucristo, «incluso de las dulzuras de su presencia, para que nuestra alma, al quedar vacía de todos los impedimentos que podrían serle un obstáculo, sea invadida por el divino Espíritu». En uno de esos momentos cumbre en que se veía poseída por el amor de Cristo, le había dicho: retiradme vuestros consuelos y caricias; sólo os quiero a vos. Y ahora le dice temblorosa: retiraos vos mismo,

dejadme vacía y sola, puesto que habéis dicho que era necesario para que el Espíritu me llene. Gesto singular en el que el ascetismo místico llega hasta privarse del amor y de la divina presencia.

Cuando el Espíritu se ha apoderado así de un alma, con tal de que ella no oponga resistencia a su acción, opera grandes cosas. Si queremos conocerlas en detalle, no tenemos más que considerar el beneficio de sus dones, y la transformación que cada uno de estos dones puede producir en nosotros. Y la teóloga-moralista tiene esta visión acerca del misterio del destino de cada uno: la diferencia que se observa entre los hombres proviene del uso que hacen o dejan de hacer de los dones del Espíritu: entendimiento, consejo, sabiduría, fortaleza... Son estos dones los que construyen en nosotros la vida cristiana. Dan la vida al Cuerpo Místico, la Iglesia, y hacen de nosotros testigos ante el mundo que los ignora.

Esta alta doctrina de Luisa de Marillac no es sólo una visión, una convicción de su espíritu y de su corazón; ha llegado a convertirse en una parte de ella misma y, espontáneamente, cuando ora o cuando escribe, alude al «Espíritu», como otros místicos se refieren a Dios o a Cristo. Más exactamente, su pensamiento se dirige a la Trinidad Santísima y de manera más particular a la Tercera Persona, como hacia el amor que la hará digna del Padre al hacerla semejante al Hijo. Esta preocupación la tiene hasta en la comunión. Sabe que la comunión es un alimento y que el alimento tiene por fin una transformación de sustancia; por eso, pide al Espíritu Santo, antes y después de comulgar, que se opere en ella esa transformación que la hará semejante a aquél de quien se nutre. No me agradan mucho las palabras altisonantes, con desinencia científica; pero ya que en el lenguaje de la crítica de los autores espirituales se ha hablado de teocentrismo y de cristocentrismo, yo me atrevería a arriesgar el vocablo de neumocentrismo para caracterizar la espiritualidad de Luisa de Marillac. Es la devota del Espíritu, la mística del Espíritu. Voy a citar sólo estas palabras: «El Espíritu nos llena del puro amor de Dios... El Espíritu nos hace dóciles a Dios y nos pone en estado de vivir la vida divina». Ahora bien, esto es otra cuestión: ¿puede decirse que Luisa de Marillac es verdaderamente una mística? Si lo es, en todo caso ha llegado a ser mística siguiendo un itinerario del que nos interesa señalar las etapas.

IV. LAS ETAPAS DE SU ITINERARIO ESPIRITUAL

Los que prepararon la edición privada de las obras de Luisa de Marillac (4 tomitos) se encontraron ante un problema difícil de resolver y del que sólo vislumbraron la importancia. Muchas de las cartas de Luisa están sin fechar, pero su fecha aproximada puede determinarse con facilidad. Las meditaciones y pensamientos están todos sin fecha, por lo menos la mayoría. Esto resulta incómodo cuando quiere uno servirse de ellos para entrever las etapas de su itinerario espiritual. No se sabe si los editores, al clasificarlos, han pretendido simplemente seguir el plan de su primer biógrafo, el abate Gobillon, o bien si en los propios textos o fragmentos han encontrado las huellas y la andadura de una actividad humana y de una gracia divina conjuntadas en la evolución de su alma. Lo que, a nuestra vez, podemos entrever coincide con tal clasificación, que corresponde a las fechas ya indicadas por una biografía somera. Las fechas decisivas de su vida espiritual son

1623, 1629, 1634, 1644, 1651, con tal de que no se quiera entender estas cifras con un rigor inflexible y se vea simplemente en ellas el centro de convergencia de sentimientos, de resoluciones y de la gracia divina.

En Pentecostés de 1623, queda liberada por el Espíritu de la neurastenia en que la habían sumido una serie de pruebas, desde su nacimiento. Era una enfermedad de la que pueden los psicólogos intentar determinar las causas y la naturaleza por comparación con otras enfermedades análogas. En el orden sobrenatural, era quizá también una de esas pruebas, de esas tentaciones, de esas situaciones extremas a las que se refiere el *Padrenuestro*, misterio con el que nos encontramos en los comienzos de la vida pública de Cristo. Luisa no salió de tal situación para entrar en la plenitud de la paz divina, porque no pudo o no supo tomar el buen camino; se replegó en sí misma, con Dios, sin duda, pero encerrando su coloquio con El en un círculo demasiado estrecho en el que sus potencias no podían emplearse más que en un amor egoísta de Dios. Ese amor imperfecto, y que sufría por serlo, la impulsaba a elevarse, siguiendo el ejemplo y los consejos de Vicente de Paúl, consagrándose al alivio de los pobres. Fue así cómo, en 1629, empezó la ascensión de la santa montaña. Como decía ella misma, iba a Dios por el camino de los otros.

Esta etapa, como las demás que la siguieron, empieza por unos ejercicios, cuyo programa, muy clásico, le fue fijado por su director, quien la obliga a detenerse una vez más en ella misma y a comprobar, por decirlo así, sus instrumentos de trabajo, antes de emprender una obra que la sacará de sí y dará a su amor de Dios un alimento distinto del de su propia persona. Durante cuatro o cinco años, con una exaltación admirada, va contemplando en su interior esa expansión del amor. Ahora ya la tenemos en el buen camino; es ciertamente en el amor a los otros donde se encuentra a Dios. No hay más que establecerse en ese camino mediante un compromiso definitivo. Luisa dio a este compromiso la forma de voto de religión por el que tanto había suspirado en su juventud, que había llegado a esbozar y se había convertido, después, en su tormento por el temor de haber faltado a su palabra. Estamos en la etapa de 1634 que puede considerarse como su entrada en religión. En adelante; ya no se andará con tanteos; ha roto por completo con lo que se llama el mundo.

Es digno de hacerse resaltar que, durante este período -como, por lo demás, durante los siguientes-, mientras camina con gozo hacia la consumación del amor, su paso va como acompasado por el dolor: enfermedades que se ceban en su cuerpo débil, inquietudes proporcionadas por las veleidades de su hijo, trágicos acontecimientos que se abaten sobre su familia, ansiedades que suben desde su conciencia nunca tranquilizada por completo. El sufrimiento que resulta de todo ello se mezcla con las caricias de Dios, como le dice su director, y forma esa dulzura amarga cuyo sabor es propio de la perfección cristiana.

El período de 1634-1644 es el del pleno florecimiento espiritual. Liberada de sus vacilaciones, segura del camino en el que se ha adentrado bajo la dirección del guía señalado de lo alto, pone en movimiento todas sus potencias para servir a Dios en los pobres de Dios. En esos momentos se ve como llevada por la gracia y por la

acción de la gracia. Tiene todavía algunas inquietudes espirituales, su humildad fundamental le provoca alguna sombra de desesperanza, su quehacer se ve contrariado por los embates diarios de la vida, pero todo esto es lo accidental. Lo esencial y evidente es la afirmación, el triunfo de una personalidad que crea innovaciones en el campo de la caridad y establece su donación en lo más íntimo. Luisa es consciente de ello, no se atreve a manifestarlo pero lo manifiesta sin embargo, en los días de la fundación de Nantes. Se advierte en ella la euforia que produce el pleno acuerdo entre la gracia de Dios y su energía personal en pro de una acción que, de manera perdurable, será benéfica para los desgraciados. Llegar a tal punto, es un logro que, en el plano humano, a los ojos del mundo, puede apuntarse una Marillac, y que en el plano sobrenatural, Dios inscribe en el activo de una cristiana cuyo amor ha sido fecundo.

Pero en ese mundo sobrenatural en el que no cuentan nuestras medidas humanas, hay algo más que ese logro, por magnífico que sea: está el renunciar a esa misma grandeza, está el sacrificio de todo lo que la constituye. No retracto el todo, aunque sea oro puro. Iba a decir que, llegada a una cumbre, Luisa de Marillac gira en seco y emprende el camino opuesto, hacia la otra vertiente, bajando una cuesta de desprendimiento y abnegación. Pero esto sería usar de una metáfora según nuestra escala de valores. Despojarse, negarse, aniquilarse, no es bajar, es cambiar de rumbo, es aligerarse de peso para subir más alto, hasta unas cimas inaccesibles al ser que se deja dominar por el peso de su naturaleza.

¿En qué momento dio comienzo esa bajada que es una ascensión? En los ejercicios de Pentecostés de 1643 o en los de Pentecostés de 1644, tras el choque nervioso y la emoción espiritual que le causó el derrumbamiento del piso de su casa. Ella misma resalta la importancia de este acontecimiento en su vida interior: lo ve como una señal, una advertencia de Dios que tiene especial cuidado de ella y que, indudablemente, quiere algo, algo más especial que el simple ejercicio del amor realizador de caridad.

En aquellos ejercicios consideró a Jesús en el seno de su Madre. Allí estaba verdaderamente unido a la naturaleza humana; era una sola cosa con ella en la continuidad de su carne. Contempló detenidamente este esta do del Hijo de Dios y nos dice que recibió gracias singulares: pienso yo que se refiere a momentos de amor puro y divino. Y práctica, como siempre, saca una conclusión de tales favores recibidos. «Debo aprender a mantenerme oculta en Dios, con el deseo de servirle sin atención alguna a la opinión de las criaturas ni a buscar mi satisfacción en comunicarme con ellas, contentándome con que Dios sepa lo que quiero ser para El».

En estas palabras hay una confesión. Le ha agradado en otras ocasiones la opinión que se ha tenido de su actuación, ha gozado (gozo, por lo demás, muy legítimo) conversando con personas animadas de su mismo ideal de caridad y de acción caritativa. Y es a todo esto, radicalmente, a lo que quiere renunciar para quedarse sola ante Dios solo. Este es el comienzo de su desprendimiento.

Pronto advierte que se trata de una operación dolorosa. Quiere, sinceramente, ser olvidada de las criaturas, pero sufre de verse olvidada. Le parece, incluso, que en ese olvido hay una injusticia. Se la ignora o desconoce. «Antes, no me agradaba que otros se atribuyesen lo que creía haber hecho yo». Es la revelación de una herida secreta. Las Señoras obraban a su aire, no precisamente con ostentación, pero sí poniéndose de relieve al trazar una amplia planificación. Luego, para la ejecución, contaban con las Hijas de la Caridad y con Luisa de Marillac. Ante los ojos del mundo, y quizá en el fondo de su pensamiento, se quedaban con el prestigio y el mérito de los resultados. Luisa, que sabía lo que todo aquella había costado de trabajo diario, no es que pretendiese pregonarlo, pero tampoco le gustaba que otros reivindicasen el honor de la tarea llevada a cabo. Ahora, tras un esfuerzo doloroso, ha renunciado a llevar cuenta de esa distribución de esfuerzos y méritos, deseosa tan sólo de que Dios sea servido. Con tal de que El sepa que Luisa le ha tenido a El solo en cuenta, ¿qué importa lo demás?

Existía un terreno en el que estaba sola y en el que no tenía que temer que nadie quisiera reclamar el mérito de su trabajo: era la dirección de sus Hijas. Sabemos con qué amor, con qué cuidado apasionado se dedicó a su formación y se entregó a su dirección. En el mando, cuando está inspirado por la razón y el deseo del bien común y cuando se ve aceptado por los subordinados, hay una alegría sutil de la que ni los mejores y más desinteresados pueden escapar. Luisa había cedido a ese movimiento de alegría interior, en el que había visto o creído ver una gracia de Dios. Pues ahora, también renuncia a ella, lo que será tanto más difícil cuanto que, no pudiendo dejar de mandar, tampoco puede dejar de sentir el gusto de mandar. Sin embargo, llega a comprobar un progreso en este aspecto: «Puedo afirmar que he renunciado a la ambición de mandar». Y en adelante, continúa mandando por deber. Ahora empezamos a comprender lo que es el desasimiento interior.

Ese desasimiento quiere ser general, y ya hemos advertido otras de sus manifestaciones. Ha renunciado a su amor exigente a su hijo, a quien ya no mira más y no ama más que como a hijo de Dios; ha renunciado a sus devociones y prácticas particulares, a las que estaba tan ligada. Siente que es por ese camino por el que llega hasta Dios y que la gracia la apremia a acentuar sus esfuerzos. Buscando sus palabras como a tías, como si no se atreviese a manifestar su progreso, escribe a Vicente: «Siento en mi interior no sé qué disposición que, así me lo parece, quiere atraerme hacia Dios, pero no sé cómo».

En esta nueva vía en la que se ha adentrado con el visto bueno de su director, experimenta dificultades inherentes a tal ejercicio y a las funciones que asume en lo externo. Cuanto más absorta está en su desasimiento y más correspondida se ve con las suavidades de Dios, parece como que le dan un tirón de la manga porque a los niños expósitos les falta el pan o porque Sor María se ha comportado como niña caprichosa. Esto ocurría en sus ejercicios de 1647. Ahora hay una novedad, hasta el momento inédita: todas esas dificultades, las absorbe, por decirlo así, y le sirven de alimento; hace de ellas la trama de su desasimiento espiritual. Escribe a Vicente de Paúl:

Creo que Dios no quiere que guste plenamente de sus suavidades. Tengo motivos para confesar y reconocer que no hago nada que valga la pena... Pero mi corazón no se amarga por ello, aunque tenga razón en temer que la misericordia de Dios llegue a cansarse de proyectarse en quien siempre le está desagradando.

No se amarga, no se queja; acepta esta voluntad de Dios que, en apariencia, la aparta de El; se ha despojado de su impaciencia espiritual.

Vuelve a empezar, porque es necesario hacerlo siempre; vuelve a empezar, reconociendo que ha adelantado algo y que ya, en adelante, al hablar de ciertas debilidades, puede referirse a otrora. El día de la Ascensión, al dar comienzo a sus ejercicios de 1649 (?), ve que Jesús, en el momento de triunfar subiendo al cielo, recuerda que, con ello, como en todo, no hace sino obedecer.

He experimentado confusión al pensar que antes sentía disgusto porque otros se atribuyesen lo que yo creía haber hecho. He renovado el propósito, tantas veces formulado, de no preocuparme de que crean lo que quieran, con tal de que Dios sea servido y por quien quiera.

Comprende también -se diría que como en una revelación- que Jesús, al obedecer a su Padre, une estrechamente en su vida la vida de acción y la de oración. Del mismo modo, ese espíritu de desasimiento, al que se siente tan impulsada que llega como a absorberla, puede conciliarse con su actividad al servicio de los pobres enfermos y de las siervas de los pobres enfermos. El amor de Dios, presente en ella y amado exclusivamente, que en otro tiempo necesitaba, para subsistir, ser renovado de vez en cuando por contactos positivos y actos concretos, ha llegado a ser en ella un estado subyacente a todo lo que hace, y es el que dirige su ejercicio de desprendimiento, sin que por ello su vida exterior se altere. Fue hacia 1651 ó 1652 cuando entró en ese desasimiento acelerado. Entró, como de costumbre, en unos ejercicios en torno a la fiesta de Pentecostés, de los que el plan, como de costumbre también, fue trazado por su director. Uno de sus biógrafos, Collet, que dice saberlo de buena fuente, aun cuando no indica qué fuente sea, asegura que dicho plan de ejercicios era admirable. Lo que parece nuevo en el mismo, según el resumen que de él da Collet, es que la ejercitante habrá de pasar rápidamente por los ejercicios de la vía purgativa e iluminativa, de las que conoce bien los secretos, para abandonarse en Dios, para entregarse a Dios, que hará de ella lo que quiera. La dirección de los ejercicios no es cosa suya: Dios es el que dirige. Tanto el director como la dirigida son demasiado humildes para pensar que se hallan en el camino de la mística; en realidad se encuentran plenamente en su campo y ya veremos cómo Luisa de Marillac se adentrará todavía más en él. Por el momento, sigue creyendo que trabaja desde fuera en el desprendimiento, pero lo cierto es que actúa desde su interior.

No puedo pensar que el reino de los cielos sea otra cosa que vos mismo, oh Dios mío. Entonces, ¡qué!, Señor, sois de los que no tienen nada. Sí, verdaderamente, sois el único TODO. Para poseeros, quiero renunciar a todas las cosas. ¡Oh amor puro, cuánto os amo! Sois fuerte como la muerte. Apartadme de todo lo que es contrario a vos.

Todo eso, todo lo que constituye un obstáculo al puro amor, porque no es el amor, ella lo enumera con obstinación, penetrando hasta las últimas divisiones de su ser. Empieza por desecharlo en bloque. «Quisiera desaparecer en un completo anonadamiento de mi interior». Esto sería la realización de la unión mística. Es cierto que se trata de un deseo y que queda el cumplirlo punto por punto.

Vuelve a hablar de las gracias que recibe -y se comprende que debía de estar como saturada, como agobiada por ellas, para hablar tan a menudo- y pide al Señor la prive o la libere de esas gracias, ya que no quiere sino a Dios sólo. Pero Dios le hace comprender que no son para su propio provecho, y comprueba por experiencia lo que ya debía de saber, puesto que era la regla de oro de Vicente de Paúl, comprende que no es más que un simple instrumento en manos de Dios, como el hacha entre las manos del leñador, como el mimbre en las del cesterero. En eso queda resumida su personalidad y acepta que sea sí. «Pido a Dios no subsistir ya en mí».

Dios es el que es. Sólo El. Luisa no olvidará esta revelación que recibió durante unos ejercicios. Había quedado turbada con una página del *Memorial*, de Granada, sobre la predestinación, y recibió un consuelo total al leer en la *Guía*, del mismo Granada, que Dios es el que es. No es que lo ignorara, pero en ese momento lo había comprendido de una vez para siempre. Por eso, desea que su ser se pierda en el ser de Dios. Y como espantada por lo ambicioso de este deseo, lo reduce a proporciones más humanas y concretas, al sacrificio de su libertad: «No queriendo la propiedad de mi libre albedrío, la entrego en manos de Dios y de mi director».

¿A dónde la conducirá ese desasimiento, ese caminar por las vías de la mística, si la Fundadora de las Hijas de la Caridad lo aplica, como debe hacerlo para ser fiel a su práctica, a la dirección de las Hermanas? A una de las más adelantadas en los caminos de la espiritualidad, a Margarita Chétif, le escribe en 1658:

No me extraño de que Nuestro Señor la haya hecho participar de sus sufrimientos interiores. No puede usted pensar hallarse en un estado que tanto la honra ante Dios y ante los ángeles, sin que le costara nada. No dudo de que su gracia la sostendrá con fuerza en sus abandonos e insensibilidades. ¿No sabe usted, querida hermana, que el divino Esposo de nuestras almas se complace en someternos a estos trabajos cuando usamos de ellos con paciencia amorosa y serena aquiescencia, sin turbarnos ni preguntarnos por qué sufrimos estando en tal estado? Ya sé que no quiere usted perder tales ocasiones de demostrar su fidelidad, y que su corazón no se inclina a escuchar razonamientos puramente naturales, que nos hacen mirar las cosas prescindiendo de ver en ellas la mano de la Providencia y el cumplimiento de la santísima voluntad de Dios.

Ya sé también que no se para usted a recordar y añorar los ajos y cebollas de Egipto, es decir, la satisfacción de verse en su tierra, entre sus conocidos, quienes de vez en cuando dicen palabras oportunas, que parecen venirnos muy bien, porque cuadran con nuestros sentimientos y nuestro pensamiento se complace en recordarlas, pero, en resumen de cuentas, al final no podemos decir que con ello hemos adelantado en la virtud. Si nos vemos puestas a prueba de incomodidades o tentaciones, ya estamos

abatidas por parecernos que nuestro estado es intolerable. Y, en efecto, así sería si no estuviéramos unidas a Dios por lo más elevado de nuestro ser y no le dijéramos con frecuencia desde lo hondo del corazón: Dios mía, ¡todo lo que queráis!, soy vuestra; sin dejar de hacer todas nuestras acciones, a pesar de la tentación, pura y simplemente por amor, contentas con lo que su voluntad quiere de nosotras en el estado en que El mismo nos pone, ya sea directamente, ya a través de las creaturas.

¿No se ha fijado usted, querida hermana, en San Juan Bautista, que conocía y amaba a Nuestra Señora hasta el punto de dar de él los testimonios que usted sabe? Y, sin embargo, se alejaba de él o más bien Dios le alejaba, por su vocación a la penitencia, a pesar de que había nacido sin pecado. ¿No piensa usted que Dios quería dar este ejemplo a las almas a las que quiere separar de todo afecto de la tierra para llenar su corazón de sólo su amor? ¡Qué consuelo cuando un alma se ve, así, del todo dependiente de su dirección particular! Me gozo con usted de ello.

La confidencia está velada para ponerla al alcance de la hermana, pero se siente vibrar en ella toda la intensidad del sentimiento de Luisa.

V. HACIA LA UNIÓN MÍSTICA

La palabra «mística» me está viniendo con frecuencia a la pluma... Sé, sin embargo, hasta qué punto Vicente de Paúl, deslumbrado por el resplandor de la Madre Teresa, se creía indigno de penetrar en este mundo reservado a unos pocos. Y, a pesar de ello, había ido conduciendo en esa dirección a Luisa de Marillac, no con designio premeditado, sino obedeciendo a la moción del Espíritu. En sus últimos años y al fin de su vida, Luisa había entrado en la vía mística., si por tal hay que entender, siguiendo la definición de santa Teresa, la unión con Dios por amor, en el silencio de los sentidos y de la razón. Dios mismo la había llamado a esa unión, sobre todo durante sus diversos ejercicios espirituales, por medio de solicitudes místicas que ella tuvo el cuidado de anotar, diciendo cuánto lamentaba no tener palabras para contarlas y hacer resaltar toda su intensidad... A esas llamadas contestó simplemente con el deseo de que se cumpliera en ella lo que entraba en los designios de Dios. Repasemos esos textos.

Al entrar en el estado místico, tiene que renunciar a la razón y al razonamiento; pero tiene una forma de hacerlo muy suya, muy de la escuela francesa, digamos, salesiana o aun cartesiana. Consiste en renunciar a la razón, sí, pero sin abandonar del todo el uso de la misma. «Pienso que Dios está en mí y no quiere otros razonamientos que los que El me inspira». Por lo tanto, lo que persista de razonamiento en su vida mística no será ya suyo sino de Dios. Ella queda tranquilizada y nosotros sabemos a qué atenernos.

No es de extrañar que Luisa sea llamada a seguir esta vía. No es propiamente una excepción: «Todas las almas están llamadas a la práctica del amor puro; cuando haya sido elevado de tierra, lo atraeré todo a Mí». Y Luisa fue atraída a esa altura, que es la altura de la Cruz, aunque al adentrarse en ese camino real del sufrimiento, no supiera, en un principio, que se trataba de la vía mística. Pronto comprendió, sin embargo, que «sufrir y amar es una misma cosa». Ya he dicho que no se percibe en sus confidencias que el dolor cotidiano, que fue la parte de su herencia toda su vida -

dolor físico, dolor moral-, fuese considerado por ella, como lo fue por otros santos, bajo el aspecto de su valor de corredención. Luisa ve en el dolor el dolor mismo, sin extenderse a la aplicación que podrá tener; su dolor es un estado que la asemeja a Jesús doliente, por lo tanto, es un estado de unión. En una palabra, el dolor es un tesoro que ella comparte con Jesús crucificado. Esto le basta, sin tener que recurrir a otro pensamiento o sentimiento de por qué sufrir con El. Es una forma superior del amor, de ese amor especialísimo del que tuvo la revelación el día de la fiesta del Sagrado Corazón. Dice, en efecto, haber recibido en ese día «no sé qué luz nueva del amor no común que deseais de los corazones a los que habéis escogido para que exalten en la tierra la pureza de vuestra caridad». Busca las palabras e imágenes para expresar ese amor no común del que su humildad no se atreve a afirmar que Dios la colma de manera continua. No es digna de ello, pero no puede rehusarlo porque es cosa hecha y definitiva.

Me ha parecido que Dios quería venir a mí como a un lugar que es suyo y que, por lo tanto, no podía negarle la entrada, lo que, por otra parte, me hubiera sido imposible, ya que, de una vez para siempre, he entregado entre sus manos la propiedad de mi libre albedrío.

Dios es, pues, en ella dueño absoluto. Como ya lo he dicho, conserva, en su vida mística, el uso de su razón, de la razón que Dios le da y se sirve de ella para sacar esta conclusión: «Debería desear morir, pero si acepto vivir todavía, sea de una vida de amor... ¡Ojalá pudiera perderme y transcurrir en ese océano de vuestro amor!». En otro lugar, valiéndose de expresiones que le son queridas, desea que su ser sea absorbido en el ser de Dios. Pero volviendo a pisar la tierra y dándose cuenta de que la tierra la retiene, llega hasta formular esta plegaria: «Debilitad el uso de mis sentidos». No puede uno menos de estremecerse ante la sinceridad de esta mujer que sabe el valor de las palabras y que no se queda en ellas. Pide, pues, el debilitamiento del uso de sus sentidos que son los órganos de su vida corporal, el uso de su vista, de su oído... Y todo ello en beneficio de otra vida que se ha establecido y crece en ella. Ella, tan comedida en sus expresiones, se atreve a describir esa vida superior: Cuando nos vemos liberados de toda atadura al mundo y a los sentidos, de toda adhesión a nuestro amor propio y a nuestra libertad, de todo apego, incluso, a las ternuras de Cristo y a las dulzuras de su presencia, cuando hemos logrado en nosotros el vacío absoluta, entonces el Espíritu sobreviene, penetra en nosotros y nos hace vivir de la vida divina.

No nos engañemos. Los autores espirituales, o con más exactitud, los autores de libros de espiritualidad, nos han acostumbrado a metáforas preciosas de las que han hecho desaparecer todo relieve, si es que alguna vez lo tuvieron. Y hablan de vivir de la vida divina como de un ideal al que hay que tender, pero sin precisar ni la naturaleza de esta vida, ni sus condiciones, ni el momento de su realización. Aquí, se trata de una experiencia. Luisa de Marillac, no cabe dudarlo, ha conocido, en determinados instantes, la unión mística y, por consiguiente, la participación en la vida divina. Puede decirse que es santa.

Esta vida de unión con el Espíritu, esta vida divina, Luisa la ha vivido en medio de toda clase de preocupaciones y sin restar nada, a pesar de su débil salud, a su actividad en la dirección de sus Hijas y en el cuidado de los Pobres. Pero, poco a poco, todo se ha ido transformando en torno a ella, y lo que a veces había sido un ejercicio costoso y meritorio de su amor a Dios, ha llegado a convertirse en un elemento y como en la materia de ese amor. Tratándose de sus Hijas, digamos que las ha llevado sobre sí, las ha encauzado, las ha transformado, para transformarlas las ha amado y a medida que las ha visto crecer, las ha amado más, amándolas, es natural, como obra suya. Sin embargo, ahora, al acercarnos a la meta, la expresión de su ternura, sin haber perdido nada de su intensidad, no parte de la naturaleza. Sus hijas ya no son aquellas hijas a las que quiere individualmente, a una por su viveza, a otra por su sumisión, a aquella por sus mismos defectos: han entrado todas en esa procesión que marcha al encuentro del Espíritu, y las ama por ese trabajo de desprendimiento que van a operar a nivel individual y a nivel de grupo, para que la Congregación toda ella, como su fundadora, pueda llegar un día -un día lejano, pero cierto- a esa unión, a esa unión con el Espíritu. Todos estamos llamados a la vida mística, todos, es decir, los individuos y los grupos.

En cuanto a los Pobres, también han quedado integrados en la vida de unión de Luisa de Marillac. Como su director y padre, también ella ha entrado en la mística del pobre. Los pobres son nuestros amos, nuestros príncipes, porque místicamente son el mismo Cristo pobre. Cuanto más unidos estamos a ellos y a su pobreza, más lo estamos también a la pobreza de Cristo y a Cristo mismo, En este punto, entre Vicente y Luisa hay un completo acuerdo de pensamiento, de sentimiento y de expresión, pero es curioso observar que ambos han llegado a esta mística del pobre por caminos diversos. Aristócrata de nacimiento, intelectual por su tendencia, Luisa de Marillac ha llegado a los pobres por deber, por deber como cristiana, aunque fuera duro y difícil de cumplirlo hasta el fin. En el contacto con el pobre, encontró el calor humano que acaso no buscaba, amó al pobre humanamente, pero desde su postura de gran señora inclinada hacia un deber, si bien hecho por amor. La doctrina cristiana, esmaltada de espíritu vicenciano, transfiguró sus sentimientos humanos pero les dejó su color original. Campesino de origen, concreto y práctico por su tendencia, Vicente no tiene que desplazarse para ir hasta los pobres; él mismo es del pueblo, del pueblo pobre. Entre el alma de los pobres y la suya, hay una continuidad. Los ama espontáneamente porque son, humanamente, algo suyo; como cristiano, encuentra en ellos la imagen de Dios, al mismo Dios.

Si estas fórmulas no resultaran demasiado simplificadoras, con riesgo de deformar la realidad, podríamos decir que Vicente va a Dios en los pobres, en tanto que Luisa va a los pobres en Dios y por Dios. El resultado es el mismo: ambos desembocan en la mística del pobre. Cuando hablan del pobre, emplean las mismas fórmulas. He dicho que tenían un mismo acento; pero no creo, sin embargo, que sea exactamente el mismo. Para llegar a distinguir el matiz en que difieren, tendríamos que transformarnos en el mismo pobre y sentir, como él, deseos de besar la mano de la gran dama y de estrechar la del hermano mayor.

Hemos llegado a los años 1658-1659. Si tratamos de recoger todos los ecos que percibimos, parece cosa cierta que los elementos exteriores de la vida de Luisa de Marillac se han concentrado todos en su interior y se han ido convirtiendo día tras día en esa única sustancia espiritual que ofrece al Espíritu en su unión con él.

Todo ello es su amor. Lo que confiere a este amor un carácter patético es que, tembloroso y siempre amenazado, necesita para sostenerse de un constante apoyo exterior: y aquí nos tropezamos con las contradicciones y límites de una vida mística, en el fondo tan ardiente y aun devoradora.

Esta mujer ha sufrido demasiado, se ha visto demasiado oprimida en su infancia, demasiado herida en su personalidad profunda, para que no se sienta, en ciertos momentos, atemorizada al menos por sus recuerdos. El sentido exacto que posee del pecado y de la debilidad humana alimenta en ella esa inquietud que yace en el fondo de su ser y de la que no logran verse libres ni los temperamentos más equilibrados. De ahí, aquellos accesos de miedo, extraños en un alma tan viril; de ahí aquellos accesos de miedo en los que volvía a ser niña y necesitaba que se la tranquilizara. Bastaban unas palabras para calmar la tempestad; pero esas palabras le eran necesarias, medio cuarto de hora de coloquios con el que conocía los secretos de su paz; sin ello, todo estaba perdido, no sabe de qué es capaz y va a comparecer delante de Dios en un estado de confusión incomprensible. Apenas sale ya de su casa. Por su parte Vicente no puede dejar su habitación y Luisa se ve privada de su presencia y de su apoyo. Es un verdadero drama.

Mañana es día 25, en que debe celebrarse la santa misa por toda la compañía, por las intenciones y necesidades que su caridad sabe.

Permítame que le diga, muy honorable Padre, que mi impotencia para hacer bien alguno me impide tener nada grato que ofrecer a Nuestro Señor, junta con mi pobre renovación, como no sea la privación del único consuelo que su bondad me ha concedido desde hace treinta y cinco años. La acepto por su amor, en la forma que su Providencia lo dispone, y espero de su divina bondad y de la caridad de usted una misma ayuda por vía interior. Se lo pido a usted por el amor de unión del Hijo de Dios a la naturaleza humana, sin por ello perder la esperanza de verle cuando sea posible sin peligro para la escasa salud que Dios le concede. A El suplico se la conserve hasta el completo cumplimiento de sus designios en usted, para gloria suya y el bien de muchas almas, de las que tenga el honor de formar parte.

Preciso es haber oído hasta el final esta voz lastimera, la de una mujer que conmueve por la verdad de su flaqueza. No se la confía más que a su Padre, y por eso, sin duda, se encuentra tan oprimida. A sus Hijas se mues tra en su otra verdad que es de clarividencia y de paz. Baste con leer la última carta dirigida a una de sus muy queridas hijas, carta que respira paz y comunica con sus expresiones suaves, que parecen venir del más allá.

No dudo de que tenga mucho que hacer ni tampoco que, a pesar de ello, pondrá gran cuidado en ayudar a nuestras hermanas en el trabajo de su perfección; no deje de

darle noticias, se lo ruego, y dígame sobre todo si, al mismo tiempo que se afanan en el servicio exterior, su interior se ocupa, por amor de Nuestro Señor, en vigilarse para superar y vencer sus pasiones, negando a los sentidos lo que pudiera llevarlas a ofender a Dios. Sin ello, ya sabe usted que las acciones exteriores no pueden agrandar mucho a Dios ni merecernos recompensa, al no estar unidas a las de Nuestro Señor, que trabajaba siempre con los ojos puestos en su Padre. Ya sé que usted sigue esta práctica, querida hermana, y por ello experimenta la paz del alma que vive apoyada en su Amado.

Y con esta termina todo. A principios de febrero de 1660, entra por seis semanas en el desasimiento de la enfermedad, no en lo que se llama la agonía, porque no se trata de combate con la muerte, sino del desasimiento de todo lo que llamamos vida. Ella misma va ordenando y organizando ese desprendimiento: se despide de su familia, de su hijo, de su nuera, de su nieta y los bendice. Se despide de su comunidad, de las hermanas presentes, junto a ella, y de las que están lejos pero unidas por el pensamiento y el afecto. Las bendice a todas y les recomienda la fidelidad a su vocación, insistiendo, y repitiendo que muere en el amor de esa vocación, que es la suya, es decir, el servicio de los pobres y enfermos por amor de Dios. Ha terminado su misión, La duquesa de Ventadour la vela. Puede creerse sola.

Pero una última prueba la torturaba en lo íntimo del corazón. ¿No tendría, antes de partir, el consuelo de ver, siquiera unos instantes, al que, desde hacía treinta y siete años, era su apoyo y a quien quería tan afectuosamente? Está ahí, al otro lado de la calle, a dos pasos. Ciertamente, él también se encuentra muy debilitado y sus piernas se niegan a sostenerle. Pero en este momento de la muerte, ¿cómo no ha de intentar lo imposible para ir a alentar a la que, por espacio de treinta y siete años, ha venido dirigiendo, sosteniendo, a la que quiere tan afectuosamente? Luisa le manda a llamar, pero Vicente no contesta. Habituada al sacrificio, renuncia a esta presencia que le hubiera servido de tanto consuelo antes de cerrar los ojos; pero ya que no puede venir, que le escriba, al menos, unas palabras, una de esas esquelas de austero cariño que con tanta frecuencia le han dado nuevos ánimos. Vicente rehúsa también y le envía a uno de sus hermanos a decirle que marche en paz y que él irá pronto a reunirse con ella. Esta despedida por poder, cuya frialdad nos extraña, fue tan costosa para él como para ella. Pero era preciso que el desprendimiento fuera total. La moribunda acepta. Lo ha dado todo.

Es decir, no todo aún. Se ha resignado a no ver ni oír a su padre espiritual, a no leer más palabras suyas, pero no ha aceptado el dejar de quererle. Nuestra literatura y nuestro arte, nuestra bajeza, han envilecido de tal modo el vocabulario de la ternura y del amor, que no nos atrevemos a escribirlo, si no es con cierta cautela y como temblando. Sin embargo, son palabras que nos pertenecen y que tenemos derecho a utilizar como Cristo Jesús las empleó. Luisa de Marillac lo ha dado todo. Pero le queda esa joya preciosa engastada en su corazón: su amor, su cariño. En sus conversaciones con santa Juana de Chantal, ¿hasta dónde llegaron sus mutuas confidencias? ¿Se abrieron, una a otra, la intimidad de la cámara secreta? ¿Le dijo la señora de Chantal a Luisa de Marillac que Francisco de Sales, dos años antes de morir, había pedido a su amada hija, cuyo profundo cariño conocía perfectamente,

que hiciera el sacrificio de sus sentimientos hacia él, como él mismo lo haría de los suyos hacia ella? Juana había obedecido. Drama en las alturas, lo he llamado yo. Esos dramas son a veces más cruentos y siempre más altos que los de la vida humana o del arte. Si santa Juana de Chantal llegó a hablar, su confidencia pudo mostrar a Luisa el camino a seguir. Y ella también hizo su sacrificio, el último que le quedaba por hacer. Su corazón quedó vacío de todo amor, de todos los amores, los más grandes y los más puros, sin consuelo por parte de su padre espiritual, sin consuelo por parte de Cristo. El vacío total. Era la hora del Espíritu, que se apoderó de aquel corazón, así preparado para recibirle, y lo llenó por completo. Era la unión mística por fin lograda totalmente. Y era la hora de lo que llamamos la muerte, cuya fecha podemos precisar: el 15 de marzo de 1660. Pero no tenemos razón en considerar la muerte como un fin. La muerte de los santos es un continuar, una fijación en la continuidad de la vida. Mientras el cuerpo, en la corrupción y la disgregación, va a proseguir su propia aventura de la evolución del polvo hasta la resurrección, el alma unida al Espíritu continúa su vida, ya en adelante estabilizada. La muerte no es sino el momento del florecimiento. Ante aquel lecho de muerte rodeada de tantas lágrimas y tantas oraciones, esa es la única realidad. Los que juzgan humanamente, o no se detienen en esos detalles que parecen molestarles, o encuentran que esa crueldad de los santos es dura de comprender y más de tolerar. Vicente, con una sola palabra, les pone frente a la verdad. En la conferencia que siguió a la muerte de Luisa de Marillac y que él presidió, dominando su emoción, refiere sencillamente que se había visto privado del consuelo de ver a la moribunda, pero que la providencia lo había querido así para perfección de ella. Con esto es con lo que nos tenemos que quedar. Esta muerte, rodeada de tanto sacrificio, es como un último retoque, un perfeccionamiento.

¿Qué consistencia tienen las metáforas que hemos adquirido la costumbre de emplear sin preocuparnos de su origen? Suele decirse que al recuerdo de los muertos, sobre todo al recuerdo de los santos, se mezcla el olor de sus virtudes, y existen piadosas leyendas que se encargan de hacer verdadera la metáfora, refiriendo que de la tumba de ciertos muertos se desprende un perfume persistente.

El abate Gobillon, hombre inteligente y leal, declaró en el proceso de beatificación de Vicente de Paúl que, después de la muerte de Luisa de Marillac y durante mucho tiempo, él percibió un perfume especial en torno a su sepultura, y que las hermanas que acudían allí a orar, lo percibían también, llevándose impregnados de él sus hábitos y esparciéndolo por las salas de los enfermos a quienes servían. ¿Quién puede decir cuánto tiempo dura el perfume de las virtudes de los santos y qué sencillez de alma y pureza de corazón son necesarias para poder percibir tal perfume espiritual? Sea como quiera, ese perfume que se desprende de una tumba gloriosa parece unirse a la niebla que rodeaba una cuna inquieta. Bajo esos velos de los que no alcanzamos a comprender el sentido, se despliega la paradoja de la santidad que Dios realiza como un reto al mundo para confusión suya, pero también para su salvación.